



**Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Doctorado en Estudios Multidisciplinarios
Sobre el Trabajo**



**“La industrialización de la vida y sus efectos en la salud de las mujeres:
narrativas sobre el cuidado y el trabajo desde la periferia”**

Tesis



Presenta:

Elba Rosario Martínez Romero

Dirigida por:

Dr. Edgar Israel Belmont Cortés

Querétaro, Qro. Febrero de 2022



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Doctorado en Estudios Multidisciplinarios Sobre el Trabajo



“La industrialización de la vida y sus efectos en la salud de las mujeres: narrativas sobre el cuidado y el trabajo desde la periferia”

Tesis

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de
Doctora en Estudios Multidisciplinarios Sobre el Trabajo

Presenta

Elba Rosario Martínez Romero

Dirigida por:

Dr. Edgar Israel Belmont Cortés

Dr. Edgar Israel Belmont Cortés
Presidente

Dra. Marja Teresita González Juárez
Secretaria

Dra. Alejandra Elizabeth Urbiola Solís
Vocal

Dr. Marco Antonio Carrillo Pacheco
Suplente

Dr. Eduardo Solorio Santiago
Suplente

Centro Universitario, Querétaro, Qro.
Febrero de 2022
México

Con amor para Sofía y para mi mamá.

Agradecimientos

La tesis que a continuación expongo ha sido posible gracias a la suma de reflexiones y momentos de cuidado de muchas mujeres. Gracias, Sra. Lulú †, Sra. Luisa †, Mamá Cata, Sra. Catalina Arteaga, Sra. Estéfana, Sra. Pueblito, Sra. Marcela, Sra. Luisa Martínez, Sra. Socorro, Sra. Claudia, Sra. Yolanda, Sra. Mariana, Sra. Tere, Sra. Aurelia, Doña Elodia, Doña Paz, Ivonne, Rosi, Silvia, Clarita, Juanita, Pera, Mari, Fabi, Ale, Haydee, Marilú, Juli, Karen, Leslie y Susi. Gracias por compartirme su tiempo, por construir en conjunto narrativas y por abrirme las puertas de su casa en más de una ocasión. Gracias a todas y cada una de ustedes por enseñarme que el cuidado es central no solo para preservar la salud, sino también para construir trayectorias significativas y momentos de felicidad. Igualmente, agradezco a las familias Mancilla, Arteaga, Alvarado, Martínez, Alonso, Feregrino, Cervantes, Mejía y Jiménez.

Agradezco a mi Luis por su respaldo y amor, a mi pequeña Sofía porque me ha permitido reinventarme teniendo como guía su sonrisa, a mis hermanas Ivonne, Haydee y Claudia porque no podría entender mi vida sin ellas, a mi papá por creer siempre en mí y cuidarme de formas diversas, pero sobre todo agradezco a mi mamá por mostrarme que la vida solo es posible si se cuida, ¡gracias por cuidar de mí, de Sofí y por enseñarme a cuidar! Todo esto cobra sentido a partir de ti, mamá. 😊

Agradezco la amistad, las enseñanzas, la escucha, el cuidado, la compañía y la ayuda de Tania Rosas, ¡chatita, sin ti ni siquiera hubiera podido ingresar al doctorado! A Leslie, mi filósofa, amiga de vida, escucha en momentos de crisis y apoyo invaluable escribiendo, corrigiendo, reflexionando y analizando. A Lili por tu solidaridad,

compañía y revisión a mi documento. A Ale Urbiola por tu disposición, consejos y observaciones a mi trabajo. A Andrea y a Luisa por fortalecer mi mirada feminista y por enseñarme a vivir en una ética del cuidado. A Paty por tu amistad sincera y ayuda transcribiendo entrevistas. A Marco Carrillo por siempre creer en mí y alentarme a seguir. A Gaby por llegar en el momento preciso a inyectarme confianza, por las ricas reflexiones en conjunto y los planes futuros, ¡gracias por enseñarme sobre el cuidado y los cuidados! ¡Tu amistad ha sido un bálsamo!

Agradezco, asimismo, a todas mis amigas, amigos, amigos que siempre me alentaron y que aun con mis grandes ausencias permanecen: Cinthia, Leslie, Dulce, Luz, Jana, Gio, Any, Mariela, Will, Luis, Nadya, Mario, Tania, Lore, Gaby, Charly, Lily Cervantes † y Karenina.

Agradezco a mi director de tesis, el Dr. Edgar Israel Belmont Cortés, por estimular mi mirada y pensamiento crítico. A mi sínodo por la confianza y apoyo incondicional. A las Dras. Alejandra Urbiola y Marja González, y los Dres. Eduardo Solorio y Marco Antonio Carrillo; esto fue posible porque en todo momento me dieron su voto de confianza y su empatía. Su respaldo fue fundamental para concretar este trabajo.

Agradezco a todo el personal docente que forma parte de la Unidad Multidisciplinaria de Estudios Sobre el Trabajo. A mis compañeros David, José Jaime, Lalo, Mich, Sandra y Cris, ¡gracias porque nuestros diálogos y reflexiones construyeron conocimiento! También agradezco la formación y ayuda fuera de las aulas de dos grandes amigos, Fernando Tovar y Mónica Figueroa. No menos importante fueron las reflexiones colectivas que realizamos en los seminarios que organiza el cuerpo

académico de “Estudios Interdisciplinarios en Modos de Vida, Capitalismo y Medio Ambiente”, gracias por ser un espacio de reflexión crítica de la realidad.

Agradezco a la Red de Cuidados en México y a la Coalición por el Derecho al Cuidado y al Tiempo Propio, por ser espacios de escucha y de incidencia. Mi labor como investigadora ha cobrado sentido a partir del trabajo que realizamos en conjunto, pero sobre todo agradezco a Elisa Gómez de la Fundación Friedrich Ebert Stiftung por ayudarme a abrir puertas y permitir que parte de mis reflexiones llegaran a la cámara de diputados

Finalmente, agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, a la Universidad Autónoma de Querétaro y a la Facultad de Psicología por las facilidades proporcionadas para realizar mis estudios de posgrado. Mi agradecimiento, especialmente, a la Mtra. Liliana Luján Rico, a la Dra. Candi Uribe Pineda y al Dr. Javier Salinas, por ser piezas fundamentales del Doctorado en Estudios Multidisciplinarios sobre el Trabajo; gracias por su guía, apoyo administrativo y acompañamiento a lo largo de estos años.

Resumen

A partir de un análisis situado en la comunidad de Santa Cruz Nieto, esta tesis aborda la forma en la que la industrialización reconfigura el espacio, el trabajar y el cuidar de tres cohortes generacionales de mujeres. El interés es identificar como influye la precarización de la vida en la determinación social de la salud y en mostrar algunos impactos en la salud de las mujeres. Resaltamos que la centralidad que adquiere el trabajo industrial, ha sido el mayor obstáculo para dar y recibir cuidados, por lo que la principal consigna -que surge de esta reflexión- es la necesidad de reposicionar el cuidado y los cuidados al centro de la vida, para contrarrestar la crisis de sostenibilidad por la que transitamos.

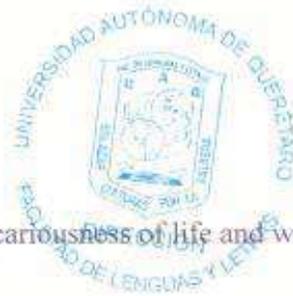


Palabras clave: *el cuidado y los cuidados, industrialización, precarización de la vida y salud de las mujeres.*

Summary

Based on an analysis situated in the community of Santa Cruz Nieto, this thesis addresses how industrialization reconfigures space, work and the taking care of three generational cohorts of women. The interest is to identify how life precariousness influences the social determinants of health and to show some impacts on women's health. We emphasise that the centrality of industrial work has been the greatest obstacle to giving and receiving adequate care; therefore, the main issue that emerges from this reflection is the need to restore the care and the ways of caring to the centre of life, to counteract the crisis of sustainability that we are currently going through.

Keywords: care, peripheral industrialisation, precariousness of life and women's health.



ÍNDICE

Introducción	11
Antecedente y propuesta de investigación	15
Marco Analítico.....	24
Nota metodológica	32
Capítulo 1. El territorio y su contexto histórico	40
La industria colonial.....	43
El Colonialismo Interno	47
La promesa de la modernidad	50
Industrialización neoliberal	54
Capítulo 2. La Sostenibilidad de la Vida en la Periferia	69
Modos de vida y pluriactividad.....	70
El modo de vida previo a la industrialización neoliberal	79
El cuidado y los cuidados.....	90
Los rituales de cuidado y el ciclo ecosistémico del cuidado.....	100
Capítulo 3. Industrialización neoliberal: cambios en la forma de trabajar y cuidar	115
La transición de la milpa al monocultivo y la industrialización de la vida.....	118
El abandono del campo y la dependencia al salario.....	126
La Desvalorización del Cuidado	135
Capítulo 4. La Precarización de la Vida y su Impacto en la Salud.....	156
La salud, el cuerpo y la precarización de la vida.....	156
Caracterizando la precarización de la vida.....	158
La ausencia de cuidados y la crisis de sociabilidad	165
La industrialización encarnada.....	172
Conclusiones	181
Bibliografía	187

Índice de tablas

TABLA 1. PARTICIPANTES DE LA PRIMERA COHORTE GENERACIONAL	34
TABLA 2. PARTICIPANTES DE LA SEGUNDA COHORTE GENERACIONAL	35
TABLA 3. PARTICIPANTES DE TERCERA COHORTE GENERACIONAL	36
TABLA 4. EMPRESAS INSTALADAS EN SAN JUAN DEL RÍO 1970 A 2000	56
TABLA 5. PEA FEMENINA POR SECTOR, 1970 - 1990	67
TABLA 6. PARTICIPANTES Y TIPO DE UNIDAD FAMILIAR	75
TABLA 7. NECESIDADES HUMANAS	99
TABLA 8. LA PLURIACTIVIDAD DE 1950 A 1980	111
TABLA 9. PARTICIPANTES Y TIPO DE UNIDAD FAMILIAR	116
TABLA 10. DIFERENCIAS ENTRE LA MILPA Y EL SISTEMA PRODUCTIVO ORIENTADO AL MERCADO (MONOCULTIVO)	125
TABLA 11. CAMBIOS EN LA PLURIACTIVIDAD POR COHORTE GENERACIONAL	138
TABLA 12. MALESTARES Y PADECIMIENTOS DE LA PRIMERA COHORTE GENERACIONAL	173
TABLA 13. MALESTARES Y PADECIMIENTOS DE LA SEGUNDA COHORTE GENERACIONAL	176
TABLA 14. MALESTARES Y PADECIMIENTOS DE LA TERCERA COHORTE GENERACIONAL	178

Índice de mapas

MAPA 1. LUGAR DE ESTUDIO: SANTA CRUZ NIETO	41
MAPA 2. UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE SAN JUAN DEL RÍO	42
MAPA 3. CRECIMIENTO DE SAN JUAN DEL RÍO 1970 -2010	62
MAPA 4. INCREMENTO DE JEFATURAS FEMENINAS	170

Índice de gráficas e ilustraciones

GRÁFICA 1. POBLACIÓN EN LA CIUDAD DE SAN JUAN DEL RÍO (1940-2010)	63
GRÁFICA 2. PORCENTAJES DE POBLACIÓN RURAL Y URBANA	64
GRÁFICA 3. PEA POR SECTOR	65
ILUSTRACIÓN 1. EL CICLO ECOSISTÉMICO DEL CUIDADO Y LOS CUIDADOS	104

Introducción

Esta tesis se escribe en el año 2020, un momento marcado por la pandemia de COVID-19 que volvió evidente la crisis civilizatoria y de sostenibilidad de la vida¹ por la que atraviesa la humanidad. Aunque la explicación de cómo llegamos a esta crisis es compleja, abonamos a una de las razones: un modo de vida precario en el que las condiciones del trabajo permean a todos los ámbitos de la vida condicionando a las personas a ciertas formas de trabajar y de cuidar que van en detrimento de la salud integral. Por esta razón, esta investigación da cuenta de las transformaciones en la forma de sostener la vida en un contexto situado: en la comunidad de Santa Cruz Nieto, municipio de San Juan del Río en el Estado de Querétaro.

Los cambios que aquí se exponen implican modificaciones en la configuración del espacio local debido al proceso de industrialización y la subsecuente desagrarización y, aunque este no es el tema central de estudio, es inevitable referirse al mismo para delinear un contexto, aun si no se profundiza en este aspecto. El periodo histórico en el que se ubica el estudio es entre 1950 y 2020, centrándonos en la industrialización neoliberal a partir del análisis de tres cohortes generacionales de mujeres. Elegimos esta comunidad y este análisis intergeneracional por dos razones: la primera, porque en Santa Cruz Nieto el gobierno estatal despojó de sus tierras a los campesinos para la construcción del parque industrial Valle de Oro, y la segunda, porque la mirada de tres cohortes generacionales de mujeres nos permite comprender la transformación del

¹ Más adelante profundizaremos a qué nos referimos con sostener la vida. Por el momento es importante señalar dos elementos que constituyen esta sostenibilidad: la forma de cuidar y la forma de trabajar.

espacio y, sobre todo, los cambios en la manera de organizar el cuidado y el trabajo de una generación a otra.

Ubicamos nuestro problema central en la forma en la que se ha articulado el modelo productivo capitalista en el contexto de investigación, el cual ignora los límites físicos del ecosistema, impulsa la idea de crecimiento económico desvinculado de las necesidades humanas e invisibiliza el papel central de los cuidados para la supervivencia. Estos aspectos colisionan con las bases materiales que sostienen la vida humana y la ponen en crisis. Podemos decir entonces que la industrialización ejerce un control sobre la forma de pensar, sentir y actuar. En tanto forma de dominación simbólica-cultural, ha ordenado las cuestiones relacionadas con el sentido de la vida, dando primicia al mundo económico de disfrute inmediato sobre el mundo común donde nos reconocemos vulnerables e interdependientes.

En el análisis podemos ver cómo la lógica de acumulación despoja y explota los recursos naturales de una comunidad, a la par que desarticula las formas en que socialmente se cuida. Esto tiene impactos concretos en la comunidad de estudio que se pueden observar en la determinación social de la salud y, en última instancia, en la vida concreta de las personas.

Desde nuestra propuesta, la salud no es la ausencia de enfermedad o un concepto estático; la salud es vista como un proceso dinámico que resalta la importancia que tiene la categoría de cuidado para la salud colectiva (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018: 129). Desde este enfoque, la salud está determinada socialmente; es decir, la salud² no

² Cuando enunciamos a la salud debemos entenderla bajo la propuesta del proceso de salud – enfermedad- atención y cuidado, el cual desarrollaremos más adelante.

solo depende de los servicios médicos a los que tenga acceso una persona, de la capacidad que tenga para gestionar una enfermedad o de sus características biológicas humanas, sino que también influyen las condiciones sociales de las personas, es decir, cómo viven, cómo trabajan y cómo cuidan. Por eso es que al cobrar centralidad el trabajo industrial y de servicios, este llega a determinar una forma específica de cuidar que corresponde al modo de producción vigente en el contexto donde situamos la investigación, en un momento histórico específico (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018: 129).

Esta forma de operar del capital, colocando al centro de la existencia al trabajo que, en palabras de Meda (2007) constituiría el fundamento del orden social como principal medio de subsistencia y norma esencial de la vida de los individuos (p.17), no solamente resalta la importancia y el valor económico/social que tiene el trabajo, sino que lo convierte en la principal (sino es que única) vía de acceso a insumos necesarios para la supervivencia, destruyendo otros modos de vida alternativos, por ejemplo, el cultivo en forma de milpa o la vida en comunidad, y subestimando la importancia de los cuidados. De esta forma, las personas trabajamos para acceder a una remuneración que nos permita comprar alimentos, vestido, educación, un servicio de salud y, en lo posible, transferir la mayor cantidad de cuidados. Es decir, cada vez somos más dependientes de una remuneración para satisfacer nuestras necesidades materiales de supervivencia, a la par que cuidamos menos, tanto de nosotros mismos, como de los otros y, en un sentido más amplio, cuidamos menos del propio lugar que habitamos.

Por eso, cuando referimos a la industrialización de la vida, queremos enunciar cómo la sujeción de un territorio se extiende a la vida concreta de las personas, como si

toda la existencia se mercantilizara y volcara únicamente a trabajar. ¿Qué costos para la salud tiene este modo de vida impuesto por el capital? ¿De qué forma condiciona nuestra forma de cuidar?

El desarrollo capitalista dependiente de México se caracteriza por una superexplotación del trabajo en la que intervienen tres mecanismos: la intensificación del trabajo, la prolongación de la jornada de trabajo y la expropiación del tiempo necesario para cuidar y reponer la fuerza de trabajo (Soriano, 1988). Esto nos lleva a ver cómo el modelo capitalista impone al centro la producción y separa a la reproducción. En este entramado, el cuidado aparece a la sombra como algo secundario y como si, en efecto, la vida se pudiera fragmentar entre lo productivo y lo reproductivo, y este segundo aspecto cobrara menor relevancia. El ocultamiento de los cuidados niega la complejidad y la relevancia de estos como un medio para preservar la salud, como una dimensión fundamental de la vida en común y como una tarea socialmente necesaria que permite la sostenibilidad de la vida.

El vínculo que prevalece entre cuidados y salud solo puede ser visible cuando concebimos a la persona de forma integral, es decir: con mente, cuerpo, emociones y espíritu, dentro de su contexto y con una historia. De allí que el abordaje por medio de la etnografía y de la producción de narrativas nos permita comprender la salud como un proceso paralelo al cuidado que se desarrolla a lo largo del curso de la vida que, en última instancia, permite o no que las personas logren concretar una vida digna, sea esta definida en los términos que a cada persona le permita realización y felicidad (Ayres, 2008; Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018).

Antecedente y propuesta de investigación

La investigación inició cuestionando el incremento de los riesgos psicosociales en el trabajo en el marco de las crecientes exigencias productivas y la poca conciliación entre trabajo y familia, pretendiendo distinguir la prevalencia por condición de género.

En el periodo comprendido de enero a junio de 2017 se articuló el primer esbozo de investigación que se basó en el análisis bibliográfico de las categorías de riesgos psicosociales en el trabajo (en adelante RPST), división sexual del trabajo y conciliación trabajo-familia. Se logró articular un primer argumento que señalaba que *los riesgos psicosociales en el trabajo, desde una perspectiva de género, se expresan de forma diferenciada dentro de una misma organización del trabajo y en función de los vínculos subjetivos que establezcan hombres y mujeres con el trabajo. En consecuencia, la evaluación (diagnóstico) e intervención en RPST debe realizarse considerando el género de la persona trabajadora, así como las diferentes esferas donde despliega sus roles.*

El argumento planteado condujo a indagar sobre las metodologías y herramientas de evaluación de los RPST. Esta indagatoria se realizó participando en cursos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en cursos de la Secretaría del Trabajo y en el análisis de las mesas de discusión en la Cámara de Diputados sobre la aprobación de la Norma Oficial Mexicana 035. Con este abordaje se hizo evidente la limitación de la visión que predomina en el discurso oficial que solo contempla el impacto de los riesgos psicosociales en la productividad de las empresas. Asimismo, fueron notorias las contradicciones respecto al abordaje del problema de salud por parte del estado que, por

un lado, reconocía a los RPST como un problema de salud pero desde una visión individualizante; es decir, como si la responsabilidad fuera única y exclusivamente de las personas por no ser resilientes a las condiciones de trabajo y de vida; y, por otro lado prevalecía el retraimiento de la protección y seguridad social, a la cual solamente acceden personas empleadas en un trabajo formal.

Para romper con esta idea de salud desde una mirada individual, el proceso de investigación se enriqueció con trabajo de campo. La intervención se realizó dentro del hospital regional de zona no.7 del seguro social en el municipio de San Juan del Río. En esta aproximación se dialogó con diversas personas que acudían al servicio de atención médica por algún problema de salud. Todas las personas entrevistadas compartían condiciones de vida y de trabajo adversas que les conducían a expresar experiencias de enfermedad y de sobrecarga de trabajo. Un testimonio en particular marcaría la trayectoria de la investigación; el relato de Perla, una mujer de aproximadamente treinta y ocho años que acudió para atender una parálisis facial que había sufrido por tercera ocasión.

Perla trabaja en una maquiladora textil en el área de planchado. Diariamente debe cubrir una meta productiva de trescientos pantalones planchados en una jornada de ocho horas (más las horas muertas³ que necesite adicionar para alcanzar la tasa impuesta). Tiene tres hijos pequeños que cuida su madre en la medida que la vejez y la enfermedad se lo permite. Perla asume totalmente la proveeduría del hogar ante un esposo ausente, probablemente percido en el desierto mientras buscaba nuevas oportunidades de vida.

³ Perla define las horas muertas como el tiempo de “trabajo voluntario” que realiza para alcanzar la meta productiva, las denomina “muertas” porque no le pagan por ese tiempo. Sin embargo, de no alcanzar el objetivo de trescientos pantalones diarios su salario se ve reducido en un 50%.

Tanto ella como su esposo aspiran a que sus hijos puedan estudiar para que eso les asegure un futuro más prometedor que el de ellos.

Además de las extenuantes jornadas de trabajo, Perla debe cuidar de su madre y de sus hijos, acercar las cosas necesarias para la preparación de los alimentos, revisar las tareas, lavar la ropa y comprar medicinas. Esto hace que muchas veces Perla no logre conciliar el sueño, no tenga tiempo para comer y, mucho menos, para dar seguimiento médico a su hipertensión ni a los constantes dolores de cabeza y de espalda.

Perla señalaba que atendería su parálisis con compresas de agua caliente, masajes, vapor de ruda y masticando chicle. Esas son las recomendaciones que le dieron diversas amigas y compañeras del trabajo que han padecido parálisis en otro momento.

La suma de todas las “presiones” familiares y de trabajo la han hecho enfermar y, aunque reconoce la sobrecarga y la explotación, con desánimo asume la falta de oportunidades para salir adelante. No puede cambiar de trabajo porque es muy grande el riesgo y minúsculas las posibilidades de encontrar algo mejor; un trabajo que esté cerca de su casa y que le permita tener un poco de tiempo para cumplir con sus responsabilidades de cuidado. Además, su preocupación al respecto era cómo alimentar a su familia en lo que realiza el cambio si apenas le alcanza para vivir al día.

Este testimonio amplió los horizontes de reflexión, pues el problema no estaba únicamente en los RPST, sino en múltiples determinantes sociales de la salud: en las condiciones de vida, la precariedad del cuidado, la desprotección del Estado, la precariedad del trabajo, el limitado acceso a la salud pública y en la falta de comprensión de la salud y la enfermedad como un proceso, como un problema social y colectivo que

se enmarca en la desigualdad estructural. Esta reflexión condujo a replantear el tema de investigación por tres razones. La primera, porque al querer analizar los riesgos psicosociales siempre se hace en el marco del empleo, excluyendo la voz de aquellos y aquellas que trabajan en la informalidad o de aquellas y aquellos que cuidan, como es el caso de Perla y su mamá; pues a pesar de que el cuidado implica una importante inversión de tiempo y de desgaste del cuerpo, no se contempla al estimar los RPST, y, por lo tanto, hace que se invisibilice a las personas que se encuentran en mayor desprotección. La segunda razón fue porque la visión reduccionista de los RPST no permitía profundizar en las diferentes esferas y múltiples actividades que realizan las personas cotidianamente, siendo los cuidados una actividad central en el caso de las mujeres. Y la tercera razón se debió porque la comprensión de la salud desde la perspectiva de los RPST era limitada, descontextualizada, individualizante y fragmentada en tanto a la comprensión del cuerpo. Limitada porque como enuncian en su nombre, solo refieren al espacio de trabajo; y aunque esporádicamente se hace mención de la conciliación entre trabajo y familia es sin una auténtica perspectiva de género y, en consecuencia, sin contemplar la carga global de trabajo a la que están sujetas las mujeres. Descontextualizada en tanto que homologa los territorios y a las y los trabajadores, invisibilizando que la forma en la que se trabaja y cuida diverge de norte a sur. Individualizante porque asume que los riesgos psicosociales y su gestión concierne a la persona, perdiendo de vista las condiciones de las que se dispone para cuidar, la incertidumbre y la desprotección social como elementos que influyen en la determinación social de la salud. Y, por último, fragmentada, pues invita a pensar que la subjetividad, las emociones y los malestares físicos deben atenderse de forma

separada, como si uno no influyera en el otro, cuando de hecho en conjunto son una expresión del cuerpo integral.

Para dar la vuelta al planteamiento de los riesgos psicosociales en el trabajo se fortaleció el análisis del cuerpo entendido como un todo integral, relacional, histórico y situado. Para ello se realizaron dos intervenciones exploratorias; la primera por medio de un diario de uso del tiempo en donde veintidós personas registraron el tiempo que dedican a actividades de trabajo remunerado y actividades domésticas y de cuidados, así como los malestares y emociones que presentaban a lo largo de una semana; este acercamiento permitió la identificación de diversos aspectos entre los que se destacan tres: 1.- La carga global de trabajo que tienen las mujeres excede a la de los hombres; 2.- El tiempo de descanso muchas veces se confunde con actividades de cuidado, 3.- Que era necesario ampliar el análisis de la relación entre trabajo-familia como dos espacios fundamentales en los que las personas se despliegan y, para ello, la experiencia de las mujeres resultaba fundamental. Son ellas quienes constantemente están en un ir y venir entre la familia y las diversas formas de trabajo. Este tercer aspecto confirmó la hipótesis que líneas arriba planteaba: no basta con analizar el trabajo para conocer de qué forma influye en el proceso de salud-enfermedad de las personas, pues el horizonte de investigación debe integrar los modos de vida, la cotidianidad, las otras actividades que no son remuneradas, pero constituyen un eje fundamental para la sostenibilidad de la vida y, por supuesto, las condiciones estructurales en las que se despliega el trabajo y el cuidado.

La segunda intervención fue por medio de doce entrevistas a profundidad realizadas a once mujeres que viven en San Juan del Río y una en Querétaro. Se buscó

un abordaje por medio de la trayectoria de vida a fin de profundizar en lo que señalo líneas arriba: ¿de qué forma influye el contexto y/o las condiciones estructurales en la forma de trabajar y cuidar? Todas las mujeres entrevistadas coincidieron, en algún punto de sus trayectorias, en la construcción cultural de la familia nuclear heterosexual como ideal de realización, naturalizado por su propia condición femenina. De todas las participantes, ocho reportaron estar casadas, dos separadas, una soltera y una viuda. Se buscó tener participación de al menos una mujer por nivel de ingresos del núcleo familiar, de acuerdo con la clasificación que establece la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) (2016). El rango de edad también fue un aspecto importante, pues nos interesaba observar cambios de un grupo etario a otro.

A partir de estas entrevistas se concluye que las trayectorias vitales de las mujeres están determinadas por un continuo entrelazamiento entre las actividades de cuidados y las diversas formas de trabajar (en la informalidad, en la formalidad, en el campo, en la ciudad, dentro o fuera de casa). De igual forma, sus testimonios permitieron la caracterización de lo que en aquel momento denominé “trabajo reproductivo o trabajo invisible”: un trabajo que carece de reconocimiento, que tiene poca valoración social cuando se equipara al valor monetario que tiene el trabajo remunerado, un trabajo que atraviesa por diferentes formas de violencia ante la reproducción de una lógica de dominación masculina, así como la sobre identificación de las mujeres con el amor romántico y el sacrificio por el prójimo. Esta última característica hace que las mujeres asuman una considerable sobrecarga de trabajo que impacta en el cuerpo, produciendo diversos malestares que van de lo físico a lo emocional en una interrelación que imposibilita identificar qué aspectos determinan a unos y a otros. Pero, además, estos

cuerpos habitan en un territorio concreto, San Juan del Río, un lugar sujeto a una determinada lógica económica: la industrial.

Después de estos dos acercamientos exploratorios se determinaron dos ejes de investigación. El primero, que el análisis se centraría en la salud de las mujeres porque en sus cuerpos converge la lógica económica y la lógica del cuidado de la vida, ambos aspectos son centrales para pensar en la sostenibilidad. El segundo es que se debía contemplar la dimensión espacial, y para ello la investigación se situaría en una comunidad de San Juan del Río. Tras una revisión en el archivo histórico y algunas entrevistas, se determinó que se profundizaría en la comunidad de Santa Cruz Nieto, lugar donde se despojó de sus tierras a los ejidatarios para la construcción de la zona industrial Valle de Oro⁴.

Las preguntas que guiaron la investigación parten de comprender cómo repercutió la industrialización en las formas de cuidar y de trabajar que influyen en la determinación social de la salud de un grupo social. Y de manera particular cuestionamos: ¿Cómo se configuró la industrialización de San Juan del Río? ¿Cómo modificó la industrialización la forma de cuidar y de trabajar? Y ¿Cómo influye la precarización de la vida en la determinación social de la salud?

De esta forma, la investigación que se presenta amplía la perspectiva tradicional que desde los estudios sobre el trabajo analiza la relación entre salud y trabajo, pues estos análisis se han limitado a observar las disputas que se dan en el marco del empleo,

⁴ La zona Valle de Oro se instaló en los ejidos del Plan de San Juan y Santa Cruz, en 400 hectáreas que les fueron permutadas a los ejidatarios por otras tierras y en algunos casos a cambio de puercos. Aunque en los 70's se establecieron fabricas vinícolas y textiles, el mayor auge de esta zona fue a mediados de los años 80 cuando se instalaron industrias papeleras, refresqueras y metalmecánicas.

como si nuestro centro de afiliación social estuviera totalmente asentado en el trabajo, tal y como propone la teoría occidental para explicar contextos que divergen al nuestro.

Asimismo, esta tesis contribuye con una perspectiva feminista que pone al centro la vida, desplazando a un segundo plano los debates centrados en el mercado. Este aspecto es totalmente pertinente en este momento de crisis que puso en evidencia la fragilidad de los mercados, el Estado, los sistemas de salud pública y la importancia del cuidado, de las redes de apoyo, llámese familia, colectivo o comunidad como un soporte que permite ajustar y sostener a las personas. La emergencia sanitaria nos ha mostrado que cualquier industria o sector puede detenerse siempre y cuando se mantenga constante la actividad de cuidados, es decir, se preserve la reproducción de la vida.

El proceso de reflexión, como se ha descrito, se realizó alrededor de una intervención continua de investigación en campo. El camino que transitamos, como toda tarea contrahegemónica, estuvo lleno de buenas intenciones y muchas dificultades de avances y limitaciones propias del proceso de creación de nuevas ideas que van cobrando forma contracorriente.

Lo que a continuación se desarrolla constituye una propuesta para repensar la importancia de los cuidados a la luz de la transformación que se produce por el proceso de industrialización. El vínculo que prevalece entre cuidados, trabajo y sostenibilidad de la vida cobra relevancia en la determinación social de la salud, por tanto, la salud debe pensarse como un proceso colectivo, histórico y situado.

En este sentido, nuestro objetivo central es identificar los efectos de la industrialización en la determinación social de la salud de las mujeres de la comunidad de Santa Cruz Nieto. Para poder cumplir con este objetivo, de manera particular buscamos:

- Analizar cómo la industrialización de San Juan del Río transformó el espacio, la forma de trabajar y de cuidar.
- Identificar de qué forma influye la precarización de la vida en la determinación social de la salud.
- Mostrar algunos impactos de la precariedad de la vida en la salud de las mujeres.

Esta propuesta, como se ha señalado a lo largo de estas líneas, se construye a partir de mirar las limitaciones que presenta la perspectiva de los RPST, una propuesta que se alinea al modelo hegemónico de salud con el que comparte ciertos rasgos: es biologicista y no está centrado en la salud o en la vida sino en la atención a la enfermedad; es ahistórico, es decir, sin referentes a los procesos sociales y territoriales; es individualista, pues está enfocado en la persona y, al vincularse a una concepción liberal, las prácticas de la salud terminan mercantilizando el proceso; es asocial, y finalmente, de eficacia pragmática.

A continuación, ahondaremos en estas limitantes y las alternativas que retomamos desde la medicina social latinoamericana para pensar la salud de forma colectiva.

Marco Analítico

La comprensión de la salud se ha caracterizado en los últimos años por una visión positivista, marcadamente biológica, centrada en la atención a la enfermedad y no en la promoción y cuidado de la vida. Este “pensamiento hegemónico en salud” simplifica y reduce el conjunto de determinantes sociales que influyen en la salud colectiva de las personas, a “factores de riesgo” con los cuales el positivismo congela la realidad y su movimiento, buscando la reducción de la acción a la identificación de las causas y a la corrección de estos “riesgos” que permitan mantener el equilibrio social en términos de eficiencia y eficacia (Feo-Istúriz, 2012; Breilh, 2006).

Esta mirada está ligada funcionalmente a la reproducción capitalista, para la cual la realidad está “rota en mil fragmentos” que separan principalmente el sujeto del objeto para analizarlo inductivamente, desde una plataforma cultural occidental y cartesiana (Breilh, 2006). Desde esta mirada, la realidad se factoriza, es decir, se divide y se descompone hasta su expresión primaria para, desde ahí, buscar causas y formas de intervención. Esto hace, por ejemplo, que cuando hablamos de la salud la pensemos desde sus diferentes abordajes: salud física, mental, emocional, psicosocial; o desde diversos espacios: salud en el trabajo, medicina familiar, etcétera, como si, en efecto, el cuerpo se pudiera fragmentar, no habitara en múltiples espacios o estuviera desprovisto de un contexto social.

Esta manera de entender la salud de forma estática y fragmentada prevalece en los llamados “riesgos psicosociales en el trabajo”. Los RPST son aquellos factores que representan un riesgo para la salud y que se originan en la organización del trabajo,

generando respuestas de tipo fisiológico, emocional, cognitivo y conductual que se traducen en estrés, y que, en ciertas circunstancias, pueden ser precursores de enfermedades (ISTAS, 2004, 2006, 2015). Bajo este modelo, el riesgo se postula como categoría general de explicación, como si se tratara de una “lotería de probabilidades aleatorias” desprovistas de un contexto social, económico, cultural y político. Lo que cuenta es el horizonte visible, el cuadro clínico de signos y síntomas; se trata de evidencias aisladas que generan explicaciones reducidas al ámbito individual observable (Breilh, 2003).

Desde los estudios sobre el trabajo en los últimos años, han predominado múltiples investigaciones que abordan estos riesgos en función del vínculo que prevalece entre salud y trabajo (Neffa, 2015; Dejours, 2009, 2019; Henry y Neffa, 2019; Uribe, 2016; Wlosko y Ros, 2019). Las agendas políticas a nivel mundial también han retomado el tema a partir de recomendaciones de organismos internacionales (OIT, 1984, 2017; OMS, 2017).

En el caso particular de México, los RPST tomaron auge en el año 2015 con la Política de Bienestar Emocional y Desarrollo Humano en el Trabajo (en adelante PRONABET). Esta fue creada en el marco de la administración del presidente Enrique Peña Nieto (2012-2018) con la finalidad de crear una nueva cultura de salud laboral en México que fomentara el cuidado de las emociones en el trabajo y la prevención de factores de riesgo psicosociales que afectan el bienestar de los trabajadores (Comunicado de prensa STPS, 2015).

Desde esta propuesta se aborda un tema de salud pública en términos de productividad y de los costos al sistema de salud (ver cuadro uno). Para lo cual se

retoman los fundamentos de la teoría del estrés, el abordaje de calidad de vida en el trabajo y la noción de vulnerabilidad psicológica como marco teórico que permite la medición y evaluación de los riesgos. De tal modo que, cuando se articuló la legislación que establece la Norma Oficial Mexicana 035 de Factores de Riesgo Psicosocial en el Trabajo: Identificación, análisis y prevención -en adelante NOM-035- (STPS, 2016), las herramientas que se propusieron para abordar la problemática se limitaron a cuestionarios y variables que reducen la mirada a una visión lineal de indicadores de causa y efecto, que tienden a individualizar las patologías, fragmentar el espacio que habita la persona para centrarse en el trabajo, estandarizar la subjetividad y homologar las diversas formas de trabajo y los diferentes roles sociales que tienen las y los trabajadores⁵. Además, la cobertura que ofrece esta legislación se limita únicamente a las personas que cuentan con una relación salarial formal dejando en desprotección a las personas que trabajan en la informalidad o que realizan actividades de cuidados que no son remuneradas.

Cuadro 1. *Impacto de los RPST en la productividad*

Un trabajador falta a sus labores hasta veinticinco días al año por depresión; veinte días si sufre ataques de pánico; veinte si tiene ansiedad y catorce si padece estrés postraumático. Como resultado se generan pérdidas al aparato productivo por 16,000 millones de pesos anuales. Es un escenario conservador y es repercusión negativa de la falta de atención de estos factores psicosociales.

Fuente: Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2017)

⁵ Para profundizar, ver las guías de referencia que ofrece la NOM035 que fueron recuperadas del estudio cuantitativo que realizan Unda, et. al (2016) y Tovalin (2018).

Desde nuestro análisis (Martínez-Romero y Belmont-Cortés, 2020), el PRONABET y la NOM-035 constituyen una política de contención que tiene sus límites en las dos lógicas dominantes en las que se inscribe; la primera, es en la individualización de los procesos de trabajo donde la gestión del estado tiende a alinearse a los intereses de la empresa, por lo que omite la particularidad que exige la diversidad de contextos. La segunda, es mediante la adopción de la lógica positivista de cuantificación que fragmenta la comprensión de la salud y transfiere la gestión de la misma al individuo. Más que abordar a la salud de forma integral y como un proceso complejo en el que influyen múltiples factores internos y sociales, se pondera el dato, responsabilizando al trabajador y a la trabajadora de la “gestión” de su salud. Es como si en el relato de Perla solo observáramos la parálisis facial como un evento aislado y particular, como un acontecimiento que no tiene relación con la forma en la que vive cotidianamente.

Desde estas limitaciones se borra la comprensión de un problema que es colectivo, que tiene que ver con las condiciones del trabajo y de la vida, con las posibilidades de cuidar (de uno mismo y de los otros) y con una gran desigualdad social que aqueja y se agrava bajo ciertos determinantes sociales.

Por lo anterior, consideramos que la política de RPST en México constituye un instrumento de contención más que de solución para amortiguar el costo social del modelo de desarrollo instalado en México (Martínez-Romero y Belmont-Cortés, 2020). En palabras de Hernández (2014), la forma de “moldear” los temas y las políticas públicas de modo tal que contengan, más que ir al problema de fondo, afirman la

participación activa del Estado en los procesos de globalización, cediendo poder y centralidad -de forma voluntaria o no- a los intereses del capital. Desde estos referentes lo que menos cobra relevancia es el bienestar y la salud de las personas, la centralidad está en las pérdidas o ganancias que puede representar una vida en términos de productividad.

En esta gobernanza neoliberal, el Estado funge como mediador de diferentes intereses configurando el reconocimiento parcial de los RPST. De fondo persisten problemas políticos fundamentales como el acceso universal a la salud, el derecho humano a dar y recibir cuidados, las consecuencias de las nuevas formas de organización del trabajo y la evolución depredadora del capitalismo en nuestra sociedad.

Si el ámbito de obligatoriedad de la norma solo cubre a un porcentaje de trabajadores que se encuentran en empleo formal, ¿qué ocurre con la gran mayoría de la población ocupada en la informalidad?, ¿qué pasa con las personas que realizan actividades de cuidado que sostienen a la sociedad, pero carecen de reconocimiento jurídico? Estos cuestionamientos y las limitantes señaladas nos dan pauta para ampliar el análisis de la relación “salud y trabajo” que se propone desde el Estado y desde diversos estudios, pues estos planteamientos no nos permiten mirar la complejidad del relato de Perla. Nuestra propuesta, por lo tanto, parte de entender la salud como un proceso histórico, complejo y colectivo. De allí que nuestras elecciones teóricas se orienten hacia la medicina social latinoamericana, más recientemente nombrada salud colectiva, desde donde se habla de la determinación social de la salud, un marco analítico que es consistente con nuestra epistemología decolonial.

La determinación social de la salud

La comprensión social de la salud ha estado presente desde el siglo XVIII en las agendas de investigación latinoamericanas, pero cobró fuerza con el despliegue de la revolución industrial y sus dinámicas de urbanización, pauperización y crecimiento de las clases trabajadoras cuando los vínculos entre salud y sociedad se hicieron más notorios y cuando la salud como fenómeno social se analizó con mayor interés y precisión en medio de la agitación política y la reorganización estatal (Morales-Borroto et. Al. 2013).

La determinación social surge como un eje nodal del pensamiento crítico en el marco de la Salud Colectiva y la Medicina Social Latinoamericana. Esta corriente toma referentes del pensamiento marxista para el abordaje de la sociedad capitalista y su crítica. Sus principales exponentes son Asa Cristina Laurell, Saúl Franco, Jaime Breilh, Hesio Cordeiro, Naomar Almeida Filho, Everardo Nunes y Sergio Arouca.

Aunque existen múltiples formas de entender la determinación social de la salud, esta propuesta, en general, sostiene que los fenómenos de salud y enfermedad son, por esencia, fenómenos tanto biológicos como sociales y que, para entender las condiciones de salud de las poblaciones, es necesario entender las dinámicas y procesos que estructuran las sociedades humanas (Breilh, 2003, 2013, 2020; Laurell, 1982; Nunes, 1991). Desde esta propuesta, la salud debe entenderse como un proceso dialéctico y las especificidades sanitarias individuales y grupales deben ser analizadas en el contexto social que las determina (Iriart et. AL., 2002).

Por tanto, la determinación social de la salud abarca la discusión acerca de las relaciones entre individuo y sociedad pero, de cierta manera, la trasciende al ubicar como

central el asunto de la historicidad de los procesos y el modo de devenir de los fenómenos. Al hacerlo, se instaure en un terreno de reflexión epistemológica que indaga sobre las posibilidades que tienen los sujetos para conocer y actuar en la realidad, la cual se presenta de manera múltiple y compleja. Esta idea tiene su fundamento en la obra de Marx (1976), en donde existe todo un esfuerzo intelectual por descubrir las leyes de funcionamiento de las sociedades capitalistas.

Desde este referente, la determinación social de la salud asume la sociedad como totalidad irreductible a la dinámica individual y sostiene una perspectiva conflictual de la sociedad que implica una relación dialéctica entre lo biológico y lo social, en una estructura jerárquica donde lo biológico queda subsumido en lo social, mediante procesos de producción y reproducción social (Breilh, 2003, 2020).

En términos generales, el planteamiento básico de la determinación social de la salud es que, en última instancia, las condiciones materiales de existencia determinan la distribución desigual de la salud-enfermedad en los grupos humanos (Mendoza y Jarillo, 2011). Estas condiciones están dadas, fundamentalmente, por los patrones de producción y reproducción social, es decir, por la forma en la que una sociedad trabaja y cuida.

Es por ello que, al plantearse el asunto del análisis de la situación de salud de un grupo social específico, o de un conjunto de colectivos humanos, la perspectiva de la salud colectiva propone salir del análisis de causa y efecto que individualiza, para entender los modos de vida en general que se desarrollan en un contexto situado, los cuales se especifican en diversas condiciones de vida particulares, las cuales, a su vez, se manifiestan en estilos de vida singulares (Breilh, 2020; Laurell 1982). Esto es lo que

comúnmente en la literatura de la medicina social latinoamericana se menciona como las 'dimensiones de lo general, particular y singular'.

La determinación social de la salud nos permite, entonces, dilucidar cuáles son los mecanismos más nocivos de la sociedad actual, incluyendo aquéllos que se han magnificado con la industrialización neoliberal y la mercantilización de todo ámbito de la vida. Para hacerlo, reconoce la unidad e interdependencia que existe entre la naturaleza y la sociedad; entre lo social y lo biológico como matrices de nuestros modos de vida y de salud. (Breilh y Tilleria, 2009).

Nota metodológica

Esta tesis analiza los efectos de la industrialización en la vida cotidiana de tres generaciones de mujeres en la comunidad de Santa Cruz Nieto en el municipio de San Juan del Río, Querétaro. Para ello, empleamos la metodología etnográfica (Malinowski, 1973) como encuadre que nos permite ofrecer una descripción de determinados aspectos de la vida social teniendo en consideración los significados asociados por las propias participantes; es decir, se trata de una investigación de tipo emic, ideográfica, cualitativa, que busca ofrecer la visión de los actores, en este caso, para abordar los cambios que trajo el proceso de industrialización en la vida cotidiana de las personas (en tanto a su forma de trabajar y de cuidar) y, específicamente, el impacto que este proceso de industrialización tuvo en la salud de las mujeres.

Esto hace que la etnografía sea siempre un conocimiento situado, que entra en correspondencia con las epistemologías feministas (Haraway, 1991; Harding, 1996; Lykee, 2010) y la epistemología decolonial (Quijano, 2000; Segato, 2013, 2016; Cusicanqui, 2010). No obstante, los conocimientos así adquiridos no significan que se limiten allí; de la observación de los acontecimientos de una determinada situación local pueden identificarse aspectos más amplios. De esta forma, se volvió fundamental analizar “los procesos históricos locales y regionales, así como los flujos y las constricciones de orden económico, político, social o ideológico que enmarcan las relaciones de nuestra unidad de análisis con el contexto más amplio que le rodea” (Pujadas, 2010, p. 15).

Al respecto, Geertz (1996) afirmaba que “[...] pequeños hechos hablan de grandes cuestiones [...]” (Pag. 35). Es decir, la etnografía es una perspectiva que, aunque

siempre está pendiente de los pequeños hechos que se encuentran en las actividades y significados de personas concretas, no supone negar hablar de ‘grandes cuestiones’.

Hemos elegido a la comunidad de Santa Cruz Nieto como unidad de observación desde la cual se aborda el problema de investigación. Este espacio geográfico comprende el lugar del que fueron expropiadas una gran proporción de las tierras para la construcción del parque industrial Valle de Oro. La comunidad se encuentra ubicada en el municipio de San Juan del Río dentro del Estado de Querétaro y constituye la entrada del corredor industrial del bajío.

También consideramos las Producciones Narrativas como método (Balash y Montenegro, 2003), precisamente por querer desmarcarnos de la lógica tradicional de la investigación social y sus dinámicas clásicas de poder. Generalmente, la investigación social se sustenta en el privilegio de dar voz o bien de representar a ciertos colectivos sociales. En cambio, desde la producción narrativa se privilegia una “articulación” político-epistemológica (Haraway, 1991), que se basa en el rompimiento de estos supuestos; posibilitando así una apertura en la producción de significados y no un reflejo de una realidad externa.

De esta manera, y en concordancia con los planteamientos feministas, en la producción narrativa se busca generar un cambio en la relación tradicional entre sujeto, investigador y participante (García y Montenegro, 2014). El propósito de este método, más que generar reflexión, es generar una nueva construcción compleja que se desarrolla en la enunciación conjunta que localizan a investigadora y participante en posiciones diferentes, pero temporalmente unidas bajo un objetivo que es el relato.

La selección de informantes-participantes se dio por medio del muestreo teórico, el cual podemos explicar a partir de tres fases. En la primera fase se hizo un muestreo propositivo para identificar informantes que pudieran explicar la transformación del espacio a partir de la industrialización, lo que implicó que un primer criterio de selección fuese que las y los participantes fueran originarios de la comunidad de Santa Cruz Nieto y que su año de nacimiento oscilara entre 1929 y 1949. De este modo, podríamos garantizar que las participantes habitaran la región durante el periodo del ejido.

En esta primera etapa se tuvo acercamiento con treinta y dos personas, de las cuales diez destacaron por su conocimiento a profundidad del contexto estudiado y cinco únicamente contaron con disponibilidad de tiempo y apertura para las continuas intervenciones que requería el método de producción narrativa. Las características de estas cinco participantes son las siguientes:

Tabla 1. *Participantes de la primera cohorte generacional*

Nombre ⁶	Edad	Estado Civil	Nivel de ingresos por núcleo familiar ⁷	Nivel de estudios	Lugar de Nacimiento
Aurora	87	Viuda	II	Sin estudios	San Juan del Río
Jazmín	75	Casada	I	2° de primaria	San Juan del Río
Iris	78	Casada	II	3° de primaria	San Juan del Río

⁶ Los nombres reales se han sustituido por nombres de flores con la finalidad de preservar la identidad y el anonimato de las informantes.

⁷ Se clasificó en deciles a los núcleos familiares a los que pertenece cada una de las participantes a partir de la metodología propuesta por el INEGI (2016) en la ENIGH. Tomamos como criterio el ingreso promedio por familia en la clasificación de comunidades mayores a 2,500 habitantes, la cual estipula los siguientes deciles:

No. de decil	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X
Ingreso Promedio	\$8,498	\$14,357	\$18,961	\$23,639	\$28,913	\$34,911	\$42,523	\$53,547	\$72,334	\$170,366

Azalea	82	Viuda	III	Sin estudios	San Juan del Río
Rocío	89	Viuda	IV	Sin estudios	San Juan del Río

Fuente: Elaboración propia

En la segunda fase, basándonos en las necesidades de información detectadas en los primeros resultados, determinamos que debíamos abordar una segunda cohorte generacional cuya edad productiva de las participantes coincidiera con el proceso de industrialización-desagrarización e hicimos un muestreo por ‘bola de nieve’ a partir de la recomendación de nuestras primeras informantes.

Tuvo lugar un acercamiento con diez personas de las cuales se seleccionaron cinco que accedieron a participar a profundidad en este estudio. Su año de nacimiento oscila entre 1959 -1974 y sus características generales se presentan a continuación:

Tabla 2. *Participantes de la segunda cohorte generacional*

Nombre	Edad	Estado Civil	Nivel de ingresos por núcleo familiar	Nivel de estudios	Lugar de Nacimiento
Cala*	45	Casada	I	Secundaria	San Juan del Río
Flor*	60	Viuda	II	Primaria	San Juan del Río
Margarita*	55	Casada	V	Carrera técnica	San Juan del Río
Hortensia ⁸	50	Casada	III	Secundaria	Estado de México
Mirta	43	Divorciada	II	Carrera técnica	Ciudad de México

Nota: *Cala, Flor y Margarita son hijas de tres de nuestras primeras informantes.

Fuente: Elaboración propia.

⁸ Tanto Hortensia como Mirta migraron a la micro región en los años noventa, por lo que los años de residencia nos permiten dar certeza de que pudieron observar el fenómeno de industrialización.

En la tercera fase seguimos con el muestreo por ‘bola de nieve’ para localizar a las participantes que integrarían la tercera cohorte generacional de la investigación, quienes comparten como características que todas han cuidado y trabajado de forma combinada o en algún momento específico de su vida, que habitan en la comunidad de estudio y que su año de nacimiento oscila entre los años de 1980 y 2000.

Tabla 3. *Participantes de tercera cohorte generacional*

Nombre	Edad	Estado Civil	Nivel de ingresos por núcleo familiar	Nivel de estudios	Lugar de Nacimiento
Amaranta*	20	Madre soltera	I	Preparatoria	San Juan del Río
Anahí*	33	Madre soltera	II	Preparatoria	San Juan del Río
Azucena*	38	Casada	III	TSU	Ciudad de México
Rosa	34	Casada	III	Licenciatura	Estado de México
Violeta	31	Soltera	I	Licenciatura	San Juan del Río
Verónica**	22	Madre soltera	I	Preparatoria	Estado de México

Nota: *Amaranta, Anahí y Azucena son hijas de las mujeres que conforman la segunda cohorte generacional y, por lo tanto, nietas de nuestras primeras informantes.

**Verónica es hija de Mirta (participante de la segunda cohorte generacional), ambas migraron por trabajo.

Fuente: Elaboración propia

Para llevar a cabo la investigación fue fundamental considerar a las participantes más allá de una fuente de información, es decir, generar vínculos de confianza y empatía que permitieran la interacción constante con diversas técnicas de investigación como la observación participante, el diario de campo, las entrevistas a profundidad y las historias de vida.

Esta última técnica se utilizó con la primera cohorte generacional en el marco del posicionamiento de la historia oral como una fuente relevante de información, la cual nos permitió retratar el proceso de industrialización desde el punto de vista de las mujeres.

Para la etnografía, la historia de vida es relevante porque nos permite explorar e ilustrar, en la trayectoria vital de una persona, los significados y prácticas culturales en las cuales se encuentra inserta (Rastrepo, 2015). Para su realización se requirió de varias sesiones de entrevistas a profundidad, conversaciones informales e, incluso, diálogos con esposos, amigos y otros familiares de las participantes.

Esto dio cabida a un proceso relacional y no a simples momentos aislados de captura de información, como sucede con otras técnicas cualitativas, de modo que los cuerpos de la investigadora y participantes se volvieron parte importante de la investigación. En el trabajo de campo dentro de la comunidad, que tuvo una duración de doce meses, se dieron encuentros en donde hubo espacio para la emocionalidad de las experiencias narradas: convivencia, risas, llantos, silencios, enojos, críticas y molestias. Con cada una de las participantes se trabajó en diversos momentos que involucraron múltiples escenarios como la preparación de comida, el cuidado de hijos o nietos, la reparación de ropa, el tránsito hacia la fábrica y el acompañamiento a consultas médicas, por mencionar algunos.

Estructura del documento

La tesis se desarrolla en tres capítulos a partir de los cuales buscamos identificar los efectos de la industrialización en la determinación social de la salud de las mujeres de la comunidad de Santa Cruz Nieto.

En el primer capítulo situamos la investigación desde una epistemología decolonial. Nuestro eje de análisis se centra en responder a la pregunta ¿cómo se configuró la industrialización de San Juan del Río? Y, aunque el énfasis está en la industrialización neoliberal, realizamos un recorrido histórico que se remonta a la época colonial a fin de rastrear características importantes que tiene la configuración del capitalismo en nuestro contexto de estudio.

En el segundo capítulo, que tiene por título “La sostenibilidad de la vida en la periferia”, abordamos la forma en la que cuidaban y trabajaban la primera cohorte generacional. Esta generación orientó su pluriactividad en actividades agrícolas, configurando un modo de vida que paulatinamente fue desplazado con la llegada de la industrialización neoliberal.

En el tercer capítulo mostramos los cambios en la pluriactividad de la segunda y tercera cohorte generacional, a partir de explicar la categoría de la industrialización de la vida. En conjunto, el capítulo dos y el capítulo tres nos permiten responder a la pregunta ¿cómo modificó la industrialización la forma de cuidar y de trabajar?

En el cuarto capítulo encuadramos el análisis de la comprensión general de las dinámicas que se dieron en Santa Cruz Nieto por el proceso de industrialización y cómo eso se relaciona con las condiciones de vida de las personas para caracterizar la

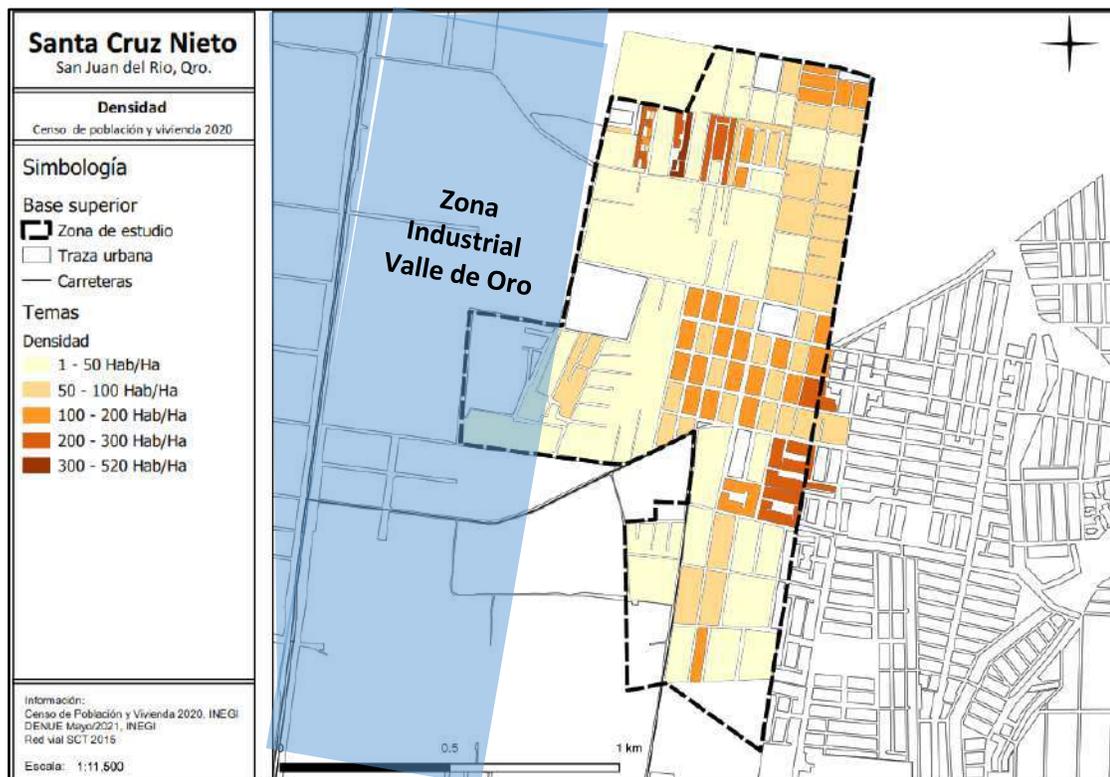
precariedad. Desde la salud colectiva, este encuadre nos permite responder a nuestro tercer cuestionamiento: ¿cómo influyó la precarización de la vida en la determinación social de la salud?

Capítulo 1. El territorio y su contexto histórico

En este capítulo desarrollamos la descripción de nuestro contexto de investigación. De manera breve, recuperamos algunos elementos históricos que nos permiten caracterizar la industrialización periférica. Este punto de partida es importante, pues desde la propuesta de la salud colectiva hay que situar y enmarcar a los grupos sociales dentro de los procesos amplios que influyen en la determinación social de la salud.

En este marco buscamos responder a nuestra pregunta de investigación ¿cómo se configura la industrialización de San Juan del Río? Responderla nos lleva a la comprensión general de las dinámicas que se tejieron en el territorio para que con posterioridad, en el capítulo 2, podamos explicar los cambios que se dieron en la forma de cuidar y de trabajar.

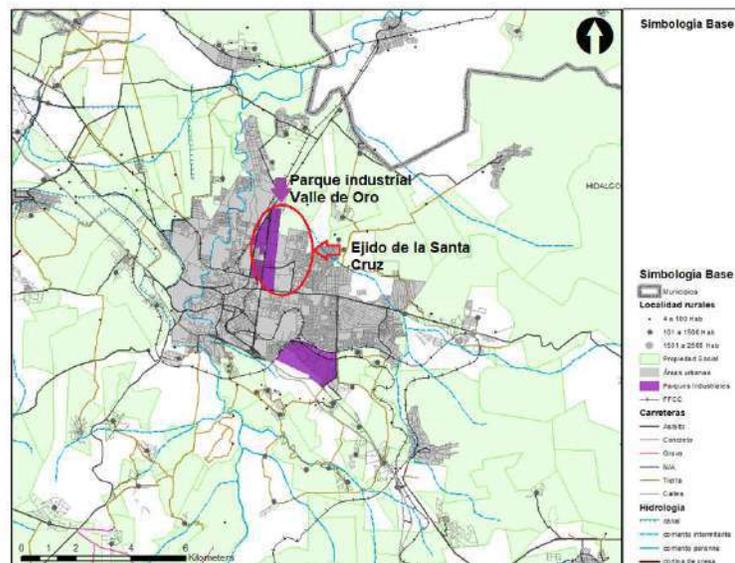
Lugar de estudio



El abordaje etnográfico de esta tesis se concentra en la comunidad de Santa Cruz Nieto (ver mapa 1). De acuerdo con los datos de Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2020), Santa Cruz Nieto tiene una población de 2469 habitantes, en una proporción de 1115 hombres y 1354 mujeres. La comunidad se encuentra en un grado de marginación medio: de las 560 viviendas que integran la comunidad, el 5.8% es de viviendas particulares habitadas con piso de tierra y el 6.43% no disponen de agua entubada de la red pública (INEGI, 2020).

La comunidad es un enclave importante para la industrialización neoliberal⁹, porque la construcción del parque industrial Valle de Oro implicó el despojo de tierras de los ejidatarios de esta comunidad (ver mapa 1). Esto modificó significativamente los modos de vida de los habitantes de Santa Cruz Nieto, pues configura ciertos determinantes que influyen en su salud. El siguiente mapa da muestra de esto:

Mapa 1. Lugar de estudio: Santa Cruz Nieto



Fuente: Elaboración propia

⁹ Llamamos industrialización neoliberal al periodo que comprende el despojo de tierras que se da en los años setenta, pero, fundamentalmente, a la consolidación de la instalación industrial desarrollada en los años ochenta y noventa.

Para comprender los procesos históricos locales y regionales, así como los cambios que se dieron en este territorio, es necesario, de acuerdo con Pujadas (2010), abordar las constricciones de orden económico, político, social e ideológico que enmarcan las relaciones de nuestra unidad de análisis con el contexto más amplio que le rodea, en este caso, el municipio de San Juan del Río.

El municipio de San Juan del Río se encuentra al sureste en el estado de Querétaro, tiene un área total de 79,632.174 hectáreas, por lo que es el cuarto municipio más grande de Querétaro (6.73% del territorio estatal); está ubicado a 50 kilómetros al sureste de la capital del estado (como podemos apreciar en el mapa 2), limita al norte con el municipio de Tequisquiapan, al sur con el municipio de Amealco y el Estado de México, al oriente con los estados de Hidalgo y México y al poniente con el municipio de Pedro Escobedo. Su población estimada en el 2020 asciende a 297,804 habitantes, de los cuales el 48.8% son hombres y 51.2% son mujeres (INEGI, 2020). En comparación a 2010, la población en San Juan del Río creció un 23.2%.

Mapa 2. Ubicación geográfica de San Juan del Río



Fuente: Elaboración propia

El municipio se encuentra asentado en una zona de valles y pequeños lomeríos conocida como Plan San Juan. Sus características de relieve son: 577 km de superficie corresponden a partes planas, 164 km a semiplanas y 39 km a partes accidentadas (Ayala, 2006). Las características naturales de San Juan, históricamente, han permitido el desarrollo de la agricultura intensiva, sobre todo hacia el norte y suroeste que es donde actualmente se localizan las tierras de riego más productivas del estado, incluso la agricultura de temporal es altamente fértil y se extiende de manera irregular por el resto del municipio (Centro queretano de recursos naturales, 2011).

La vocación agrícola de la región encuentra su génesis en la antigua cultura Otomí, la cual habitaba la zona hace más de 400 años a. C. Esta cultura aportó avances muy importantes sobre todo en el cultivo de maíz, frijol, calabaza y maguey (Nieto, 2000). La historia de la industrialización de San Juan del Río se configura desde este importante referente agrícola y, para su análisis, la hemos dividido en tres periodos: el primero corresponde a la industria colonial, el segundo periodo abarca de 1940 hasta finales de 1960 y el tercer periodo de 1970 al 2000.

La industria colonial

El recorrido histórico en la actividad industrial de San Juan del Río nos lleva a ubicar, en primer lugar, su historia colonial. Al igual que muchas regiones de Latinoamérica, San Juan sirvió al mundo occidental. La masiva transferencia de riqueza selló el comienzo del sistema-mundo capitalista colonial, que dio lugar a una división internacional del trabajo que desde entonces ha sido el paradigma de las relaciones centro-periferia. Esta dominación geopolítica hizo que nuestro territorio, desde el siglo XVIII, conformara una industria que abasteció de granos a Europa.

Aunque en el Archivo Histórico Municipal (S/F) hay escasa historiografía que da cuenta de la conquista del municipio; los registros refieren que no fue una etapa violenta, que no se recurrió al uso de la fuerza y de la espada como en otros centros del Bajío, sino que San Juan del Río, desde el virreinato, ha sido un territorio de paz que tuvo una importante participación en la economía de la Nueva España debido a las intensivas labores agropecuarias. Por un lado, se señala que “la Jurisdicción de San Juan del Río es una de las más formales y amenas que comprende la Nueva España” (Ídem.) y, por otro lado, que la fertilidad de los suelos y la abundancia de agua eran dos elementos destacables que permitieron el esplendor de grandes haciendas del siglo XVIII y XIX.

En la jurisdicción de San Juan del Río se producían carneros, reses, ovejas, chivos, cabras, maíz, frijol y chile en cantidades considerables, además había una articulación estrecha con la industria de la transformación de cuero, pues el ganado de trasquila permitió el trabajo en los obrajes y telares (Basaldúa, et. Al., 2000). Sin embargo, aunque hay algunos registros de pequeñas industrias de transformación como curtidoras o telares, prevalece la actividad agrícola como vocación principal de la región, de tal modo que el trabajo del campo dio grandes rendimientos a los españoles que llegaron a poblar el municipio.

De acuerdo con Castro-Gómez y Gosfrogel (2007), el colonialismo se refiere, estrictamente, a una estructura de dominación y explotación, donde el control de la autoridad política, de los recursos de producción y del trabajo de una población determinada lo detenta otra de diferente identidad, y cuyas sedes centrales están, además, en otra jurisdicción territorial (P.p. 285). Esta definición es importante porque, de esta

forma se rigió el modo de vida que configuró la industria naciente en nuestro territorio -una industria periférica-, que sirve a los países centrales y que establece relaciones de dominación y control a partir de la invasión, del expolio de recursos y del control de la autoridad política.

Podemos apreciar una práctica del colonialismo con las políticas de reactivación económica para la Nueva España que fueron impulsadas por el rey Carlos III en el siglo XVII. En estas políticas se señaló que San Juan del Río formó parte del impulso agrícola, minero y mercantil. Al igual que otras partes del Bajío, se consideró que la agricultura era de las más avanzadas en la Nueva España por su forma de labranza de la tierra y ciertos tipos de cultivos. Junto con Querétaro, Celaya y León, formaron el corredor de agricultura mestiza donde se producía maíz, frijol, chile, trigo, cebada, habas, lentejas y algunas hortalizas de Europa (Nieto, 2000).

La bonanza de la tierra favoreció también a la crianza de ganado. Los españoles que vivieron durante los primeros años de la fundación de San Juan del Río, y que se dedicaban a esta actividad, obtuvieron grandes ganancias; de tal modo que la describieron como “tierra pródiga” (Ayala, 2006). Asimismo, San Juan del Río tuvo trascendencia para el Virreinato por su ubicación geográfica; este lugar fue considerado “la garganta de toda tierra adentro” (Ibidem: 55). En San Juan se cobraban las alcabalas a arrieros y comerciantes que transportaban granos, semillas, lana y metales preciosos hacia el norte y poniente de la Nueva España, así como a la capital del Virreinato. Esto propició una numerosa población flotante que transitaba por la región, población de la que comenzó a vivir ampliamente el pueblo (Ibid.).

De este modo podemos señalar que la actividad agrícola, la crianza de ganado y la ubicación geográfica configuraron la industria colonial en ese periodo, una industria periférica subordinada al virreinato. Pero ahora, ¿por qué resulta relevante rastrear la historia de la industrialización desde sus raíces coloniales? Consideramos que para dar cuenta de la industrialización neoliberal y sus efectos en la vida concreta de las personas, que es en lo que específicamente se centra esta tesis, tenemos que reconocer que la configuración del capitalismo en nuestro territorio es inherente al colonialismo y viceversa.

Esto lo afirmamos con los aportes del pensamiento latinoamericano decolonial que demuestran el papel fundamental de América Latina en la industrialización y ascenso del capitalismo en los países centrales (Quijano, 2000; Castro-Gómez, 2007; Dussel, 2005; Mignolo, 2003). Latinoamérica contribuyó con la acumulación originaria del capital a tal grado que autoras como Federicci (2013) afirman que “el capitalismo no podría siquiera haber despegado sin la «anexión de América» y sin la «sangre y sudor» derramados durante dos siglos en las plantaciones en beneficio de Europa” (Federicci, 2013: 155).

Entonces debemos pensar el desarrollo del capitalismo y del mundo occidental como una consecuencia del proceso histórico del colonialismo (Quijano, 2000), en el que San Juan del Río, siendo parte de Latinoamérica, participó en una relación de explotación y de dominación política, social y económica.

En el siguiente apartado profundizaremos en la continuidad de esta relación a la luz del colonialismo interno, mientras seguimos avanzando con el recorrido histórico de la industrialización de San Juan del Río.

El Colonialismo Interno

Un elemento que queremos resaltar en nuestra contextualización es que el colonialismo no terminó con la independencia, sino que solo cambio de forma. Coincidimos con De Sousa Santos (2020) cuando señala que “lo que terminó con los procesos de independencia fue una forma específica de colonialismo, el colonialismo histórico caracterizado por la ocupación territorial por parte de una potencia extranjera. Desde entonces, el colonialismo ha cambiado de forma, pero ha continuado hasta nuestros días” (p. 11).

Esta continuidad se puede apreciar, por ejemplo, en el modo de producción de la hacienda, en donde bajo la figura de “peones a raya acasillados” se explotó la mano de obra de hombres, mujeres, niñas y niños que formaban parte de una unidad familiar (Cumes, 2014). Los peones acasillados y sus familias trabajaban y vivían dentro de las haciendas; se les asignaba una pequeña parcela en donde podían cultivar alimentos y criar animales para el consumo familiar, pero a cambio realizaban trabajo para la hacienda con una remuneración prácticamente inexistente. La explotación que vivieron hombres, mujeres, niñas y niños durante el periodo previo al reparto ejidal muestra cómo el dominio español sobre los indígenas en México fue sustituido por un dominio interno, criollo y mestizo, con características muy parecidas a la época anterior a la independencia (González, 2006; Zavala, 2009; Kramer, Lutz y Lovell, 1993; Davis, 2005).

Otra forma en la que podemos apreciar la continuidad del colonialismo es en el segundo periodo de industrialización que se desarrolla en San Juan del Río entre 1940 y

1960, en donde se impulsó el fortalecimiento del campo en aras del desarrollo industrial, vía insumos y productos provenientes del agro. Esto favoreció a las zonas urbanas del estado de Querétaro y subordinó algunas zonas rurales que tenían condiciones para la integración agricultura-industria, como fue el caso de San Juan del Río (Ramírez, 1995).

De acuerdo con Miranda (2005), aprovechando la fertilidad de los valles y la situación geográfica de Querétaro, se propuso transformar la entidad en una zona industrial dedicada al ramo alimenticio, para lo cual el gobierno del estado dictó la ley No. 33 y el decreto de la ley No. 93, ambas orientadas al fomento de nuevas inversiones. Estas disposiciones, en conjunto con las acciones que se emprendieron para impulsar la agricultura, sentaron la base para el desarrollo del sector industrial, beneficiando, particularmente, a la industria alimenticia que se instaló en la capital del estado con fabricas como Gerber, Carnation, Kellogg de México, Ralston Purina, entre otras.

El conjunto de acciones que se emprendieron en Querétaro para la atracción industrial en el periodo de 1940 a 1960 respondió a la consigna nacional y regional que buscaba la modernización del país vía la industrialización de las zonas urbanas (o centrales) y la tecnificación para el campo (la periferia)¹⁰. En el caso de San Juan del Río, estas acciones se reflejaron, principalmente, en grandes obras de irrigación y perforación de pozos profundos (Basaldúa, et. Al. 2000); es decir, se apostó por “modernizar” la infraestructura que fuera útil para impulsar el crecimiento industrial de otras regiones. En tal entendido, San Juan del Río continuó configurándose como una industria periférica, como una industria fundamentalmente agrícola, pero que ahora

¹⁰ Esta transformación obedeció la implementación del modelo de sustitución de importaciones que se llevó a cabo durante el mandato del presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946).

abastecía de granos y alimentos a las inversiones del capital que recién llegaban a Querétaro y al centro del país como tradicionalmente lo hacía desde la colonia.

Para González-Casanova (2006), tanto la hacienda como este segundo proceso de industrialización de San Juan del Río constituyeron formas de colonialismo interno que suma a la explotación y sujeción de los pueblos que primero fue (o sigue siendo) parte de un colonialismo global y que ahora se entreteje al interior de los estados nación.

Si como afirmara Marx, “un país se enriquece a expensas de otro país” al igual que “una clase se enriquece a expensas de otra clase”, en muchos estados-nación que provienen de la conquista de territorios, llámense Imperios o Repúblicas, a esas dos formas de enriquecimiento se añaden las del colonialismo interno (González-Casanova, 2006: 410).

La forma en que se impulsó el segundo proceso de industrialización de San Juan del Río nos remite a un colonialismo interno en donde los viejos patrones de poder que establecían la superioridad y el desarrollo de los países centrales, a costa del subdesarrollo de otras regiones denominadas periféricas, permearon y reprodujeron esos principios para propiciar el desarrollo industrial de las zonas urbanas y el subdesarrollo de la periferia (Stavenhagen, 1971). De esta manera, “la colonia adquiere las características de una economía complementaria de la metrópoli, se integra a la economía de la metrópoli” (González-Casanova, 1969: 233), y, por tanto, se convierte en dependiente económico, sus relaciones son desiguales, tiene nula capacidad de negociación, es un lugar ideal para la explotación de mano de obra y para el monopolio de los recursos, y los sistemas represivos son sumamente violentos (ibidem).

La continuidad de las prácticas de colonialidad que se da por medio del colonialismo interno refuerza la argumentación de que en nuestro territorio hay una reinención constante del colonialismo y el capitalismo. Esta reinención se fortalece, además, con la idea de la modernidad, sobre este aspecto profundizaremos a continuación.

La promesa de la modernidad

Quijano (2000) señala que “América, la modernidad y el capitalismo nacieron el mismo día” (Pág. 12). Esta puntualización explica por qué, en diferentes momentos de la historia de San Juan del Río, se alude a la modernidad a la par que se comienza un proceso de expansión del capital. En este sentido, es relevante distinguir que la modernidad pensada como un proyecto civilizatorio que se contrapone a lo tradicional, arcaico y atrasado, responde a una conceptualización surgida en occidente, por lo que al abordarla en nuestro contexto debemos hacerlo desde una postura crítica.

Para nosotros “la modernidad occidental” se apoya del colonialismo y el capitalismo para florecer, del expolio y de la explotación de nuestro territorio, recursos y mano de obra. La modernidad periférica (por nombrar de algún modo al proceso que se da en nuestro contexto) se teje como una promesa de desarrollo y progreso que va de la mano de la industrialización y de la mercantilización de todos los ámbitos de la vida. Y, como toda promesa, no implica necesariamente una transformación sustancial de la sociedad; es decir, no hay un paso automático a la tecnificación, al uso de la razón, de la ciencia y de la tecnología o a un estado de bienestar, pero sí a un discurso dominante que legitima las transformaciones en un horizonte que a largo plazo “*podría beneficiar*” a toda la sociedad.

Por esa razón, cuando en Querétaro se emprendieron diferentes acciones para empujar “la modernización industrial”, lo que realmente se impulsó fue la creación de las condiciones necesarias para la expansión del capital y un ideario de “modernización” que afirmaba que el mejoramiento de los niveles de vida dependía de una mejor producción de la tierra, de las garantías legales que se le otorguen a la industria y del fomento del comercio (Archivo Histórico Municipal, 1953). Podemos afirmar entonces que la idea de la modernidad, desde la perspectiva del estado, estaba centrada en el capital, fundamentalmente en el desarrollo de la industria como vía para impulsar otras esferas sociales; “se partía del supuesto de que la mejora económica traería como corolario la mejora social” (Solís, 2016:39).

Con esta premisa se impulsaron diversas acciones para atraer nuevas empresas a nivel federal durante la administración del presidente Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958). Por ejemplo, se construyó la carretera 57 que conecta a la Ciudad de México con el estado de Querétaro¹¹ (Salinas, 1994); esta obra, en particular, detonaría unos años después la instalación de numerosas fábricas en San Juan del Río.

En el ámbito estatal, a partir de 1960, el gobierno del estado continuó con el proyecto de atracción de nuevas empresas a través de la reducción de los impuestos por instalación y la realización de obras de infraestructura básica para las industrias (Basaldúa et. Al, 2000). Adicionalmente a estos esfuerzos de carácter endógenos, se

¹¹ Con la construcción de la carretera que llamó el “Camino de la Constitución” el ex presidente Ruiz Cortines se despidió en los mejores términos políticos con los empresarios, transportistas y, en general, con los habitantes de El Bajío, región agrícola e industrial de indiscutible pujanza (Salinas, 1994).

sumaron dos elementos exógenos que ayudaron a consolidar el modelo de desarrollo económico local sobre la base industrial. Estos elementos son (Ídem):

1. La ubicación geográfica del estado que permite la conexión entre el centro y el norte del país, así como su infraestructura ferroviaria y carretera.

2. La puesta en marcha de diversas políticas de descentralización de la zona metropolitana de la Ciudad de México con la finalidad de “corregir desigualdades geográficas y promover el desarrollo regional equilibrado¹²” (Garza, 1983).

A pesar de las medidas y estrategias para incentivar la actividad industrial dentro del municipio, el proceso de industrialización de San Juan del Río retardó su consolidación. Solo algunas empresas, principalmente del sector alimenticio, se instalaron de manera dispersa debido a que la mayoría prefería instalarse en el municipio de Querétaro; por ejemplo, la empacadora Tepeyac (1931), la Fábrica de conservas (1948), Textiles Salas (1949) y la Harinera Teide (1958) .

Fue a partir de los años sesenta que, con las estrategias que mencionábamos en líneas anteriores y con la creación de la Zona Industrial Valle de Oro, se detonó el arranque de la modernización del municipio de San Juan del Río. La zona industrial se construyó sobre terrenos ejidales que el Gobierno del estado expropió en los límites del casco urbano (Basaldúa, et. Al 2000; Nieto, 2000). Estos terrenos estaban ubicados al suroeste sobre la carretera a Tequisquiapan, en tierras pertenecientes a la comunidad en donde se centra el estudio etnográfico de esta tesis: Santa Cruz Nieto.

¹² Entre las políticas más importantes figuran dos: el programa para la promoción de conjuntos, parques y ciudades industriales y centros comerciales publicado en 1971, y el decreto de descentralización industrial (1971-1972) (Garza, 1993).

Los habitantes de la comunidad de Santa Cruz Nieto se refieren a este acontecimiento como un engaño, un despojo por parte del gobierno; así podemos apreciarlo en las siguientes narrativas de Azalea e Iris:

Mi esposo fue uno de los que cambió las tierras por un par de puercos flacos (...). Has de cuenta que donde ahorita está la Coca-Cola, el hotel grandote (Hampton Inn) y hasta donde está la compañía de teléfonos (Telmex) era parte de su ejido” (Azalea, junio de 2019).

En aquel tiempo, en la guitarrilla¹³ les cambiaron a todos los ejidatarios sus terrenos por marranos. “Les voy a dar unos marranos a cada uno, y me dejan esas tierras libres”, les dijo el gobierno. Las gentes las dejaron y ellos los engañaron con los marranos. Les quitaron las tierras de todo lo que ahora es la zona industrial, los hicieron tontos. El municipio vendió todas esas tierras a las empresas que empezaron a llegar (Iris, diciembre 2019).

Este despojo es idéntico al que en algún momento refirió Luxemburgo (1967), una expropiación que primero fue colonial y primitiva, después fue imperialista y que, en pleno siglo XXI, practica un capitalismo voraz. Esto nos remite, de igual forma, a lo que señala Samir Amin (1974): “los mecanismos de la acumulación primitiva [...] no se ubican, entonces, solo en la prehistoria del capitalismo; son también contemporáneos”; o a la “acumulación por desposesión” de David Harvey (2007): “Todas las características de la acumulación primitiva mencionadas por Marx han seguido

¹³ La guitarrilla es parte del ejido de la Santa Cruz Nieto.

poderosamente presentes en la geografía histórica del capitalismo hasta el día de hoy” (p.p. 117).

La acumulación por despojo es una característica más de la condición periférica de nuestro contexto que pareciera que se justifica con la promesa de la modernidad. Lo moderno es solo un imaginario, un discurso que promueve el Estado para crear condiciones para la industria. Por ello, coincidimos con Solís (2016) en que es relevante analizar la modernidad porque en tal proceso se estableció el sistema hegemónico capitalista y patriarcal (nosotros agregaríamos también colonial) que ha conducido el destino de la humanidad en los últimos siglos.

En nuestro territorio, la combinación de capitalismo, colonialismo y patriarcado hacen que surjan estrategias recrudescidas de explotación del espacio y del trabajo, de la expulsión de los campesinos de su tierra y de la degradación e invisibilización de las mujeres como una condición necesaria para mantener el sistema capitalista actual. Pero ahora que hemos planteado algunos antecedentes de la historia industrial de San Juan del Río, la reinención constante del colonialismo y el capitalismo y la continuidad de la acumulación por despojo, ahondemos en la forma en la que estos aspectos se gestan en un contexto histórico más reciente en San Juan del Río, en el periodo que hemos denominado la industrialización neoliberal.

Industrialización neoliberal

El proyecto neoliberal en México se tradujo en el abandono del Estado interventor, en el reemplazo del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones (hacia dentro) para dar paso a la liberalización y desregulación industrial, comercial y financiera (hacia

fuera). Durante la administración del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988) se dieron inicio a las estrategias neoliberales que daban prioridad al capital financiero que implicaban la aceptación de las directrices del Fondo Monetario Internacional (FMI), así como la reducción del aparato estatal que se tradujo en privatizaciones, la disminución del gasto público y el abandono del campo; que es uno de los aspectos que más influyeron en el nuevo proceso de industrialización que se configuró en San Juan del Río.

Si bien el proyecto neoliberal en México tiene sus inicios a partir de 1982, en San Juan del Río alcanzó su mayor impacto alrededor de 1990. Sin embargo, en este apartado retomamos referentes importantes que se dieron en la década de los setenta del siglo pasado y algunas estadísticas de los años sesenta con la finalidad de crear un mayor contraste.

A partir de 1970, San Juan del Río presentó un crecimiento importante en la planta productiva y, durante los años ochenta del siglo pasado, se consolidó plenamente el proceso de industrialización gracias al Programa Estatal de Fomento Industrial 1987-1991. Con esto comienza lo que nosotros hemos catalogado como la tercera etapa del proceso de industrialización en nuestro territorio.

En la tabla que presentamos a continuación se pueden apreciar las principales empresas que se instalaron en la región en el periodo comprendido de 1970 al 2000. Es notable que el crecimiento del sector industrial en San Juan del Río se dio de forma diversificada; y aunque pareciera que no hay un patrón en cuanto al asentamiento

industrial, existe una lógica de emplazamiento dominante de la industria maquiladora (Basaldúa et. Al, 2000; Nieto, 2000)¹⁴.

Tabla 4. Empresas instaladas en San Juan del Río 1970 a 2000

Empresa	Año de instalación	Giro industrial
Establecimientos Lux, S.A. de C.V.	1971	Química
Grupo Metal Intra S.A. de C.V.	1971	Metalmecánica
Coremin S.A. de C.V.	1974	Metalmecánica
Promotora Internacional de Pantalones S.A.	1975	Textil
Procesos Auxiliares S.A. de C.V.	1975	Textil
Timón Occidental de México S.A. de C.V.	1975	Textil
Establo Nacional	1976	Alimenticia
Manufacturas Kaltex S.A. de C.V.	1976	Textil
Plásticos Técnicos de México S.A.	1976	Química
Hotel Restaurant O'Puente	1977	Servicios
ERYF S.A. de C.V.	1977	Textil
Grupo ABC de México S.A. de C.V.	1977	Automotriz
Confecciones ELSY	1978	Textil
Condutel S.A. de C.V.	1979	Electrónica
Melco de México S.A. de C.V.	1979	Metalmecánica
Cartones Ponderosa S.A. de C.V.	1979	Papelera
Magnoflex S.A. de C.V.	1979	Química
Acerlan S.A. de C.V.	1979	Metalmecánica
Flexibles Automotrices S.A. de C.V.	1979	Automotriz
Kimberly Clark de México S.A. de C.V.	1979	Papelera
Viajes Ararat S.A. de C.V.	1980	Servicios
Taloquimia S.A. de C.V.	1980	Química
Embotelladora de San Juan S.A. de C.V.	1980	Alimenticia
Are Construcciones	1981	Servicios
Arancia S.A. de C.V.	1982	Alimenticia
Manufacturas de Hierro y Acero S.A. de C.V.	1982	Metalmecánica
Guvi Construcciones S.A. de C.V.	1983	Metalmecánica
Industriales Leyvi S.A. de C.V.	1984	Química
Alambres Apache S.A. de C.V.	1984	Metalmecánica
Electrónica Clarion S.A. de C.V.	1984	Electrónica
Empresa Harada de México S.A. de C.V.	1985	Electrónica
J.H. Mills S.A. de C.V.	1986	Textil
Dipensa S.A. de C.V.	1986	Electrónica

¹⁴ Los datos que proporciona Gobierno del Estado de Querétaro (1999) señalan que de 19 establecimientos censados en 1992, pasaron a 42 en 1998. Una de las razones por las que la industria maquiladora se asienta mayoritariamente en San Juan del Río, según refiere Nieto (2000), es para aprovechar la mano de obra rural.

Servicio Panamericano de Protección	1986	Servicios
Teek San Juan S.A. de C.V.	1986	Servicios
Plásticos Altec S.A de C.V	1987	Química
Aspermex S.A. de C.V.	1988	Metalmecánica
Corporación ATSA S.A. de C.V.	1988	Química
Natural de Alimentos S.A. de C.V.	1989	Alimenticia
Aditivos Mexicanos S.A. de C.V.	1989	Electrónica
Servicios Profesionales RECA	1989	Servicios
Llantas y Servicios Hernández	1989	Servicios
Albec de México S.A. de C.V.	1990	Química
Protección Industrial del Bajío	1990	Servicios
OYM Válvulas S.A. de C.V.	1990	Metalmecánica
Ultraindustrial S.A. de C.V.	1991	Electrónica
Sociedad Cooperativa Pascual S.A. de C.V.	1992	Alimenticia
Laboratorios Litocolor, RRDONELLY	1992	Papelera
Servicio de Diseño de Personal	1993	Servicios
NSC, San Juan del Río Sociedad Civil	1994	Servicios
PPG Industrias de México S.A. de C.V.	1995	Automotriz
Neumática Hidráulica S.A. de C.V.	1995	Metalmecánica
Manufacturas, Asesorías, Fabricaciones Industriales S.A. de C.V.	1996	Servicios
Grupo ELOGIO S.A. de C.V.	1996	Servicios
Fiesta Americana Hacienda Galindo	1997	Servicios
Ceras San Nicolás S.A. de C.V.	1997	Química
Madera y Embalajes S.A. de C.V.	1998	Madera
Transportes Minerva S.A. de C.V.	1998	Servicios
EFCO de México S.A. de C.V.	1998	Servicios
Excelencia Total en Servicios Múltiples	1998	Servicios
Carpenter S.A. de C.V.	1999	Metalmecánica
Compañía Deshidratadora	1999	Alimenticia
Patelec, Norma Sistemas Eléctricos S.A. de C.V.	1999	Electrónica

Fuente: Basaldua, et. Al. (2000)

El predominio de la maquila, ya sea textil, electrónica, automotriz o metalmecánica reafirma la vocación periférica de nuestra industria, es decir, una industria en donde lo que se produce no es diseñado, desarrollado o utilizado en nuestro territorio. No hay tal cual una inversión que busque la innovación o el desarrollo de tecnología como se supondría que paulatinamente promovería la modernidad, sino que solo se utiliza como ventaja competitiva la mano de obra barata para el ensamblaje y posterior exportación

de productos a los países centrales. En las metrópolis es donde se diseña, innova, consume y, sobre todo, concentra la riqueza. En las periferias se produce, se explota, se despoja, y la propia dominación y condición de colonialidad configura un trabajo en condiciones de subalternidad. Podemos observar esto en las razones que llevan a que una empresa se instale en un lugar.

En este punto en particular, en el caso de San Juan del Río prevalecieron tres lógicas de asentamiento industrial. En primer lugar, las empresas que vieron en el modo de producción agrícola periférico una ventaja para otorgar salarios inferiores y también porque la pluriactividad¹⁵ que prevalecía en la región formaba parte de un salario no pagado. En la siguiente narrativa podemos leer cómo la pluriactividad compensaba la baja remuneración que se obtenía en las industrias.

En las fábricas de San Juan siempre se pagó muy poquito, pero ya se completaba el gasto con lo que uno sacaba de la milpa y de la venta de tortillas. Mis hermanos que se fueron a trabajar a México sí nos contaban que ganaban más, pero también tenían que pagar la renta, la comida (...), yo pienso que venía saliendo lo mismo (Margarita, octubre de 2019).

La segunda lógica de asentamiento industrial en San Juan del Río fue el aprovechamiento de las empresas sobre las exenciones y facilidades otorgadas por el gobierno municipal y estatal. Nieto (2000) sostiene que el sector empresarial local y el

¹⁵ La pluriactividad refiere a la combinación de actividades económicas diversas (agrícolas y no agrícolas) como condición necesaria para subsistir (Grammont y Martínez, 2009; Schneider, 2009). Además “implica todas aquellas actividades encaminadas a la reproducción social y no solamente a las actividades que son remuneradas de forma monetaria” Collin y Cano (2016: 36). Por lo que en nuestra definición de pluriactividad se incluyen las actividades de cuidado, el empleo y el trabajo.

poder económico que detentaba, le permitió presionar a la federación sobre el ayuntamiento para lograr concesiones como algunos cambios del uso de suelo para transformar terrenos agrícolas en industriales o habitacionales; y el incumplimiento de normas de control para contaminantes de agua, tierra o atmosféricos (Pág. 163).

La tercera razón por la que las empresas decidieron instalarse en San Juan del Río fue para aprovechar insumos importantes para su producción; por ejemplo, el agua. En las siguientes narrativas, las participantes señalan cómo algunas de las tierras que fueron expropiadas por el gobierno tenían importantes yacimientos de este recurso:

Antes, esos terrenos donde está la Coca-Cola eran de don Julián Feregrino; puras praderas que pensábamos eran de temporal, ni siquiera sabíamos que ahí podía haber agua, pero ahora resulta que es donde más pozos de agua hay. Son pozos que se quedaron esas empresas como la Coca que requieren para sus procesos de muchísima agua (Cala, febrero de 2020).

Los terrenos de mi familia abarcaban lo que ahora es Cartones Ponderosa. Son tierras que tienen mucha agua, pero en aquel entonces no pudimos perforar los pozos de agua porque no sabíamos que ahí estaban y ni dinero había (Iris, noviembre de 2019).

Las decisiones políticas que permitieron el establecimiento de fábricas con alto requerimiento de agua como aquellas del giro textil o papeleras fueron aun en contra de los dictámenes técnicos que señalaron futuros desequilibrios en el manto acuífero del Plan de San Juan (Nieto, 2000:161). Este aspecto es relevante porque el apoyo desmedido para la instalación de empresas se justificó por la promesa de “la

modernización”, es decir, se sobrepone el discurso sobre de la propia sostenibilidad de la vida.

Esto se ve reflejado también en el paulatino abandono del campo desde el ámbito gubernamental. Si bien las transformaciones en el campo mexicano se han dado a partir de condiciones sociales, económicas, políticas y culturales que atañen a los ámbitos locales, regionales, nacionales e internacionales, las directrices que en los últimos cuarenta años han orientado tales cambios corresponden a un periodo histórico determinado: el de la presencia del modelo neoliberal. A partir de 1980, la eliminación paulatina de programas gubernamentales orientados a la producción agropecuaria dejó a los productores dentro de un marco de acción aparentemente de libre mercado, regido por la oferta y la demanda.

Programas que otorgaban créditos, asesoría técnica, venta de insumos para la producción a bajo costo y apoyo en la comercialización de la producción, desaparecieron paulatinamente. Esto ante la idea de que un Estado interventor, con su política proteccionista, solo obstaculizaba el desarrollo económico que debía ser superado con la lógica de Mercado. Al respecto, Kay (2016:14) señala que “un pilar clave del paradigma neoliberal es dejar que el mercado gobierne”.

La aplicación de esta lógica llevó a la privatización y desaparición de empresas del sector público. En 1983 las empresas paraestatales sumaban 1155, y para 1998 solamente había 231 (Ortega, León y Ramírez, 2010:328). Empresas como CONAFRUT, CONASUPO Y BANRURAL desaparecieron.

El problema para las personas que se dedicaban al trabajo agrícola, así como para otros sectores de la sociedad, ha sido que el objetivo central de las políticas neoliberales se ha centrado en resolver problemas macroeconómicos, sin importar los costos que esto ha tenido en las economías, en los modos de vida y en términos amplios en la pérdida de sostenibilidad. En este aspecto profundizaremos más en el capítulo 2.

Ahora bien, en el caso particular de Santa Cruz Nieto, la implementación de políticas neoliberales llevó a que las actividades agropecuarias y, en especial, la agricultura, dejaran de ser el eje de sobrevivencia de las familias. La precarización del campo mexicano promovió que los pobladores buscaran una mayor inserción en el sector industrial y de servicios y, con esto, la agricultura se convirtió en una actividad complementaria, o en definitiva ha dejado de practicarse.

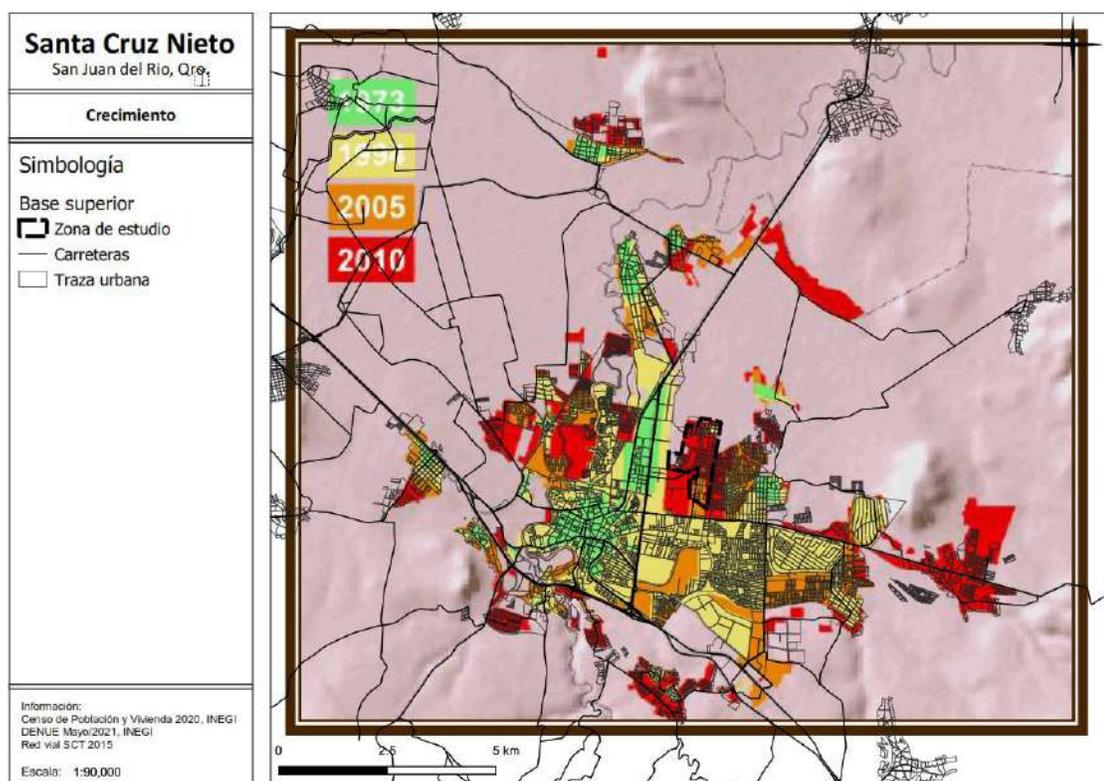
Este fenómeno se ha denominado ‘desagrarización’ y consiste en la disminución paulatina, pero progresiva, de la contribución del trabajo agropecuario al ingreso de las familias (Grammont, 2009). Ahora bien, esto no significa la completa desaparición de la actividad agropecuaria, pero apunta a una disminución importante de la producción agrícola en la gran mayoría de los hogares de la comunidad de Santa Cruz Nieto, contexto donde se desarrolla esta investigación.

La desagrarización ocurre a la par que se impulsa la industrialización de la región y, esta última, es proyectada como una forma en la que el medio rural puede expandir la economía.

En este sentido, ¿qué otras modificaciones trajo esta industrialización neoliberal en nuestro territorio? La transformación del paisaje fue radical. En el siguiente mapa

podemos apreciar que el crecimiento y urbanización de San Juan del Río fue exponencial durante los años ochenta y noventa del siglo pasado. En color amarillo se enmarca este periodo, que coincide con la puesta en marcha del Programa de Fomento Industrial 1987-1991; una de las principales políticas que se instrumentaron para la atracción de empresas y consolidación de la zona Industrial Valle de Oro.

Mapa 3. Crecimiento de San Juan del Río 1970 -2010

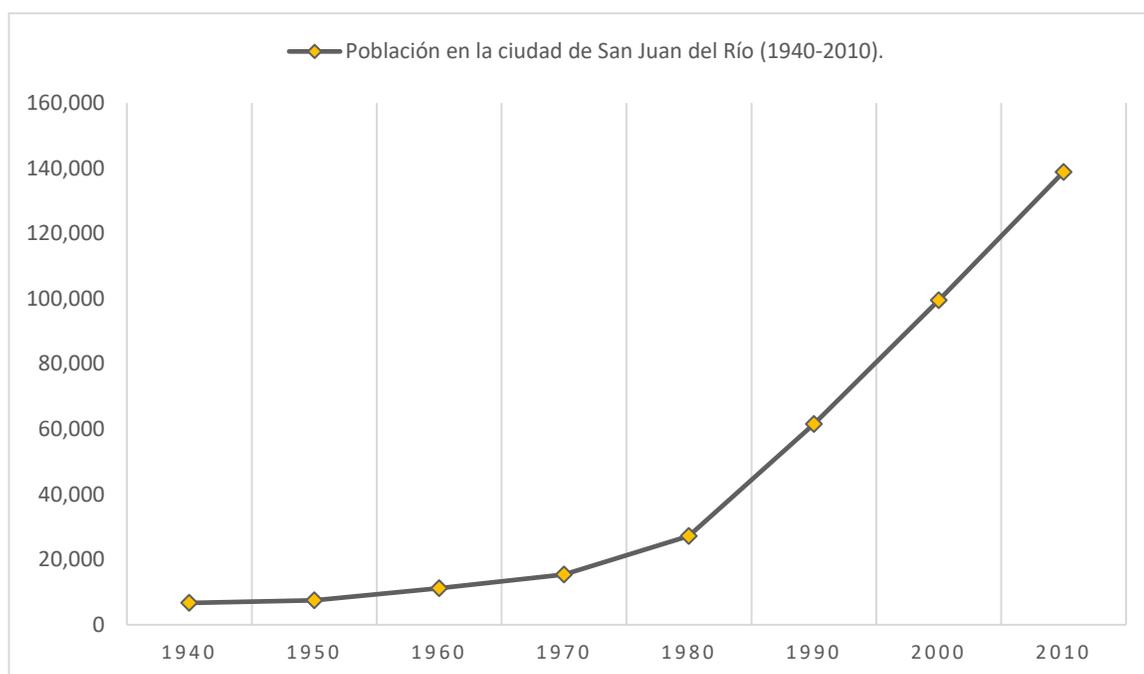


Fuente: Centro Queretano de Recursos Naturales (2011)

La inmigración tuvo efectos notorios en el territorio. Algunas industrias que se instalaron en la zona industrial Valle de Oro contaban con procesos para los que requerían perfiles de mano de obra difícilmente cubiertos por el trabajador local, por lo que la demanda consecuente de obreros calificados favoreció el traslado de miles de familias desde diferentes puntos de la república, predominando la inmigración de

familias provenientes del Estado de México y de la Ciudad de México. El censo de 1980 señala que hubo un pico en el crecimiento poblacional que se mantiene hasta la actualidad (Ver gráfica 1). En 1970 había 53,899 habitantes y para el decenio siguiente la población era de 81,820; es decir, la tasa de crecimiento poblacional anual fue de 4.2% (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1994).

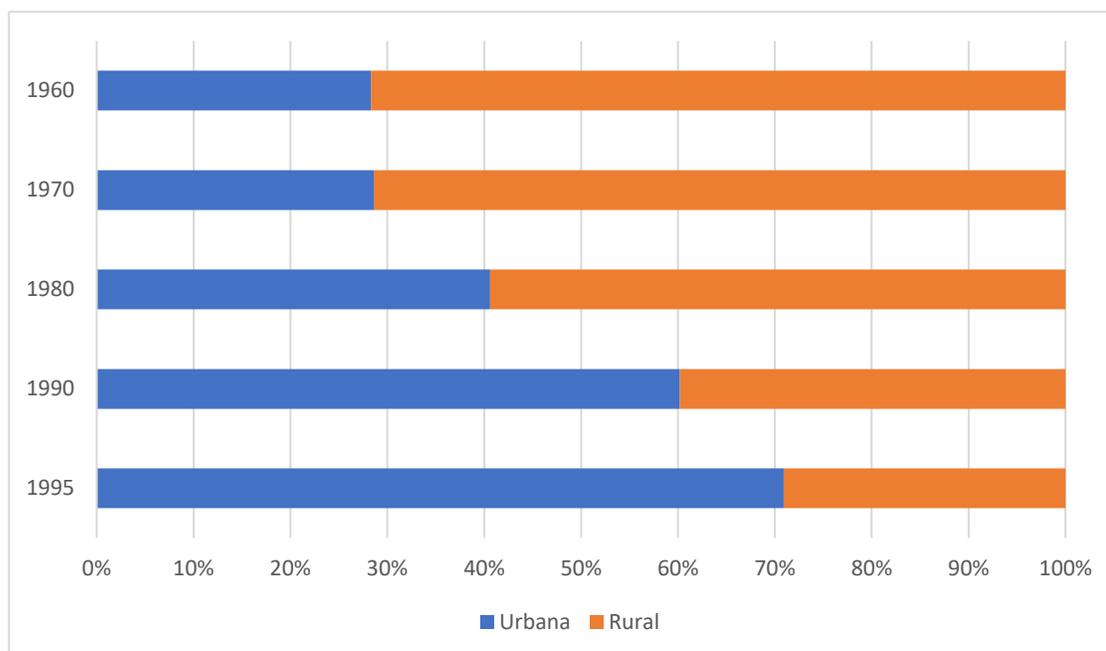
Gráfica 1. Población en la ciudad de San Juan del Río (1940-2010).



Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI página web

Paralelo al proceso de industrialización, el proceso de urbanización ha sido continuo e ininterrumpido. Como podemos apreciar en la siguiente gráfica, a partir de los años ochenta se da un importante incremento de la población urbana de tal manera que en 1995 se revirtió el patrón poblacional que se tenía en 1960.

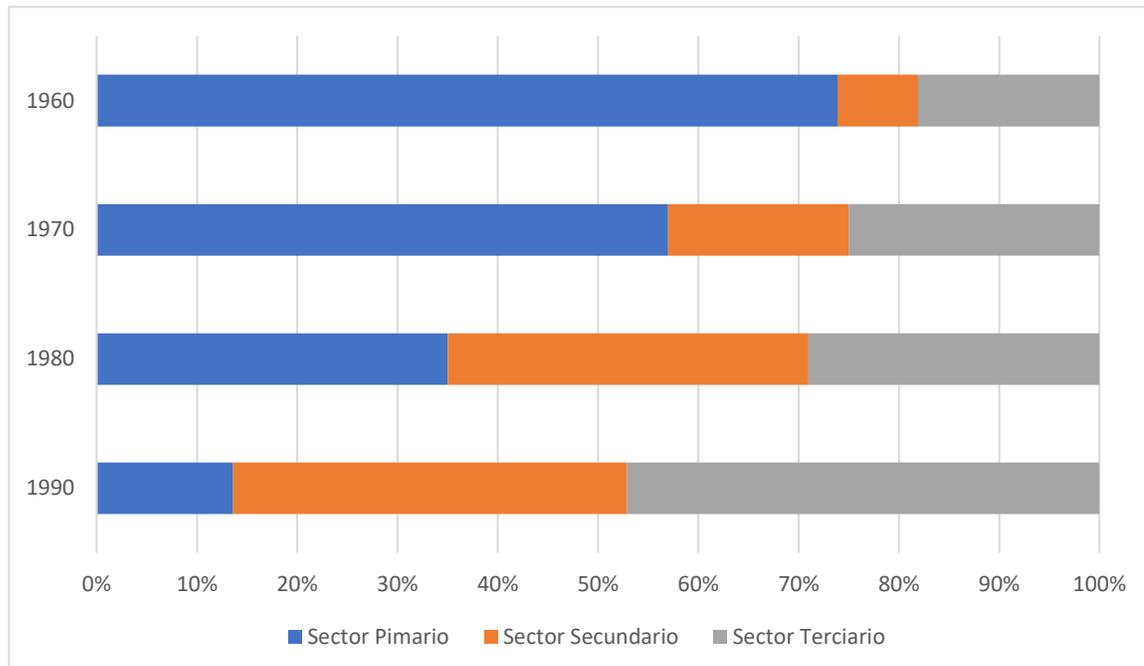
Gráfica 2. Porcentajes de población rural y urbana



Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI (1960, 1970, 1980, 1990 y 1995)

Este cambio en el patrón poblacional trajo una profunda transformación de la población económicamente activa (en adelante PEA) en dos sentidos; por un lado, en el aumento total de personas ocupadas y, por otro lado, el perfil ocupacional se modificó a favor de las actividades relacionadas con el sector industrial, comercial y de servicios.

En la gráfica tres podemos apreciar la PEA por sector. De acuerdo con Basaldúa et. Al. (2000), en 1960 se registraban en San Juan del Río 11,912 personas ocupadas; y para 1990 esta cifra se triplicó, registrando 36,163. Asimismo, de acuerdo con los datos de INEGI (1989, 1993), podemos constatar que el sector primario perdió terreno frente al sector industrial, por un lado, la PEA ocupada en el sector primario descendió de 73.5% a 13.6%; mientras que el sector terciario ascendió del 13.6% al 36.9% y, por último, la mayor variación se presenta en el sector secundario que pasó de 9.6% a 47.1%.

Gráfica 3. PEA por sector

Fuente: Con datos de INEGI (1985, 1989, 1993).

Las cifras anteriores sirven como un indicador de la transformación productiva de San Juan del Río, ya que de ser un municipio donde su población se dedicaba principalmente a las actividades del campo y de la ganadería, actualmente son las actividades industriales, seguidas por las comerciales y de servicios las que rigen el desarrollo económico. Nieto (2000) señala que por el volumen de trabajadores se ha calificado a San Juan como una “ciudad obrera”.

Respecto a la modificación que sufrió la PEA, es importante también señalar la incorporación de la mano de obra femenina en el ámbito laboral como un aspecto relevante. Dentro de las explicaciones que socialmente se han construido, por el aumento

de madres solteras en la región¹⁶, prevalece la idea de que las mujeres incrementaron su participación en el mercado de trabajo.

Nieto (2000) afirma que el esquema de convivencia que implanta la fábrica es una de las razones por las que se detona el incremento de madres solteras en el municipio de San Juan del Río, “un cambio sociocultural mayor derivado de la modificación del sistema económico” (P.p.162).

Otra de las razones que se enuncia en los análisis de la industrialización señala que la incorporación de las mujeres obedece a que los salarios que se ofertaban en la industria eran insuficientes para cubrir las necesidades de una unidad económica; razón por la que las mujeres se incorporaron a fin de complementar el ingreso familiar (Basaldúa et. Al. 2000; Nieto, 2000). Respecto al incremento de madres solteras, Iris, una habitante de la comunidad de Santa Cruz Nieto, señala lo siguiente:

Cuando se instalaron las empresas en San Juan trajeron muchísima gente de fuera, en su mayoría llegaron hombres solos y sí se vio un fuerte incremento de madres solteras inclusive aquí en el rancho de Santa Cruz. Yo recuerdo que incluso en las noticias una vez dijeron que San Juan era el municipio con más madres solteras de México (Iris, octubre de 2019).

Basaldúa et. Al. (2000) señala que el porcentaje de la PEA femenina en 1970 era de 16.8%, y para 1990 se incrementó hasta el 24.5%. Los sectores en los que las mujeres

¹⁶ Nieto (2000) alude sin mayores datos a un artículo aparecido en un periódico de circulación nacional que catalogó a San Juan del Río como la ciudad con el mayor índice de madres solteras en la república, del que no fue posible localizar una fuente o elementos mínimos para sustentar dicha afirmación. Grupos nativos entrevistados señalaban respecto al incremento de madres solteras que había un gran “deterioro moral” sufrido por la población local producto del establecimiento industrial.

se ocuparon pueden apreciarse en la tabla 5; en 1970 las mujeres trabajaban principalmente en actividades relacionadas con los servicios y el comercio, y de forma secundaria en actividades relacionadas con la agricultura; en 1990 prevaleció como ocupación principal el sector terciario, pero poco a poco tomaron relevancia las actividades relacionadas con la industria. El estudio que realizó COESPO (1997), como se cita en Basaldúa et. Al. (2000), señala que la mano de obra femenina fue altamente apreciada por sus características de meticulosidad y cuidado dentro del trabajo.

Tabla 5. PEA femenina por sector, 1970 - 1990

Año	Sector I	Sector II	Sector III
1970	15.6	13.1	74
1990	3.1	25.3	67.2

Fuente: COESPO (1997) como se cita en Basaldúa et. Al. (2000).

Los cambios en la actividad ocupacional de las mujeres, en proporción con la de los hombres, muestran las siguientes variaciones. Según los datos de INEGI (1970), durante los años setenta por cada seis hombres que se insertaban en el ámbito laboral había una mujer. Para los años noventa esta relación es de dos hombres por una mujer (INEGI, 1990). Sin embargo, aunque se incrementó la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, esto no implicó una redistribución en las actividades de cuidado, aspecto que influye en la forma de cuidar de sí, de los otros y del propio lugar que habita, y que también suma a la sobrecarga que experimentan muchas mujeres, y que va en detrimento de su salud integral.

Desde la perspectiva de salud colectiva en la que se arropa este trabajo, “los grupos humanos muestran perfiles de enfermedad, mortalidad, acceso a los servicios y

modalidades de cuidado que, esencialmente, obedecen a la forma en que estos grupos se insertan en los procesos productivos, su relación con los medios de producción y su grado de acceso a la riqueza social producida” (Ríos-Cazarez y López- Moreno, 2018: 129), por esta razón consideramos el territorio y el contexto histórico como aspectos relevantes que nos permiten mirar el devenir de la salud del grupo social.

En los modos de vida, es decir, en la forma en que las personas se incorporan a las formas de producción y reproducción de una sociedad, se generan una serie de condiciones que van configurando la determinación social de la salud; en el siguiente capítulo profundizamos en estos aspectos.

Capítulo 2. La Sostenibilidad de la Vida en la Periferia

A lo largo del capítulo uno sostuvimos que la sujeción del territorio se dio primero por el proceso de colonización y, posteriormente, por el proceso de industrialización que se instrumenta a través del despojo. Ahora en el capítulo 2, a partir de la pregunta ¿cómo modificó la industrialización la forma de cuidar y de trabajar?, mostraremos cómo esta sujeción se extiende a la vida concreta de las personas desarticulando un modo de vida de mayor cohesión en las relaciones con la naturaleza, la comunidad, la familia y con el cuerpo como un todo.

Consideramos que la industrialización reconfigura el espacio, la forma de trabajar y, sobre todo, la forma de cuidar, modificando la capacidad que tienen las personas de habitar, de saber hacer y ser para el mundo, y dando centralidad a la lógica instrumental que desvaloriza a las actividades que permiten la sostenibilidad de la vida, justamente porque exceden los límites del intercambio mercantil. Estos cambios, en particular la desvalorización del cuidado, impactan en última instancia en salud de las personas, pues se restan espacios al cuidado, se precariza la vida.

Para desarrollar tal argumento, en este capítulo mostramos el modo de vida que prevalecía en Santa Cruz Nieto previo al proceso de industrialización; un modo de vida que podemos entender a partir del análisis de la pluriactividad. La configuración del espacio, la integración entre trabajo y vida y la forma de trabajar y cuidar que se enmarca en este periodo, muestra aspectos relevantes respecto a la comprensión del cuidado, de los vínculos de interdependencia y ecodependencia, que son elementos importantes para pensar en un tránsito hacia la sostenibilidad de la vida.

El marco de referencia que nos permite dar lectura a este capítulo se fundamenta en la comprensión de los modos de vida y la pluriactividad. Este concepto, a su vez, nos permitirá caracterizar el trabajo y el cuidado en el contexto situado de la investigación.

Modos de vida y pluriactividad

La categoría que orienta este capítulo es el de modo de vida por la centralidad que tiene este concepto para la propuesta de la salud colectiva. Retomamos, principalmente, los aportes de Almeida-Filho (2000). En el recorrido teórico-conceptual que el autor realiza en su libro *“La Ciencia Tímida. Ensayos de deconstrucción de la epidemiología”* explica que el concepto de modo de vida fue acuñado por Marx y Engels como elemento de análisis de las formaciones sociales precapitalistas, buscando situar la naturaleza no solamente material y física de la reproducción social. Los modos de vida fueron entendidos por Marx y Engels como:

El modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse exclusivamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son, coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo como producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción (Marx y Engels, 1972: 20-21).

Esta concepción estructural de modos de vida requiere considerar la posición y capacidad de elección de la personas. Para ello, Almeida retoma los aportes de Gramsci y Heller, autores que plantean un retorno al análisis de “la dimensión de lo imaginario y lo simbólico, aquél ‘algo más’ de las relaciones sociales de la vida cotidiana.” (Almeida-Filho, 2000: 160).

Recuperando a Gramsci, Almeida (2000) refiere que el análisis de una coyuntura histórica y social no puede reducirse a un enfoque exclusivamente economicista y clasista como el que proponen Marx y Engels, sino que es necesario hacer intervenir otras dimensiones, por ejemplo, “las diferencias étnicas, generacionales y regionales (...), las cuestiones lingüísticas, los residuos históricos, las conductas sociales, las redes de parentesco, los rituales...” (Ídem. 161).

Por su parte, Almeida incorpora los aportes de Agnes Heller sobre que el modo de vida no es totalmente independiente de las voluntades de los sujetos (Ídem 170). Esta autora, a través de sus desarrollos teóricos sobre la vida cotidiana, menciona que el modo de vida se entiende dependiente de las posibilidades dadas por un lado, y de la voluntad de los sujetos por otro, puesto que afirma que los sujetos disponen de cierto ámbito de movimiento en el cual pueden escoger su propia comunidad y su propio modo de vida en el interior de las posibilidades dadas (Heller, 1989:22, en Almeida-Filho, 2000: 163).

De este modo, Almeida-Filho (2000) sintetiza que el modo de vida es una construcción teórica, que no implica meramente las conductas individuales ante la salud, sino que incluye las dimensiones sociohistóricas, englobando la dinámica de las clases sociales y las relaciones sociales de producción, considerándolos aspectos simbólicos de la vida cotidiana en la sociedad (Almeida-Filho, 2000:174). Así, modo de vida puede

ser pensado como una amplia y fundamental instancia determinante de los procesos salud-enfermedad que, de acuerdo con Possas (1989), está mediada por dos dimensiones intervinientes: estilo de vida (...) y condiciones de vida. Analizaremos estas dos dimensiones más adelante con la propuesta de necesidades humanas de Boltvinik (2007).

A partir de estas contribuciones y de lo que hemos observado en campo, consideramos que el concepto de modo de vida refiere al conjunto de actividades cotidianas que se despliegan en las diferentes esferas de la vida; que, retomando los aportes de Marx y Engels (1972), incluyen los medios con los que los individuos, grupos y la sociedad en su conjunto satisfacen y desarrollan sus necesidades materiales; y, desde nuestro punto de vista, también de sus necesidades espirituales, en las condiciones de determinada formación económico social, las cuales, según las contribuciones de Gramsci y Heller (como se cita en Almeida-Filho, 2000) reflejan no solo cómo viven, sino también para qué viven, con qué objetivos y con qué escala de valores.

De esta forma, para explicar los modos de vida, Gramsci insistiría en que debemos tener presente las condiciones histórico-sociales que hemos desarrollado en el capítulo uno, las cuales permiten ver el problema del peso de las estructuras sobre la acción individual, sin perder de vista las voluntades que señala Heller de los sujetos para hacer elecciones en el marco de las posibilidades establecidas. Así, la noción de modos de vida permite vincular la dimensión individual de la salud con la dimensión colectiva y superar las limitaciones que ha tenido el estudio de los estilos de vida.

Consideramos que, para analizar operativamente la categoría de modo de vida, es de utilidad el concepto de pluriactividad y más porque este nos permite acentuar el

análisis en las formas en las que se trabaja y se cuida. A continuación, desarrollamos nuestro punto de partida para la comprensión de este concepto.

La pluriactividad

La pluriactividad indica la combinación de actividades económicas diversas (agrícolas y no agrícolas) como condición necesaria para subsistir (Grammont y Martínez, 2009; Schneider, 2009). Aunque reconocemos que la vida está inmersa en relaciones de dominio y bajo un sistema económico capitalista, nos parece limitado enfocar el análisis únicamente en las actividades económicas porque el debate se reduce a la relación salarial o al conflicto que se produce entre el capital y las diferentes formas de trabajo.

Esto, en última instancia, genera una especie de estrabismo productivista (Carrasco, 2009) y nos distancia de las pretensiones que tenemos desde una epistemología feminista que busca colocar en valor a los cuidados, poniendo al centro del análisis, precisamente, la reproducción de la vida. Es por eso que incorporamos la visión de Collin y Cano (2016) para quienes la pluriactividad “implica todas aquellas actividades encaminadas a la reproducción social y no solamente a las actividades que son remuneradas de forma monetaria” (p.p. 36).

Esta definición es lo suficientemente amplia para poder analizar de forma integral el trabajo y los cuidados, en compatibilidad con nuestra propuesta de sostenibilidad de la vida y fuera de las falsas dicotomías que dividen la comprensión de la cotidianidad al espacio público y al espacio privado, o al análisis del trabajo y de la familia como si ambas esferas fueran opuestas y, en efecto, la vida se fragmentara entre lo productivo y lo reproductivo. Mirar desde la sostenibilidad de la vida implica romper

con los binarismos para contemplar la forma en la que el cuidado y el trabajo influyen para la que la vida sea posible, sostenible o no.

Esta integralidad se aprecia en el análisis que propone Arias (2009). Esta autora desarrolla la pluriactividad desde una mirada etnográfica y señala que desde finales del siglo XIX las familias campesinas obtenían productos e ingresos, aunque de una manera flexible, diversa y cambiante, de la articulación constante de cuatro actividades: los quehaceres agropecuarios, las actividades artesanales, las actividades de recolección (madera, frutos, flores, plantas medicinales, hortalizas silvestres) y el trabajo asalariado regional en plantaciones comerciales. La tipología que ella desarrolla desde la etnografía corresponde a un momento y a un contexto situado, de manera que el principal aporte que rescatamos de este trabajo es que la categoría de pluriactividad adquiere características particulares de acuerdo con el contexto que se analice y el proceso histórico que se teja en el territorio.

De este modo, la pluriactividad en nuestro espacio de investigación tendrá una configuración particular, adquiriendo características propias del espacio y de dos momentos específicos: durante el ejido y durante la instalación del llamado modelo modernizador que, en nuestro caso, se da por medio de la industrialización del municipio de San Juan del Río.

Al respecto, Grammont (2009) señala que antes del advenimiento del modelo de desarrollo modernizador, la agricultura, ya fuera remunerada o de autoabasto, era la que ordenaba y daba sentido al hogar campesino; pero en la actualidad esto se ha modificado a partir de la centralidad que adquiere el trabajo, ya sea industrial o de servicios. Para observar esta transformación, el autor propone analizar los nuevos espacios rurales

distinguiendo a las Unidades Económicas Campesinas Pluriactivas (en adelante UECP) de las Unidades Económicas Rurales (UER).

Las UECP son familias que complementan el ingreso familiar que se obtiene del trabajo de campo diversificando las actividades de sus integrantes, principalmente con actividades asalariadas (ibíd, 15). En el caso de nuestra investigación, seis participantes (principalmente de la primera cohorte generacional) tienen esta configuración familiar (Ver tabla 4).

Tabla 6. Participantes y tipo de unidad familiar

Nombre¹⁷	Edad	Tipo de unidad familiar
Aurora	87	UECP
Jazmín	75	UECP
Iris	78	UECP
Azalea	82	UECP
Rocío	89	UECP
Flor*	60	UECP
Cala*	45	UER
Margarita*	55	UER
Hortensia	50	UER
Mirta	43	UER
Amaranta**	20	UER

¹⁷ Los nombres reales se han sustituido por nombres de flores para preservar la identidad y el anonimato de las informantes.

* Cala, Flor y Margarita son hijas de tres de nuestras primeras informantes.

Anahí**	33	UER
Azucena**	36	UER
Rosa	34	UER
Violeta	31	UER
Verónica	22	UER

Fuente: Elaboración propia

Las Unidades económicas Rurales (UER), por otro lado, son familias no campesinas en las que el trabajo en el sector secundario o terciario es el único sustento. El origen de las UER es atribuido al aumento demográfico y al fin del reparto agrario; es decir, son el resultado de los cambios estructurales que ha experimentado el campo mexicano en las últimas tres décadas (Ibíd.), en sumatoria con un modo de vida más dependiente al capital. Diez de nuestras participantes pertenecen a este tipo de unidad familiar (Ver tabla 4).

Ahora bien, otra noción que es importante para el desarrollo de este apartado es la sostenibilidad de la vida, que más que un concepto constituye una perspectiva que, como mencionamos líneas arriba, es congruente con la pluriactividad en tanto que permite mirar la integralidad del cuidado y el trabajo.

Entendemos por sostenibilidad de la vida aquella noción de equilibrio entre la satisfacción de necesidades de la sociedad actual y la posibilidad de futuro (Brundtland, 1987). Para lograr esto es necesario reconocer que formamos parte de un ciclo ecosistémico, que somos interdependientes y que el equilibrio que posibilita la vida está

** Amaranta, Anahí y Azucena son hijas de las mujeres que conforman la segunda cohorte generacional y, por lo tanto, son nietas de nuestras primeras informantes.

fundado en colocar el cuidado al centro, esto es: dar prioridad a los procesos que permiten la reproducción de la vida humana y no humana sobre de los procesos de producción.

Por lo anterior, la sostenibilidad se basa en el ejercicio del derecho humano al cuidado como una prioridad para la realización de la vida digna de todas las personas y en el reconocimiento de la naturaleza como un sujeto con derecho al cuidado (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018; Trevilla e Islas, 2020). Todo esto sin omitir que formamos parte de un sistema socioeconómico, un engranaje con diversas esferas de actividades que, monetarizadas o no, deben valorarse según el impacto final en los procesos vitales (Pichio, 2009; Carrasco, 2009 y Pérez Orozco 2014).

Con esto, establecemos que la pluriactividad desde la sostenibilidad de la vida está asociada con visibilizar, principalmente, las actividades de cuidados, cómo se organizan socialmente, qué valoración tienen en el entramado social y cómo han cambiado a partir de la industrialización neoliberal, pero también implica abordar los cambios en la forma de trabajar. Por ello, es importante definir en este marco qué entendemos por trabajo y cuál es nuestro punto de partida para la comprensión del cuidado.

Para definir el trabajo retomamos la conceptualización que proponen Rosas y Belmont (2021), quienes realizan un ejercicio para recharacterizar el concepto en el contexto latinoamericano desde una epistemología crítica. Para ellos, el trabajo constituye “todas aquellas actividades que producen bienes o servicios con valor de cambio, lo cual implica su participación en la generación de riqueza y en la acumulación de capital” (P.p. 185).

Esta conceptualización reconoce que nuestra realidad está atravesada por un proceso de colonización y que los marcos de referencia que reproducen la hegemonía del pensamiento occidental son insuficientes para analizar todas aquellas actividades inscritas en una relación mercantilista que son desarrolladas en nuestros contextos periféricos dentro o fuera de una relación salarial regulada por el Estado (Ibidem, 184). De este modo, las actividades agropecuarias, el trabajo informal, el autoempleo, el servicio doméstico remunerado o el empleo industrial se consideran por igual dentro de la categoría de trabajo.

En cuanto a la definición del cuidado, retomamos la distinción que propone Ríos-Cázares (2020) respecto al cuidado y los cuidados, así como la propuesta de Tronto y Fisher (1990) para quienes el cuidado es una actividad de la especie que incluye todo lo que hacemos para reparar, mantener o continuar nuestro mundo, para que lo podamos habitar de la mejor forma posible. Ese mundo incluye nuestro cuerpo, nuestro ser, nuestro ambiente: todo lo que buscamos entretener en una compleja red que sostiene la vida y que permite la reproducción material y social de la especie humana.

Esta definición, aunque es amplia, nos permite mostrar que, en nuestro contexto, el cuidado no puede reducirse a una relación entre personas. En nuestro contexto, como desarrollaremos más ampliamente a continuación, el cuidado involucra incluso cuidar la tierra y los animales para el abasto familiar. Por eso es de suma importancia partir de un referente tan amplio para aterrizarlo en nuestro contexto, caracterizarlo y distinguirlo del trabajo en tanto que su objetivo último no se enmarca en una lógica mercantil, sino que trasciende a la propia sostenibilidad de la vida.

El modo de vida previo a la industrialización neoliberal

En este apartado exponemos las prácticas de trabajo y de cuidados de los pobladores de Santa Cruz Nieto durante los años de 1950-1980. En la comunidad de estudio podemos observar que durante este periodo prevaleció el cultivo de granos básicos, pero este siempre se debió complementar con otras actividades de cuidados y actividades remuneradas tanto agrícolas como no agrícolas que hemos agrupado dentro de la categoría de pluriactividad. Sostenemos que en nuestro contexto, en el periodo analizado, prevalecían una serie de saberes sobre el ecosistema, el cuerpo y el cuidado de la vida que brindaba mayores capacidades de resiliencia que en la actualidad.

Las fuentes principales para la elaboración de este apartado fueron: trabajo de campo, entrevistas y observación directa con informantes locales bajo el método etnográfico. Para cada caso retomamos principalmente las narrativas de mujeres nacidas entre 1929 y 1949, todas son integrantes de las familias originarias de la comunidad de Santa Cruz Nieto.

En cada caso desarrollamos experiencias de trabajo y de cuidado de las familias tomando como principal referente las narrativas de las mujeres. Iniciaremos con la narrativa del curso de vida de Rocío:

¡Uuuy, si viera antes! Aquí donde está la calle central eran callejones de pura nopalera. No me acuerdo en qué año trazaron para hacer las calles y meter la luz, ¡eso sí no me acuerdo! Lo que recuerdo de cuando llegué a Santa Cruz Nieto (aproximadamente en 1950) era que aquí todo era una obscuridad; y de la iglesia para donde llegaron las fábricas era un monte, pura nopalera y huisaches, no había más (Rocío, agosto de 2019).

Iniciamos con esta narrativa que nos permite retratar la historia del territorio a partir de la memoria, un territorio periférico con limitaciones en el acceso tanto a servicios públicos, como a la educación y el trabajo. Rocío tiene 89 años, y a lo largo de su vida se ha dedicado a múltiples actividades. Cuando era pequeña (10 años) comenzó a cuidar el ganado de su padre don Wenceslao Arteaga. Recuerda que a esta edad ayudaba a deshierbar la milpa y hacía actividades simples del campo al mismo tiempo que ayudaba a su mamá con el cuidado de sus hermanos más pequeños. Ella estudió hasta tercer año de primaria, aunque comenta que su abuelo fue quien realmente le enseñó a leer y a sumar, pues ella faltaba constantemente a clases porque prefería (y tenía que) ir con los animales al bordo.

A la edad de 14 años, Rocío se encargaba de moler el maíz en el metate, preparar tortillas, juntar la leña y ayudar a su papá en la milpa, pues al ser la hija mayor de su familia se convirtió en la mano derecha de Don Wenceslao. A los 18 años, Rocío se casó con Víctor.

Yo cuando me casé tenía 18 años y ahora, si soy franca, yo me casé por aburrida de estar en mi casa. Porque mi papá era bien malo y cada que llegaba era de pegarle a mi mamá, pero yo la defendía. Yo pasé una vida peor que si hubiera sido casada. Me metía a defender a mi mamá y yo llevaba los cuerazos, a mí no me importaba, ahora sí que yo le decía a mi padre: mejor pégueme a mí, no a ella.

Pero ya después, ¡mire!, me encontré a este señor, a mi Víctor. Él iba seguido a Banthi con su papá a capar los animales y un día nos vimos. A veces pienso que como Víctor era huerfanito de madre, lo conquistó mi forma de hacer

tortillas, ¡claro que sí! ¿Qué ha de haber dicho el canijo? “Mírala, esta sí sabe metatiar, sí sabe moler y tortear, ¡pues con esta mera me quedo!” (Rocío, agosto de 2019).

Rocío llegó a Santa Cruz Nieto en 1953 (asegura la fecha basándose en el año de nacimiento de su primer hijo en 1954). En aquel momento en la comunidad habitaban cinco familias que se dedicaban, principalmente, al trabajo agrícola. Todos se conocían según describe:

En aquel tiempo, estaban la familia Mancilla, los Alvarado, los Alonso, los Feregrino y la familia Jiménez que éramos nosotros. Todos trabajábamos en el campo, no había otra cosa. Coincidíamos en la milpa porque en el tiempo de siembra todos sembraban; en el tiempo de escardar, todos escardaban; si era tiempo de cosecha, pues igual todos cosechaban (Rocío, agosto de 2019).

Víctor y Rocío tuvieron diez hijos, de los cuales ocho sobreviven¹⁸. Su familia cohabitó el solar del papá de Víctor con las familias de sus cuatro hermanos y un tío; en conjunto formaban lo que podemos denominar una UECP.

Donde tenemos la casa era la casa del papá de mi esposo. Aquí todos sus hermanos fincaron su cuartito y compartíamos las siete familias el mismo patio y la cocina. Para atrás mi suegro tenía un gallinero, unos chiqueros, unos borregos, unos guajolotes, dos vacas lecheras y un burro. Luego seguían la nopalera y los magueyes que raspábamos para el pulque. Más adelantito ya

¹⁸ Uno de los hijos de Rocío falleció teniendo un mes de nacido. La causa que Rocío señala es que se lo chupó la chitá (la bruja). El segundo hijo de Rocío falleció atropellado por una camioneta mientras pavimentaban el camino a Santa Cruz Nieto.

quedaba un cachito de milpa donde sembrábamos algo de frijol, chile, verdolaga, acelgas, tomate, calabaza y maíz. Todo el terreno estaba bordeado con árboles, la mayoría eran de mezquite, pero también teníamos de durazno y granada. Los lavaderos estaban un poquito más adelante en donde estaban las tierras de riego, allí recuerdo que teníamos arboles de limón, una higuera, una papaya, un aguacate y hasta una mora. En ese lugar era donde lavábamos la ropa, los niños se bañaban y se regaba la milpa al mismo tiempo” (Rocío, agosto de 2019).

La narrativa de Rocío nos permite ubicar el sistema de producción de la milpa, el cual permitía la integración entre el hogar que se habita y el espacio de trabajo; la milpa proporcionaba toda una serie de conocimientos que distinguen a esta generación de las otras.

De acuerdo con Collin (2017), la milpa está orientada a la producción de bienes de consumo y se caracteriza por dos componentes: la diversidad y la asociación (que también se pueden entender como complementariedad). La diversidad porque en un mismo espacio se reproducen una gran variedad de alimentos, pues la finalidad de la milpa es la satisfacción de las necesidades de alimentación de un grupo doméstico; es decir, de la milpa solían comer los humanos, los animales de traspatio, insectos e incluso los visitantes (Barros, 2017).

Respecto a la asociación, podemos explicarla con base en la experiencia de Rocío; ella menciona que las cosas que sembraban y los animales que allí vivían “se llevaban bien”. Da cuenta, por ejemplo, de que el frijol producía nutrientes que el maíz consume o que los borregos comen de la milpa y después con su estiércol la fertilizan.

Ambos aspectos, la diversidad y la asociación, constituyen la comprensión de un ciclo ecosistémico de complementariedad. Esta comprensión no es algo externo a las personas, es una forma de ser y estar en el lugar que se habita.

Además de la milpa de traspatio que describe Rocío, en su familia llegaron a tener aproximadamente veinte hectáreas de terreno (en promedio cuatro hectáreas por cada cabeza de familia). No toda la tierra era igual y, por ende, no toda se sembraba bajo el sistema de la milpa; algunas extensiones eran de agostadero, otras de temporal y, en menor proporción, de riego; en estas tierras se sembraba, principalmente, maíz, alfalfa o sorgo. Las parcelas estaban destinadas a usos diversos y, por lo regular, turnaban los ciclos de siembra por la cantidad de lluvia que hubiera y por el tiempo de descanso que requería cada parcela. Esto último nos remite a una mayor conexión del cuerpo con la naturaleza y una extensión del cuidado a la tierra; ambos aspectos también distinguen a esta cohorte generacional. Las siguientes narrativas abordan, precisamente, la relación, la comprensión y el respeto que se tiene al medio ambiente:

Siento que antes estábamos más conectados con el ambiente, uno podía saber cómo iba a ser el clima solo observando las cabañuelas. Los primeros doce días de enero representan el clima de cada mes, también hay que ver las cabañuelas de vuelta y luego se mira al cielo por horas. Hay que tener cierta sensibilidad para atinarle bien a las lluvias y a las heladas, y después eso sirve para planear la siembra (Jazmín, septiembre de 2019).

Víctor y sus hermanos cuidaban y respetaban mucho las tierras para conservarlas. Ellos sabían cuándo estaban enfermas, cuándo les faltaba abono,

cuándo tenían que dejarlas descansar. Por eso las tierras siempre dieron lo suficiente (Rocío, agosto de 2019).

El maíz era el cultivo principal para la manutención del hogar, pues tenía una diversidad de usos: alimentos para los animales, semilla para la siembra, comida para la gente y producto de intercambio a través de su venta o compra. Víctor, al igual que su padre, ocupaba semilla de maíz criollo, que era la única variedad que se conocía en la comunidad según nos narra Rocío.

La forma en que la tierra era cuidada y trabajada en conjunto por toda la familia -y en ocasiones con ayuda de vecinos- nos permite ver dos elementos importantes. El primero tiene que ver con las condiciones en las que se producía/reproducía el campo, con carencia de tecnología y una sobre explotación de los cuerpos. El segundo es la reciprocidad como una intencionalidad que permite distinguir el modo de producción de la milpa del modo de producción industrial.

Respecto al primer elemento, Rocío señaló que el trabajo del campo era una actividad extenuante en la que participaban niñas, niños, adultos mayores, hombres y mujeres: el núcleo familiar se abastecía de alimentos a partir del trabajo gratuito de muchas personas. Asimismo, la tierra en esa unidad económica se trabajaba con azadón y machete. En el caso de la familia de Rocío, solo a partir de la venta de algunos animales pudieron tener acceso a la compra de una yunta que les facilitó la tarea. Esto ocasionó que durante mucho tiempo el trabajo agrícola implicara un importante desgaste y explotación de los cuerpos; y aunque en este aspecto profundizamos en el capítulo 4, en este apartado es conveniente remarcarlo por las condiciones en las que se desarrolla el cuidado y trabajo en la periferia: en una sobreexplotación de los cuerpos que no es

sostenible. Respecto al segundo elemento (el de la reciprocidad), Rocío sostiene que esta se presentaba cuando los vecinos ayudaban, por ejemplo, en las actividades de riego y cosecha. Esta “ayuda mutua” establece vínculos y compromisos con los otros.

Si los Mancilla nos ayudaban a cosechar, pues ya les convidábamos maíz y frijol; y cuando ellos cosechaban, Víctor y sus hermanos les ayudaban. Lo mismo para el riego o para levantar una cerca, había mucha ayuda mutua (Rocío, mayo de 2019).

La reciprocidad trae consigo correspondencia, solidaridad y un intercambio informal que no se parametriza, pero que sí da cuenta de un sistema de relaciones sociales sólido y de una lógica de colaboración.

Lo anteriormente descrito entra en correspondencia con la forma en la que la tierra produce. En ocasiones, la milpa da de manera abundante y, en otras, más limitada, por lo que resulta difícil parametrizar. De este modo, las personas piensan en la obtención de bienes para asegurar el insumo básico de su dieta: el maíz; pero no en función de obtener un producto que puedan comercializar y del cual puedan obtener una ganancia.

En este sentido, como señala la siguiente narrativa, la tierra daba en abundancia y se disponía de estos insumos de acuerdo con una lógica de reproducción social: primero la alimentación del núcleo familiar, después la construcción de vínculos con el otro a través del compartir y, finalmente, si algún excedente sobraba, se disponía para el mercado:

Nosotros teníamos para comer lo que quisiéramos. Las tierras nos dieron lo suficiente mientras las cuidábamos, nos daban hasta para regalar. Víctor les daba un costal de maíz o de frijol a los conocidos y a la gente que le ayudaba a cosechar, porque, gracias a Dios, nunca faltaba también quien llegaba y nos regalaba que verdolagas, duraznos, granadas, frijol, nopalitos o elotes.

Pero, aunque las tierras nos dieran en abundancia, no es que eso se convirtiera en dinero. Vendíamos muy poquito de la cosecha porque casi todo era para comer y para lo demás, como la ropa o medicinas, pues ya teníamos que vender animales, trabajar en la hacienda, vender pulque y lo que se pudiera (Rocío, mayo de 2019).

Sin embargo, como también señala Rocío, el que la lógica de producción agrícola no sea similar a la lógica hegemónica capitalista, no les exime de tener necesidades que se satisfacen a través del mercado. En este caso, para complementar el gasto de alimentación, atención de salud o de vestido, Víctor se dedicaba a capar animales, a ordeñar y vender leche o queso que preparaba Rocío. Además, por temporadas se ocupaba como peón, jornalero o rancharo en diferentes haciendas y rancherías de la región.

Esta flexibilidad preindustrial, por llamarla de alguna forma, era posible porque la forma tradicional de cultivar la tierra supone un esquema en el que no se dedica tiempo completo a una sola actividad. Es decir, no hay una jornada de trabajo como tal, inclusive hay meses -y, en específico, días al mes- que no se dedicaban a la milpa. De ahí que ese tiempo sea dedicado a otras actividades que podrían retribuir con una remuneración o con el cuidado. Para Ingold (2002), esto muestra una lógica orientada a la actividad:

cultivar, cocinar, cuidar, etcétera, donde trabajo y tiempo son intrínsecos a la vida misma y no pueden ser separados ni pensarse de manera abstracta. Por eso el tiempo era medido por actividades: “en menos de lo que canta un gallo” (Pág.323).

Podemos decir entonces que la cotidianidad se ordenaba en función de las diferentes actividades que tenían que hacerse en conjunción con las posibilidades que brindara; por ejemplo, el sol o por los propios ciclos de siembra, y no tanto por una parametrización del tiempo, por el cumplimiento de una jornada de determinado número de horas o por la cantidad de dinero que se pudieran ganar. Podemos ver dichos aspectos en esta narrativa:

Nosotros sabíamos qué hora era por la posición del sol o a veces nos guiábamos por la hora en la que silbaba el tren porque antes nada de que hubiera reloj. Siempre trabajábamos antes de que saliera el sol, y terminábamos cuando estaba en lo más alto. En ese ratito de mucho sol aprovechábamos para almorzar, darles de comer a los animales, hacer alguna reparación de la casa o desgranar maíz, ¡yo que sé, siempre había tanto por hacer!

Cuando veíamos que el sol estaba cayendo, entonces aprovechábamos para hacer otras actividades. A veces, cuando era necesario, nos íbamos de nuevo a trabajar el campo. Ahora sí que dependía del ciclo de la milpa, si era siembra, escarda, cosecha... como quien dice, la tierra le va pidiendo a uno (Juan, esposo de Jazmín, septiembre de 2019).

Las diferentes actividades remuneradas que se realizaban en la unidad familiar, aun cuando eran complementarias, estaban en función de las necesidades del núcleo y de la

disponibilidad del tiempo de todos los integrantes de la familia. En el caso de Rocío, además de cuidar de sus hijos, de los animales y de la milpa, preparaba queso, hacía la limpieza en una casa del centro, vendía tortillas, raspaba las pencas de maguey y, junto con su cuñada, preparaba pulque para vender. Nuevamente, llamamos la atención en que el cuerpo era utilizado con gran intensidad.

Yo trabajé mucho, por eso me duelen tanto mis huesos y me acabé la espalda. Desde el sesenta comencé a vender tortillas y trabajaba haciendo quehacer en la casa de las Cabreras. Ya cuando estaba criando a Catalina, mi chamaca, la que vive allá arriba, empezamos a preparar Gerbácea y yo que el pulque y el queso.

Una tía que se llamaba Carlota, que vendía lechita y hacía tortillas a mano, luego me decía: ¡ay, hija, yo veo que tú sufres mucho! Pero no, a mí me gustaba trabajar, y pues ahora sí que todos le teníamos que entrar (Rocío, mayo 2019).

Dos de los cuñados de Rocío se dedicaban de manera eventual a trabajar en la construcción como albañiles. Rocío describe que aprendieron el oficio gracias a que participaron en la construcción de la iglesia, la escuela y algunas calles de la comunidad, obras que realizaron sin remuneración, por acuerdo comunitario, por medio de faenas y sin la participación del Estado. En este punto es importante señalar un aspecto en el cual profundizaremos más adelante: las faenas comunitarias y los vínculos sociales que, finalmente, permiten la construcción de comunidad y, en un sentido amplio, constituyen una forma de cuidar.

Volviendo a la pluriactividad de esta unidad familiar, otras de las cuñadas de Rocío contribuían con remuneración por medio de la costura, el trabajo doméstico y de cuidados en la hacienda.

Aproximadamente en los años setenta del siglo pasado, Víctor decidió vender unos animales para comprar una camioneta que le permitiera mover con mayor facilidad pacas, animales e incluso a su propia familia; desde ese momento también se pudo alquilar en la hacienda como carrero (chofer). Cuando los hijos e hijas de Víctor y Rocío comenzaron a crecer se incorporaron a los quehaceres del campo, pero algunos diversificaron las actividades remuneradas en fábricas e, incluso, migraron a la Ciudad de México para buscar trabajo y apoyar con el gasto familiar.

Cuando tuvimos nuestros hijos, desde pequeños los comenzamos a involucrar en la labor del campo... cuando había tiempo los mandábamos a la escuela, pero eso casi les tocó más a los chicos, porque a los grandes sí les tocó más trabajar la milpa o, en el caso Alicia, le tocó cuidar a todos sus hermanitos mientras yo ayudaba en el campo o cuando estaba de encargo. Ya cuando crecieron, Alicia se fue a trabajar a la fábrica de jugos y Yolanda se fue a trabajar a México, pero en ese tiempo la esposa de Pancho ya comenzó a ayudar a ordeñar, a desgranar, a preparar la comida. Todos de una forma u otra aportaban con el gasto familiar y el trabajo del campo (Rocío, mayo 2019).

Las múltiples actividades que se realizaban en el núcleo familiar que hemos descrito difícilmente pueden distinguirse entre trabajo y cuidados, pues, como tal, no prevalece una separación del espacio o una valoración social diferenciada. Quizá uno de los

criterios que nos permiten identificar la una de la otra es la existencia de una remuneración, por ejemplo, en el caso del trabajo.

En este entendido, podríamos delimitar que la pluriactividad de esta familia consistía en: a) actividades de cuidados en un sentido extenso (aquí pueden incluirse las actividades agropecuarias de autoconsumo, el cultivo, el cuidado de animales, el cuidado de hijos, hermanos y los cuidados de la propia comunidad (la construcción de espacio por medio de faenas); b) la venta de ganado; c) la venta de productos a pequeña escala como maíz, leche, queso, tortillas y pulque; d) el trabajo agrícola asalariado en la hacienda y/o rancherías; e) el trabajo doméstico y de cuidados (que es diferente al que mencionamos arriba, porque este sí se remunera); f) la albañilería; g) el trabajo de chofer y, en menor proporción, h) el trabajo asalariado en la industria local y los ingresos por remesas, producto de la migración de algunos integrantes de la familia. Pero ahora, dentro de esta pluriactividad, ¿cómo podemos distinguir a los cuidados? ¿De qué forma podemos caracterizarlos? ¿Cómo los delimitamos?

El cuidado y los cuidados

Para comprender con mayor precisión qué es el cuidado y los cuidados, así como la integración entre trabajo y cuidados que prevaleció antes de la industrialización neoliberal, retomemos ahora la narrativa de Iris.

Iris es originaria de Santa Cruz Nieto, actualmente tiene 75 años y está casada con Eleodoro desde que tenía 16 años. Ella tiene siete hijos (cuatro hombres y tres mujeres) y 27 nietos. Al igual que Rocío, desde pequeña comenzó a trabajar en el campo, en el cuidado de sus hermanos menores y, posteriormente, se centró más en la costura. Como Rocío, ella forma parte de lo que arriba definimos como una UECP, en donde

predominan las actividades agrícolas para el autoconsumo, el trabajo agrícola remunerado (en un rancho), la costura, la preparación y venta de productos alimenticios como queso, pepitas o dulces de calabaza, así como la cría y venta de borregos y puercos. A continuación, la siguiente narrativa nos permite dar cuenta de estas múltiples actividades que se entretajan de forma conjunta con los cuidados:

Mi marido era el que más temprano se levantaba. Siempre se levantaba a las cuatro de la mañana para ir a regar, a ordeñar o lo que tuviera que hacer porque tenía que atender nuestra milpa y también trabajaba de peón en un rancho de Visthá. Yo sentía que comenzaba a alistarse y también me paraba para prepararle un café o una leche para que llevara algo caliente en la barriga. Nos gritaba: “¡ya me voy! Se levantan, no se les vaya a hacer tarde. Acuérdense de ir al molino”. Mis hijos se levantaban como a las cinco de la mañana, a veces los dejaba dormir hasta las seis. Lo primero que hacía al levantarme era lavar el nixtamal para llevarlo al molino y poner los frijoles. Después, cuando mis hijos me traían la masa, me ponía a hacer las tortillas.

Cuando era tiempo de siembra, llevaba el almuerzo a la milpa porque toda la familia andaba allá sembrando, incluso yo me daba mi tiempo de vez en cuando para ayudar. Yo recuerdo esos momentos como algo muy significativo, todos almorzando juntos allá debajo de un mezquite, contando historias de los abuelos a los más pequeños, enseñando cómo combinar la siembra del maíz con el frijol y la calabaza para que se complementen o cómo darse a respetar y ser hombres y mujeres de bien.

Mi esposo terminaba de trabajar como a las cinco. Ya que terminaba se ponía a descansar: a darle de comer a los animales, a hacer algún arreglo en la casa, a cortar la leña. También, a veces, acarreaba agua porque antes nada de que estuviera entubada.

A mi esposo le encantaba el chavo del ocho; lo pasaban a las siete de la noche y él nunca se lo perdía, yo pocas veces me sentaba porque siempre estaba ocupada. Si no estaba en la cocina, estaba lavando o sino con mi máquina haciendo ropa o uniformes que luego me mandaban a hacer los del rancho y ya con eso me ganaba un centavo. Me gustaba mucho la costura porque también les podía hacer a mis hijos su ropa.

A mis niñas las enseñé a coser desde chirgas porque luego nomás me veían y mejor les decía que me ayudaran a hacer un dobladillo o algo. Les enseñé a andar ocupadas desde niñas. Si no me ayudaban con la costura, pues ayudaban a desgranar, a quitar la semilla de la calabaza para dorarla y después venderla, o me ayudaban a barrer, a lavar, a echar tortillas, a matar los pollos, a pelarlos, a lavar las tripas porque todo se tenía que aprovechar, incluso las tripas del pollo nos comíamos. También ponía a mis hijos a que les dieran de comer a los animales, que los llevaran a pastorear, que juntaran la leña, que ayudaran a su papá a acarrear el agua, que hicieran mandados o que salieran a vender el queso, las pepitas y los dulces de calabaza que yo preparaba.

El campo nos daba para comer; siempre tuvimos en abundancia frijol y maíz. También teníamos puercos, vacas, borregos, bueyes y pollos; a los puercos les dábamos de comer las sobras de comida y, a veces, hasta maíz. A

las vacas, borregos y bueyes les dábamos zacate y pastura, y a los pollos les quebrábamos su maicito, ¡los alimentábamos bien porque, finalmente, nosotros comíamos de esos animalitos! También comíamos mucha verdura que crecía en la misma milpa: verdolagas, quelites, chiles, nopales, xoconostle, acelga, espinaca, calabaza, chayotes. Comíamos muy sano, por eso no había tanta enfermedad.

¡Ah, también teníamos guajolotes!, pero esos casi siempre eran para el mole del 3 de mayo, el día de la Santa Cruz, la mera fiesta del rancho. Para esa fecha nos juntábamos todas las mujeres y hacíamos cazuelas de mole y los hombres preparaban carnitas, todo era para compartir. Antes había mucha convivencia, bien bonita, era algo muy natural. Nos uníamos para la fiesta, pero también para hacer faena y construir la escuela. A veces la unión también era para los chismes y eso sí no era bueno: que fulanita de tal ya deshonró a la familia, que Alberto no tiene “los suficientes” para controlar a su mujer. Una vez inventaron que me había subido a la camioneta de un señor que venía de Santa Rosa, ¡ya se ha de imaginar cómo me fue! Digamos que había unión para lo bueno y para lo malo, que todos en el rancho nos cuidábamos, cuidábamos el agua, cuidábamos la tierra y los animales, pero, a veces, también teníamos que cuidarnos de nosotros mismos (...).

Como te decía, antes no había tantas enfermedades como ahora, pero si alguien se enfermaba, nos ayudábamos entre todos, ya fuera diciendo qué puedes tomarte, buscando alguna hierba en la milpa o en el cerro, acompañando con el huesero o con el médico, preparando un caldito de pollo o cuidando a los

chirgos. Los niños poco se enfermaban, pero luego pasaba que los picaban las abejas en la milpa o un alacrán o una araña, pero eso se curaba con remedios caseros. Con lo que luego sí batallábamos mucho era con los piojos, las pulguitas o las garrapatas, pues como en la casa vivíamos con los borregos, los bueyes, las vacas, pues sí había mucho animalito chiquito y luego andábamos todos picoteados.

Nosotros nos dedicamos al campo porque en nuestros tiempos no había escuelas para aprender otras cosas, ni trabajos, ni nada. Desafortunadamente, mis hijos los mayores, cuando crecieron, se tuvieron que ir a la Ciudad de México para ayudar a la familia porque aquí no había nada y no alcanzaba. Luego batallábamos mucho para ajustar para la siembra, no había nada de apoyos de gobierno, ni el PROCAMPO, ni el PROSPERA, eso ya fue después, pero ni creas que dan mucho. Gracias a que los grandes migraron, los chicos ya pudieron estudiar y pues ya la vida los trató diferente. No sé si mejor, pero sí diferente (Iris, noviembre de 2019).

Con el relato de Iris podemos notar que la pluriactividad de su familia incluía una gran cantidad de actividades de cuidado y de trabajo que involucraban un importante esfuerzo físico; pero también se contaba con un cúmulo de conocimientos y de capacidades de resiliencia que les permitían hacer frente a las condiciones de vulnerabilidad a las que pudieran enfrentarse.

Respecto a estas condiciones, la narrativa señala la ausencia del Estado, probablemente por la condición periférica del territorio, que se observa en la falta de infraestructura en servicios públicos como la red de drenaje y de agua potable, en el

limitado acceso a la educación y a los servicios de salud. Esta ausencia se traduce, en general, en mayores necesidades de cuidado, y, por tanto, en tiempo y en esfuerzo invertidos en este.

De igual forma, la narrativa nos permite apreciar a una generación que siempre estaba haciendo algo. El tiempo de descanso de Eleodoro era usado para acarrear agua o para alimentar a los animales y, en el caso específico de Iris, pocas veces se sentaba porque siempre estaba ocupada e inclusive transmitió esta “forma de estar” a sus hijas. Esta transmisión de saberes muestra la construcción del rol de las mujeres siempre en función de cuidar a los otros o trabajar para los demás, aunque ello implique la renuncia a su descanso y al cuidado de sí.

Aunque hay más elementos que son relevantes en la narrativa de Iris, como los rituales de cuidado, el cuidado comunitario, los vínculos de solidaridad, la comprensión de los ciclos de la naturaleza y de ciertas formas de atender los malestares, queremos llamar especialmente la atención en la integración entre trabajo y cuidados. La forma en la que se entretajan las actividades que menciona Iris difícilmente no permite distinguir un elemento del otro. Sin embargo, para fines analíticos buscaremos definirlos y caracterizarlos, comenzando con el concepto de cuidados.

Diversas autoras como Torns et. Al (2012), García y Pacheco (2014), Fraga (2014), Esquivel (2015) y Galindo et. Al (2015), refieren que el concepto de cuidado/s es polisémico. Aunque existen diferentes corrientes y perspectivas que abordan la temática, no hay un consenso en su definición. Las contribuciones que prevalecen, como las de Amaia Pérez Orozco (2014) o Ángeles Duran (2018), datan de una mirada eurocentrista que nos conducen a leer el cuidado en el marco del debate entre lo público

y lo privado, en la invisibilización de su aporte dentro de la economía, en la crisis de cuidados que se está tejiendo en el contexto europeo o en torno a la feminización y mercantilización del trabajo de cuidados.

Estas lecturas, si bien ponen en relieve la importancia del tema y han permitido la visibilización del debate, dan cuenta de la realidad contextual en la que se ha producido este conocimiento; una realidad donde prevaleció un Estado del bienestar y una forma de evolución y racionalización de la sociedad que diverge de la nuestra. Por todo ello, no consideramos apropiado reproducir estos marcos para nuestro análisis. En su lugar apostamos a un ejercicio de reconceptualización desde una epistemología decolonial y feminista. Así, desde un análisis etnográfico, podemos plasmar el modo en el que está articulado el cuidado en el contexto que estudiamos: un contexto periférico en el que se entrecruzan, como mostrábamos en el capítulo 1, el colonialismo, el capitalismo y el patriarcado.

Tomamos como punto de partida para la comprensión del cuidado los aportes que desde México desarrolla Gabriela Ríos Cázares. Esta investigadora propone que el cuidado y los cuidados son categorías diferentes pero interdependientes (Ríos-Cázares, 2020). En el primer caso, el cuidado es una categoría imprecisa, ideal y, en su expresión más amplia, se traduce en la vida digna (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018). En el segundo caso, los cuidados son expresiones prácticas del Cuidado, que atraviesan todas las esferas de la vida y que, a su vez, están atravesados por la cultura, el género, la generación, los valores, las creencias, la historia de vida, los recursos y toman, por tanto, formas diversas (Ibidem, 142, 151).

Una forma de identificar estas actividades o expresiones prácticas es conociendo su objetivo fundamental. Por ejemplo, el concepto de trabajo tiene como objetivo “participar en la generación de riqueza y en la acumulación de capital” (Rosas y Belmont 2021: 185). Para el caso de los cuidados, consideramos que su objetivo fundamental está en la sostenibilidad de la vida, como lo afirman Tronto y Fisher (1990), y en que esa vida se viva en condiciones de dignidad (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018).

La amplitud de este concepto deriva de su naturaleza inconmensurable y esta es la primera razón por la que tomamos distancia de aquellas conceptualizaciones que buscan equiparlo con el trabajo. No negamos que el cuidado implica un desgaste integral del cuerpo, una importante inversión de tiempo y que, en última instancia, no solo favorece a la reproducción de la vida, sino que sus beneficios se extienden a la propia producción y generación de riqueza, pues el capital requiere de mano de obra que se encuentre alimentada y vestida. Sin embargo, los alcances del cuidado no se agotan en los beneficios para el mercado, sino que trascienden esa esfera y permiten que la vida sea posible. El hecho de que los cuidados sostengan la regeneración de la fuerza de trabajo para la producción, y de que representen un esfuerzo invisibilizado que por omisión está manteniendo el sistema, no debe hacernos perder de vista que su intencionalidad está centrada en las personas.

De esta forma, podemos afirmar que el cuidado se rige en otro registro muy diferente al que se da el concepto de trabajo; y, aunque no negamos que en la actualidad prevalece una tendencia a la mercantilización de los cuidados, al menos en el periodo y en el contexto que estamos analizando no sucede así. En todo caso, los cuidados guardan

una mayor relación con la lógica de producción de la milpa que se plasma a lo largo de las dos narrativas de Rocío e Iris.

La milpa representa, en palabras de Collin (2017), una lógica de vida que “se basa en la valoración de la diversidad y la interdependencia” (Pág. 104). Nosotros agregaríamos que también en una integración entre trabajo y vida que nos permite colocar en el centro al cuidado.

La lógica con la que produce el campo en las dos unidades familiares campesinas pluriactivas no estaba en la generación de mercancías, en la comercialización o en la obtención de dinero, porque nuestra condición colonial no permitió ese tipo de desarrollo del campo. En las narrativas de Iris y Rocío apreciamos cómo hombres, mujeres, niñas y niños cuidaban del campo y de los animales; y decimos que cuidaban y no trabajaban (o en su defecto producían) en tanto que la mayoría de sus actividades estaban orientadas para la supervivencia, para el autoconsumo, para el abasto parcial de alimentos que requiere la unidad familiar, es decir, “la lógica de la célula doméstica no es económica sino socioeconómica” (Bartra, 2014).

Así, cuando observamos la actividad agrícola en Santa Cruz Nieto, no estamos ante un proceso de “producir mercancías”, sino ante un proceso de ayudar a crecer o cultivar “bienes de consumo” (Ingold, 2000). La actividad agrícola es, entonces, un proceso que propicia las condiciones necesarias para el crecimiento de las plantas y de los animales que, en última instancia, benefician el cuidado de las personas que se alimentan de estos bienes de consumo.

Esta forma de ver el cuidado, en la lógica en la que se tejen las actividades agrícolas, hace que el concepto trascienda de una valoración económica al impacto final que tiene en los procesos vitales. Es decir, el objetivo central de los cuidados está en la sostenibilidad de la vida y esto constituye un elemento importante para definirlo.

En las narrativas de Rocío e Iris podemos observar diversas actividades que podríamos considerar como cuidados si los pensamos desde el objetivo que señalamos anteriormente. Cuando ese objetivo tan amplio lo aterrizamos en acciones centradas en las personas, estas tendrán la función de proteger, mantener, recuperar y promover las capacidades de las personas para su pleno desarrollo (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018) de modo que, en última instancia, permitan trascender de la mera supervivencia a la creación de trayectorias significativas de vida digna (Ibidem). Esto implica, a nuestro parecer, que se logren satisfacer cuatro grupos de necesidades humanas: de sobrevivencia, cognitivas, emocionales y de crecimiento (Boltvinik, 2007); todas igualmente básicas e imprescindibles.

Tabla 7. Necesidades Humanas

Sobrevivencia	Cognitivas	Emocionales	De crecimiento y trascendencia
Representan el mínimo para que una persona pueda mantenerse con vida.	Todas cualidades indispensables para vivir en sociedad, por ejemplo: lenguaje, modales, hábitos, creencias, normas y valores.	El afecto, la amistad, el amor tanto de la familia como de la pareja o de los amigos que nutren y satisfacen necesidades emocionales y de estima.	Es el signo distintivo de la humanización, que tiene el fin de hacer obras o acciones con significado que perduren para la eternidad.
(A) La alimentación (R) El refugio (SE) La seguridad	(SA) Saber (E) Entender (ED) Educarse	(A) Afecto (AA) Amistad (AM) Amor	(L) Logros (AU) Autorrealización

		(R) Reputación	(T) Trascendencia
<p>A: Agricultura de autoabasto, comida nutritiva y variada (milpa), la hora de la comida como ritual de cuidado, trabajo remunerado como complemento.</p> <p>R: hogar multifamiliar, espacios para socializar, convivencia con animales y plantas.</p> <p>SE: relaciones de vecindad estrechas, no hay seguridad social pero sí algunos conocimientos para atender la salud, autocuidado de la salud.</p>	<p>SA: saberes tradicionales, observación y experimentación para el cuidado de la milpa, de los animales, de la salud o aprender oficios como costura y albañilería que permitan una remuneración.</p> <p>E: el ciclo de agricultura, la complementariedad de la milpa, la ayuda mutua, la sostenibilidad.</p> <p>ED: educación formal en la escuela, formación de valores en la familia.</p>	<p>A, AA, AM: Fuertes vínculos de solidaridad, ayuda mutua, tiempo y espacio de relaciones sociales y familiares (la hora de la comida y la celebración de festividades).</p> <p>R: generosidad, ser hombres y mujeres de bien, prestigio por mérito.</p>	<p>L, AU, T: Las faenas o trabajo comunitario para la construcción de la escuela, iglesia o caminos (sin mediación del Estado o remuneración), educar personas de bien (lo que en la columna anterior referimos como hombres y mujeres de bien), tiempo para pensar y reflexionar.</p>

Fuente: Elaboración propia retomando a Boltvinik (2007), Collin (2014) y trabajo de campo.

Las necesidades que enmarcamos dentro de la tabla siete enuncian lo que Collin (2014) define como el bien vivir: “los humanos somos seres complejos y requerimos para bien vivir diferentes tipos de elementos, no solo cosas materiales: necesitamos amor, encontrar sentido a lo que hacemos, jugar, reír, gozar; sin estas cosas la vida se vuelve absurda, sin sentido” (P.p. 33). Desde nuestra perspectiva, las necesidades a las que se refiere Collin se pueden satisfacer, en su mayoría, a través del cuidado, particularmente en rituales del cuidado. A continuación, profundizamos más en ellos.

Los rituales de cuidado y el ciclo ecosistémico del cuidado

El ritual de cuidado constituye una experiencia real de cuidado y, para ello, se requiere, como propone Ríos-Cázares (2021), una unidad espacio-tiempo. Esto es, se necesita

tiempo para cuidar y condiciones adecuadas en un espacio en donde se ejecuta el encuentro significativo de la unidad de cuidado¹⁹.

Estos rituales hacen que trascendamos de la sobrevivencia, nos construyen, nos permiten dar sentido o, como Ríos-Cázares y López-Moreno (2018) señalan, permiten la vida digna. Como ejemplos de estos rituales en la narrativa de Iris encontramos el almuerzo en la milpa, la festividad del tres de mayo o la solidaridad en tiempos de enfermedad. Traemos nuevamente un fragmento de su reflexión:

Cuando era tiempo de siembra llevaba el almuerzo a la milpa porque toda la familia andaba allá sembrando. Incluso yo me daba mi tiempo de vez en cuando para ayudar. Yo recuerdo esos momentos como algo muy significativo, todos almorzando juntos allá debajo de un mezquite, contando historias de los abuelos a los más pequeños, enseñando cómo combinar la siembra del maíz con el frijol y la calabaza para que se complementen o cómo darse a respetar y ser hombres y mujeres de bien (Iris, noviembre de 2019).

Hay varios aspectos que podemos señalar de esta narrativa. En principio, el almuerzo constituye una actividad prístina de cuidado que satisface la necesidad de sobrevivencia, pero, además, este relato tiene una función referente a la convivencia, por lo que no solo proporciona nutrientes al cuerpo, sino que constituye un espacio de encuentro de diferentes generaciones, de transmisión de saberes, como, por ejemplo, el trabajo colaborativo o la complementariedad de la milpa, y con esto se cumple también la

¹⁹ La unidad de cuidados son las personas involucradas directamente en la provisión de estos. La hemos llamado así porque no siempre corresponde solo a la familia nuclear ni a la díada persona cuidada-persona que cuida, y aunque toma formas distintas, constituye una unidad (Ríos-Cázares y López-Moreno, 2018:143).

satisfacción de necesidades cognitivas. La comunicación y la historia oral del legado familiar podrían representar la satisfacción de necesidades emocionales, pues se establecen relaciones significativas y cercanas. Finalmente, en este ritual también se alcanzan a cubrir las necesidades de trascendencia. Collin (2014) sostiene que “dejar en el mundo una obra, un ser que trascienda el periodo de vida del autor (creador), que subsista después de que el creador muera, parece consustancial a los seres humanos” (Pág.62) y, en este caso, formar “hombres y mujeres de bien”, en continuas ocasiones fue remarcado por Iris como una acción de suma importancia que le brindaba autorealización y, precisamente, trascendencia.

Otros rituales del cuidado que se expresaron en las narrativas fueron, por ejemplo, el trabajo por ayuda mutua, la preparación de comida en familia, la celebración de cumpleaños, el encuentro para la alimentación cotidiana, la llegada de un nuevo bebé con la respectiva cuarentena para el cuidado de la madre, y, tanto Iris como Rocío, Azalea y Flor señalan las faenas como una forma de colaboración comunitaria que, a nuestro parecer, constituye un importante ritual de cuidado comunitario.

Antes todos eran muy unidos, había solidaridad, cooperación de todas las familias para hacer cosas que beneficiaban a la comunidad. Por ejemplo, haz de cuenta que la iglesia era muy pequeñita, era como un callejoncito con su altar ahí enfrente, así angostito, ni había bancas, creo. Cuando se empezó a deteriorar, todos se juntaron y acordaron que había que hacer una iglesia nueva. Entonces, los domingos, después de recibir la bendición, nos quedábamos a trabajar. Unas deshierbábamos, otros pegaban tabique, otras arrimaban la mezcla, otros nivelaban el piso, y así hasta que se terminó. La iglesia la hizo el

pueblo, nada de que el gobierno. Lo mismo con las calles, el campo de futbol, la cancha, el salón para la escuela o el techumbre que se pone cada fiesta de tres de mayo. Todo eso lo hicimos con faenas del pueblo (Azalea, 3 de mayo de 2019).

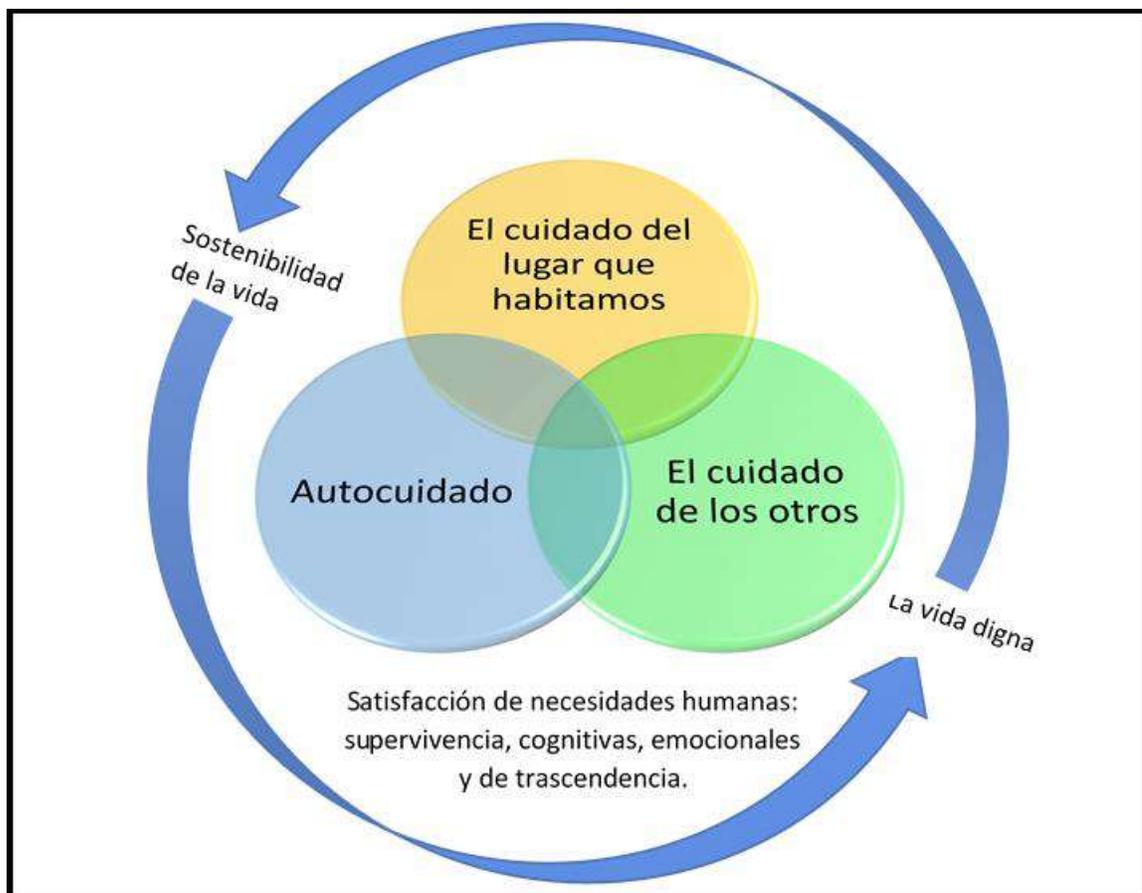
Las faenas, como se aprecia en la narrativa, son un ritual de cuidado colectivo en donde se estrechan los vínculos sociales que permiten construir comunidad. No solo es el acto de levantar una iglesia o nivelar el campo de futbol, sino que en esos espacios con posterioridad se darán encuentros con el otro. Son espacios comunes que las personas pueden utilizar para organizarse, convivir, satisfacer necesidades espirituales y, sobre todo, fortalecer el tejido social.

Con este ejemplo podemos decir que los cuidados nos brindan también capacidad de habitar. Esta forma de cuidado trasciende en el tiempo y hace que repensemos los postulados familistas en donde el cuidado se analiza en el ámbito privado como una responsabilidad inherente de las mujeres. Desde este acto de encuentro que representan las faenas, vemos la amplitud y la complejidad del cuidado; el cual siempre está atravesado por relaciones de interdependencia y de responsabilidad mutua, que no se desarrollan únicamente en el espacio familiar.

Aunque habitualmente la comprensión de los cuidados se ha centrado ya sea en la familia o en el binomio cuidadora-persona que recibe cuidados (sean estos, niños, adultos mayores, personas con discapacidad, personas con alguna enfermedad), desde nuestra comprensión, los cuidados exceden esta relación. Incluso cuando hablamos del “cuidado del otro” no podemos limitar la mirada a los integrantes de nuestra unidad familiar. Ese “otro” incluye a las personas que habitan nuestro contexto como nuestros

vecinos y, también incluye, como apreciamos en las narrativas de Rocío e Iris, la ecodependencia que se establece con las plantas y los animales. Con esto queremos decir que comprendemos el cuidado como un ciclo ecosistémico en el que intervienen tres niveles, como se muestra en la ilustración 1.

Ilustración 1. El ciclo ecosistémico del cuidado y los cuidados



Fuente: Elaboración propia

En primer lugar, está el autocuidado o como preferimos llamarlo: el cuidado de sí; en el cual entran actividades como la alimentación, el descanso, el cuidado de la salud, la comprensión de que somos cuerpos integrales e interdependientes e, incluso, los saberes que permiten sanar o atender algún malestar.

En segundo lugar, ubicamos a los cuidados dirigidos a los otros. Esos otros, como señalábamos líneas arriba, no se limitan a los vínculos de interdependencia entre personas, sino que se extienden a la ecoddependencia que nos permite considerar el cuidado de las plantas y de los animales, pues, finalmente, cuidar de esos otros constituye indirectamente una forma de autocuidado.

En tercer lugar, están los cuidados del lugar que se habita, que incluye los rituales de cuidado, las actividades para el cuidado del medio ambiente, del agua e, incluso, de la propia comunidad. Respecto a este último punto, y retomando nuevamente el caso de las faenas (rituales de cuidado comunitario), estas se fundamentaban en relaciones que se establecían en el espacio, pero que, al mismo tiempo, eran también constitutivas de él. Azalea narra lo siguiente:

Se juntaban los señores de la comunidad y cuando ellos decían: “señores, se va a hacer, por ejemplo, el trazado de una calle para que podamos trasladarnos más fácilmente o se va a hacer la cancha de básquet para que nuestros hijos tengan un espacio para jugar, y se va a hacer por faenas”, y eso se hacía, todos teníamos que ayudar, el beneficio también era para todos (Azalea, comunicación personal, mayo de 2019).

Estas acciones de colaboración no solo se traducen en una obra concreta, sino que forman la propia comunidad y nos muestran que, cuando hablamos del cuidado del lugar que habitamos, los cuidados nos brindan, precisamente, esa capacidad de habitar. El intercambio de saberes y de actividades por formar parte de la comunidad se hace bajo una lógica de reciprocidad, se ve como natural y es parte de la cultura. Polanyi (2009)

considera a la reciprocidad como un mecanismo de integración en donde el interés colectivo se sobrepone al individual.

La vinculación e interdependencia de las tres esferas que mostramos en la ilustración 1: cuidado de sí, cuidado de los otros y cuidado del lugar que se habita, permiten la sostenibilidad de la vida. Por ejemplo, las actividades de ayuda mutua que entran en la clasificación del cuidado de los otros trascienden en la formación de redes sociales sólidas que habilitan el cuidado del lugar que se habita. Asimismo, el cuidado del medio ambiente a través de los ciclos de la milpa (cuidado del lugar que se habita) constituye un elemento importante para el cuidado de sí y de los otros. En la siguiente narrativa podemos apreciar cómo se concatenan estos tres niveles de cuidado.

Una de las formas en las que cuido, consiento y apapacho a mi familia es haciéndoles de comer. Ahora ya no puedo, pero antes les preparaba todos los días sus tortillitas de maíz. Las tortillas acompañan todas las comidas, desde unos frijolitos o quelites hasta una carnita de puerco. Sirven para que uno pueda llenarse la panza y tener fuerza para llevar a cabo todas las actividades diarias.

Pero para poderles hacer tortillas a mis hijos y a mi marido tenían que pasar muchas cosas antes. Primero, teníamos que cuidar la tierra: dejarla descansar, nutrirla con el excremento de los animales, animales que también se alimentan de esa milpa, después arar la tierra, sembrar las semillas que seleccionamos de las mazorcas más bonitas de la cosecha anterior, regar y cuidar que la planta crezca bien. Luego hay que cosechar, apartar el zacate para darles de comer a nuestros animales, cortar la mazorca, almacenar el maíz. Ya cuando se van a hacer las tortillas hay que tener la leña seca, desgranar el maíz,

orearlo para que el viento se lleve el exceso de basura, cocer el nixtamal, lavarlo, metatirlo o llevarlo al molino, prender el fogón y ya hasta el final hacer las tortillas y una rica salsa, sentarse, compartir y platicar. Es una cadenita (Aurora, agosto de 2019).

Para que Aurora pueda cuidar a su familia a través de la alimentación (cuidado de sí y de los otros), reconoce que hay “una cadenita” (Ídem) de procesos que deben ocurrir en cuyo génesis se encuentra el cuidado de la tierra (cuidado del lugar que se habita). En la tierra está la fuerza que posibilita que la gente trabaje, que los animales se reproduzcan y que las plantas crezcan; el maíz crece, los humanos lo consumen, el consumo de estos alimentos dan fuerza a las personas y esta fuerza se utiliza en cultivar nuevos vegetales para comer. En este ejemplo vemos el cuidado de la milpa como un proceso de reproducción, que es cíclico. La comprensión de estos procesos ecosistémicos forma una base de conocimiento que es fundamental para transitar hacia la sostenibilidad de la vida.

De este modo, podemos definir el cuidado como fundamento de la reproducción de la vida, un proceso cíclico inconmensurable de interdependencia y eco-dependencia que permite la sostenibilidad; este proceso no se limita únicamente a la sobrevivencia, sino que busca la satisfacción de necesidades a lo largo de una trayectoria de vida que den pauta a “la vida digna”²⁰. La forma en la que se consigue este objetivo es a través de prácticas concretas que denominamos “los cuidados” (Ibidem).

Los cuidados son todas las actividades cuyo impacto recae, principalmente, en los procesos vitales. Los clasificamos en tres niveles: el autocuidado, el cuidado de los

²⁰ La vida digna sirve como parámetro para distinguir el cuidado del resto de actividades que realiza una persona.

otros y el cuidado del lugar que se habita. En conjunto, los cuidados permiten la satisfacción de nuestras “necesidades de sobrevivencia, cognitivas, emocionales y de trascendencia” (Boltvinik, 2007; Collin, 2014), así como la reconstrucción del bienestar físico y emocional de las personas que se extiende del cuerpo al propio lugar que habitan.

Como se puede apreciar, el cuidado y los cuidados exceden en su definición del marco que impone la lógica económica, su registro está más bien en la sostenibilidad de la vida, pero ello no implica que no contribuyan e impacten positivamente dentro del mercado. Silvia Federicci (2013) insiste en la contribución que estos hacen en la llamada economía subterránea, como cimientos mismos del sistema. Por su parte, Pérez-Orozco (2014) enfatiza en el aporte del trabajo de los cuidados a nivel socioeconómico e insiste en que sin los cuidados el conjunto de la economía no podría subsistir. Concordamos con ambos planteamientos, sin embargo, no suscribimos la forma de limitar su conceptualización al equiparlo con una forma de trabajo.

Creemos en su lugar que, dentro de la amplitud y complejidad de los cuidados, podemos encontrar el trabajo remunerado y el trabajo de cuidados. El primero constituye una forma de cuidado en tanto que puede brindar condiciones materiales para ejercer una parte del cuidado, por ejemplo, dinero para comprar alimentos que, posteriormente, a través de una acción, se transforman en comida. La preparación de los alimentos constituye una muestra de trabajo de cuidados una vez que la acción se ha mercantilizado, es decir, pagar a alguien para que prepare la comida. Si bien la preparación de alimentos recae en un proceso vital, su objetivo en este caso específico no se centra en la sobrevivencia. Al mercantilizarse, su razón de ser está en la acumulación del capital porque se ofrece un servicio con valor de cambio. En este mismo

ejemplo podemos encontrar los cuidados, que serían el encuentro a la hora de la comida; ese espacio donde, además de garantizar la sobrevivencia de las personas, se satisfacen otras necesidades emocionales y cognitivas que dan sentido y significado a la vida.

Cuando reconocemos que tenemos necesidades que en una proporción pueden satisfacerse a través del mercado, pero que en mayor medida deben satisfacerse a partir de los cuidados adecuados, consideramos que ambas esferas no pueden ni deben comprenderse de forma separada. Una no debiera ser contraria a la otra e, incluso, sostenemos que bajo ciertas circunstancias el trabajo es una forma de cuidado.

En ese sentido, afirmamos que en nuestro contexto el cuidado y el trabajo se complementan para permitir la existencia. Esto se confirma también a partir de las narrativas de Rocío e Iris, pues ambas señalan que la milpa, que constituye desde nuestra perspectiva una forma de cuidado ecosistémico²¹, no tenía la suficiencia para alcanzar la sostenibilidad.

Aunque las familias contaban con un soporte mínimo de sobrevivencia por la tenencia de tierra que permitía la producción de bienes de consumo, siempre se requirió del trabajo para obtener una remuneración que permitiera el acceso a otros productos o servicios necesarios para subsistir. En el caso de Rocío, el dinero se requería para comprar ropa, medicinas o una camioneta que facilitara el traslado de productos y autoempleo; en el caso de Iris, el dinero era necesario para acudir al médico, para complementar los gastos de la siembra o para brindar acceso a la educación. Estos elementos, desde la perspectiva de la sostenibilidad de la vida, nos hacen pensar, como

²¹ Cuando enunciamos ecosistémico nos referimos al ciclo que incluye los tres tipos de cuidado enunciados en la ilustración 1: cuidado de sí, cuidado de los otros y cuidado del lugar que se habita.

señalamos líneas arriba, que el trabajo constituye una parte de los cuidados, ya que habilita y brinda algunas condiciones materiales que permiten la reproducción de la vida.

Una vez que hemos delimitado nuestra comprensión de los cuidados y que podemos mirar en conjunto cuidado y trabajo como dos elementos que forman parte de un ciclo que busca fundamentalmente la sostenibilidad de la vida, aterricemos estos elementos en la cuestión de la pluriactividad, previo a la instalación del parque industrial Valle de Oro.

En la comunidad de Santa Cruz Nieto, nuestras participantes nacidas entre 1929 y 1949, señalan que el maíz en milpa era el cultivo principal. No obstante, esta actividad no se puede pensar de forma independiente a la crianza de borregos, puercos, gallinas y guajolotes; a la recolección de leña; a la preparación de alimentos para el autoconsumo y para la comercialización (tales como las tortillas, las conservas, el queso, las carnitas o bebidas como el pulque), así como el trabajo asalariado en haciendas, ranchos, trabajo de albañilería e incluso dentro de fábricas que, aunque era realizado principalmente por la población masculina, involucraba, en alguna medida, el trabajo de niñas, niños y mujeres, y en diferente proporción la combinación de cuidados y trabajo.

En la tabla 8 sistematizamos las actividades que desarrollaban las UECP, de acuerdo con las narrativas e historias de vida que cada una de las participantes y sus familiares nos compartieron. Aunque para fines analíticos hemos separado las actividades de cuidado y las actividades de trabajo, en la cotidianidad es difícil distinguirlas, pues se presentan en ocasiones de forma simultánea y se realizan, en su mayoría, dentro de un mismo espacio.

En general, la tabla nos muestra una gran diversidad de actividades. Por un lado, encontramos la presencia de numerosas actividades de cuidados: el cuidado hacia los otros, formas de cuidado comunitario y el cuidado inter-especies. Asimismo, encontramos, como venimos señalando en este capítulo, una serie de conocimientos y una importante transmisión de saberes que se da en diversos rituales de cuidado. Este punto en concreto es relevante porque más adelante nos permitirá definir el proceso de precarización de la vida.

Respecto al papel que tiene el Estado en la organización social del cuidado, remarcamos la ausencia de este en la provisión de servicios públicos, en el acceso a la educación y a los servicios de seguridad social. Esto intensificó las responsabilidades de cuidado que, primordialmente, recayeron en las mujeres.

Por otro lado, respecto al trabajo, la tabla 8 nos muestra el predominio de las actividades fuera de toda relación contractual. El trabajo que se realizaba en los ranchos o haciendas era en condiciones de explotación, con remuneraciones muy bajas (que llevaban a realización de múltiples trabajos), y con un importante desgaste físico del cuerpo. Estos aspectos son importantes porque, al considerar la salud como un proceso, la forma en la que se trabajó y cuidó durante este periodo influirá en la determinación social de la salud de este grupo. También es importante señalar que la ausencia de empleo limitó el acceso a servicios de salud y, con ello, a las posibilidades de pensión.

Tabla 8. La pluriactividad de 1950 a 1980

UFCP	Cuidados	Trabajo
Rocío	<ul style="list-style-type: none"> - Actividades agrícolas de autoabasto. - Cuidado y crianza de animales para consumo familiar (vacas, pollos, gallinas, puercos, guajolotes). 	<ul style="list-style-type: none"> - Venta de maíz y ganado (si había excedente o alguna necesidad particular). - Trabajo agrícola remunerado.

	<ul style="list-style-type: none"> - Cuidado de animales de carga (bueyes, mulas, burros y caballos). - El cuidado familiar (hermanos, hijos, madre) que incluye: la preparación de alimentos, actividades domésticas, recolección de leña, acarreo de agua. - El cuidado de la tierra, permitiendo ciclos de descanso para la producción, así como el cuidado de tierras enfermas. - Cuidado de la comunidad (faenas para la construcción de la escuela y de algunas calles). Ayuda mutua de los vecinos en actividades agrícolas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Venta de pulque, leche, queso y tortillas. - Capado de animales. - Trabajo doméstico en casas del centro de San Juan del Río. - Albañilería. - Carrero (chofer). - Trabajo en fábricas locales. - Remesas (hijos que migraron a la CDMX).
Iris	<ul style="list-style-type: none"> - Actividades agrícolas de autoabasto. - Cuidado de animales. - Costura para abastecer de ropa a la unidad familiar. - El cuidado familiar que incluye: la preparación de alimentos, el ritual de la hora de la comida en la milpa, apoyo general en quehaceres domésticos, recolección de leña y acarreo de agua. - Transmisión de saberes sobre la tierra, la moral y la solidaridad. - Autocuidado: alimentación sana a través de procurar el cuidado de los animales. - Celebración de la fiesta patronal (preparación de alimentos de forma colectiva, transmisión de valores, tradiciones, fortalecimiento de los vínculos de solidaridad (necesidades de trascendencia). - Faenas. - Cuidado del agua y de la tierra. - Cuidado de personas enfermas. - Educación escolar. 	<ul style="list-style-type: none"> - Cría y venta de borregos y puercos. - Trabajo de peón en hacienda. - Preparación de productos alimenticios para la venta: como queso, pepitas o dulces de calabaza. - Remesas (trabajo de hijos que migraron a la CDMX).
Azalea	<ul style="list-style-type: none"> - Actividades agrícolas de autoabasto. - Cuidado y mantenimiento del pozo de agua. - Cuidado y crianza de animales para consumo familiar (vacas, pollos, gallinas, puercos, guajolotes, borregos y bueyes). - Recolección de hortalizas y frutas para el consumo familiar. - El cuidado familiar que incluye: preparación de alimentos, lavado de ropa, acarreo de agua, recolección de leña para la preparación de alimentos. - La crianza y educación de hijos, que incluye: la transmisión de la importancia del trabajo, el esfuerzo y la honestidad. 	<ul style="list-style-type: none"> - Venta del excedente de maíz y alfalfa (de acuerdo con el relato de Azalea, el cultivo principal que trabajaba su familia era el maíz, el frijol y la alfalfa, ellos tenían , pero además, fueron de las primeras familias en implementar el monocultivo, por lo que disponían de algún excedente para la comercialización local). - Venta de borregos. - Trabajo agrícola remunerado (jornalero). - Venta de tortillas hechas a mano. - Venta de algunas frutas del huerto familiar.

	<ul style="list-style-type: none"> - La educación en la fe (religión católica). - Construcción de una alberca familiar para entretenimiento y convivencia (en una proporción se construyó con ayuda mutua de vecinos). 	
Jazmín	<ul style="list-style-type: none"> - Actividades agrícolas de autoabasto: cuidado de la milpa y los animales que viven en ella. - Cuidado en el hogar que incluye: la crianza de hermanas(os), hijas(os), ahijadas(os) y sobrinas (os), la preparación de alimentos, actividades domésticas, labores de mantenimiento y la confección de algunas prendas de vestir. - La autoconstrucción del hogar. - El cuidado de familiares enfermos y adultos mayores: que incluye acompañamiento a consultas médicas, la preparación especial de alimentos, aseo y apoyo para la movilidad. - Traslado de familiares y vecinos con vehículo particular (ayuda mutua). - Participación en faenas comunitarias y en la organización de la fiesta patronal. 	<ul style="list-style-type: none"> - Preparación y comercialización de tortillas, dobladitas y gorditas. - Bordado de servilletas por pedido. - Albañilería. - Trabajo agrícola en haciendas y rancherías. - Trabajo remunerado en fábricas locales. - Remesas (Hijo que migro a Estados Unidos).
Aurora	<ul style="list-style-type: none"> - Actividades agrícolas de autoabasto. - Cuidado y crianza de animales para consumo familiar (vacas, pollos, gallinas, puercos, guajolotes, borregos y bueyes). - Cuidado de árboles frutales, nopaleras. - Recolección de frutas, corte de nopal y raspado de maguey para el consumo familiar. - El cuidado familiar y del hogar que incluye: preparación de alimentos, lavado de ropa y recolección de leña para la preparación de alimentos. - Organización de reuniones familiares para la celebración de cumpleaños. - Acompañamiento en labores de parto. - Cuidado de la salud familiar: empacho, espanto, acomodo de huesos. - Habilitación de terreno para porterías de fútbol. 	<ul style="list-style-type: none"> - Venta del excedente de maíz, alfalfa y zacate (la familia de Aurora comenzó en los años setenta a trabajar el monocultivo). - Trabajo doméstico en la hacienda. - Trabajo en la mina de ópalo. - Pastoreo de animales de la hacienda. - Comercialización de algunos productos como leña, duraznos, manzanas, tunas, nopales y pulque. - Venta de carnitas y manteca. - Atención a malestares: empacho, espanto, acomodo de huesos. - Elaboración y venta de macetas.

Fuente: Elaboración propia

La pluriactividad, en el periodo analizado de 1950 a 1980 como muestra la tabla 8, presenta un importante predominio de las actividades agrícolas, fueran estas remuneradas como un trabajo o bajo la forma de cuidados. El modo de vida que

predominó en Santa Cruz Nieto apremiaba a la satisfacción de necesidades humanas más que a la generación de riqueza, pero esto fue posible porque se contaba con cierta autonomía gracias a la posesión de la tierra y a una serie de conocimientos que constituyeron un piso mínimo para poder hacer frente a ciertas condiciones de vida adversa.

Estos elementos no eximen a las personas de vivir bajo ciertas condiciones de vulnerabilidad que, al final de cuentas, impacta en las condiciones del cuidado y en la determinación social de la salud. En todo caso, queremos resaltar que los conocimientos que se observan en muchas actividades y rituales de cuidado posibilitaron en esta cohorte generacional la capacidad de habitar, pensar, sentir y actuar a partir de la comprensión de la interdependencia y la complementariedad. Esto constituye un elemento importante con el que se diferencia esta primera cohorte generacional.

Capítulo 3. Industrialización neoliberal: cambios en la forma de trabajar y cuidar

Una vez que hemos podido sostener que el cuidado y el trabajo no pueden comprenderse de forma separada²², y cómo la primera cohorte generacional contaba con una serie de conocimientos y con la posesión de la tierra como dos elementos importantes para hacer frente a las condiciones de vulnerabilidad propias de un territorio periférico; en este apartado analizaremos cómo la industrialización reconfigura la forma de organizar la vida, de relacionarse con los otros y, sobre todo, la valoración social del cuidado frente a una lógica instrumental.

Para ello, retomamos el análisis de la transformación de la pluriactividad y exponemos las prácticas de trabajo y de cuidados de los pobladores de Santa Cruz Nieto en el periodo de 1985 a 2020. Para tal efecto, retomamos las narrativas de dos cohortes generacionales (ver tabla 9). La primera cohorte corresponde a las mujeres nacidas entre 1959 y 1974, cuya edad promedio oscila en los 50 años. Estas participantes vivieron, en su edad más productiva, la transición a un modo de vida centrado en la industrialización.

La segunda cohorte corresponde a las mujeres nacidas entre 1980 y el 2000, con una edad promedio de 30 años. Estas participantes transitan su edad productiva en un contexto industrializado. En ambos casos retomamos, principalmente, las narrativas de mujeres pertenecientes a lo que Grammont (2009) define como Unidad Económica Rural²³ (UER).

²² Su integración se puede ejemplificar a cabalidad a través del funcionamiento de la milpa.

²³ Las Unidades Económica Rurales (UER), son familias no campesinas que habitan poblados con una cantidad menor a 2,500 habitantes y en las que el trabajo asalariado es el único sustento. El origen de las UER es atribuido al aumento demográfico y al fin del reparto agrario, es decir, son el resultado de los cambios estructurales que ha experimentado el campo mexicano en las últimas tres décadas (Grammont 2009).

Tabla 9. Participantes y tipo de unidad familiar

Nombre	Edad	Tipo de unidad familiar	Cohorte generacional
Flor*	60	UECP	Segundo
Cala*	45	UER	Segundo
Margarita*	55	UER	Segundo
Hortensia	50	UER	Segundo
Mirta	43	UER	Segundo
Amaranta**	20	UER	Tercero
Anahí**	33	UER	Tercero
Azucena**	36	UER	Tercero
Rosa	34	UER	Tercero
Violeta	31	UER	Tercero
Verónica***	22	UER	Tercero

Fuente: Elaboración propia

*Flor, Cala y Margarita son hijas de nuestras primeras informantes.

**Amaranta, Anahí y Azucena son hijas de las mujeres que conforman la segunda cohorte generacional y, por lo tanto, son nietas de nuestras primeras informantes.

***Verónica es hija de Mirta (participante de la segunda cohorte generacional); ellas migraron por trabajo.

Las principales fuentes para la elaboración de este apartado fueron trabajo de campo, entrevistas y observación directa con informantes locales bajo el método etnográfico. Seleccionamos el periodo de análisis de 1985 a 2020 porque, a partir de la década de 1980, el sector agrícola en México sufrió importantes cambios, principalmente por la aplicación de políticas neoliberales que impulsaron la industrialización de diferentes

regiones del país²⁴. En el caso de San Juan del Río, y particularmente de la comunidad de Santa Cruz Nieto, observamos las transformaciones que se dieron por la industrialización en el abandono paulatino del trabajo agrícola, en el despojo de saberes ecosistémicos, en la pérdida de rituales de cuidado, en especial del cuidado comunitario y en la centralidad que adquiere el trabajo industrial y la subsecuente desvalorización de las actividades de cuidado.

Estas transformaciones nos llevan a sostener que la forma de producción industrial impulsó una mayor dependencia al salario, implicando incrementar el tiempo dedicado al trabajo y restando valor, importancia y tiempo invertido en los cuidados. Esta reconfiguración, que surge en la forma de trabajar y de cuidar, impacta en la salud de las personas, pues por las condiciones contextuales de la industrialización periférica, la precariedad que prevalecía en Santa Cruz Nieto se agudiza ante la pérdida de soportes mínimos de supervivencia y el despojo de saberes.

Para sostener esta argumentación, este capítulo se estructura en tres apartados. En el primero abordamos el cambio en la forma de producir el campo y, a partir del mayor predominio que adquiere el monocultivo, argumentamos sobre cómo se comienza a desarrollar el proceso que hemos denominado la industrialización de la vida. En el segundo apartado profundizamos en los cambios en la pluriactividad de la segunda y tercera corte generacional y en el tercero analizamos la desvalorización del cuidado.

²⁴ Recordemos que en la década de los ochenta, en San Juan del Río se consolidó plenamente el proceso de atracción industrial impulsado por el Programa Estatal de Fomento Industrial de 1987-1991 (Garza, 1989). Estos cambios se abordan con mayor profundidad en el capítulo uno de este trabajo.

La transición de la milpa al monocultivo y la industrialización de la vida

Como planteamos en el capítulo dos, la pluriactividad ha sido una constante en los hogares de la comunidad de Santa Cruz Nieto, tanto para la generación de alimentos y la satisfacción de necesidades de cuidados, como para la obtención de ingresos económicos. En la actualidad, ubicamos los principales cambios de esa combinación de múltiples actividades que permiten la subsistencia continua pero con nuevos matices, en el abandono del trabajo agrícola, en la desvalorización de los cuidados con una fuerte tendencia a su mercantilización y en la centralidad y mayor dependencia que se genera hacia el trabajo. En este apartado abordamos el primer aspecto: los cambios en la forma de producir el campo.

El trabajo agrícola de forma considerable dejó de ser practicado por las nuevas generaciones de la comunidad. Una de las explicaciones que podemos dar es que la industrialización en la fase neoliberal requirió de ciertas condiciones para su desarrollo, entre ellas “la destrucción de formas económicas preexistentes, como el sistema de producción de la milpa” (Collin, 2017:107).

La milpa, como señalábamos con anterioridad, constituía una célula doméstica socioeconómica que, con la diversidad de productos y animales que generaba, podía abastecer, parcialmente, las necesidades de sobrevivencia de una familia. Este modo de producción y de vida que estuvo presente en la comunidad de Santa Cruz Nieto fue remplazado paulatinamente por la producción de monocultivo que se introdujo aproximadamente en los años setenta, teniendo su mayor auge después de los ochenta del siglo pasado y que prevalece hasta la actualidad.

Nos interesa iniciar este apartado mostrando, como primer antecedente del cambio en la pluriactividad de la segunda cohorte generacional²⁵, la forma de producción por monocultivo. Consideramos que esta forma de producir la tierra refleja un momento de quiebre y de separación. Quiebre en tanto a las formas de pensarnos interdependientes, en reciprocidad y como parte de un entorno ecosistémico que para ser sostenible requiere una inversión constante en actividades de cuidado; y de separación porque la lógica del monocultivo es la producción para el mercado, ya no para el autoconsumo. Esto separa, fundamentalmente, al productor del producto, al hombre de la naturaleza, al cuidado del trabajo, es decir, produce una realidad individualizada.

La siguiente narrativa de Flor nos permite comprender a profundidad la lógica en la que se da el monocultivo. Flor es hija de Rocío, una de nuestras participantes de la primera cohorte generacional. Ella forma parte de las cinco familias originarias de Santa Cruz Nieto, por lo que aún pertenece a una Unidad Económica Campesina Pluriactiva. Flor tiene 60 años y cinco hijos, de los cuales cuatro son hombres y una es mujer. Las actividades de cuidado han sido constantes en su vida. Desde los seis años comenzó a cuidar a sus hermanos, a los animales de la granja y al campo. Asimismo, el trabajo ha estado presente en su vida desde la infancia, refiriendo que su primer trabajo fue en la mina de ópalo a la edad de doce años. A continuación, nos describe algunos cambios que observó con la introducción del monocultivo en la comunidad:

Muchas cosas cambiaron con el monocultivo. Se empezó a producir más y, por ejemplo, mi papá y mis tíos ya pudieron hacer negocio vendiendo un

²⁵ Participantes nacidas entre 1959 y 1974.

poco de alfalfa y de maíz. Lo malo sí fue que pues ya solo se daba maíz o alfalfa para vender, nada que quelites, chiles, verdolagas, hongos o raíces dulces que usábamos para comer, y esto pasó porque se empezó a utilizar químicos para el control de hierbas. Antes, cuando se sembraba junto el maíz con el frijol, la calabaza, el chile, los quelites y la haba, pues se tenía que deshierbar la milpa manualmente con el azadón o con la pala; ya con los herbicidas, pues se ahorraron ese trabajo manual, incluso por eso mejor yo me fui a trabajar a la mina de ópalo.

Entonces se redujo el tiempo y la mano de obra que se invertía en la milpa, y aunque subieron los costos porque ahora se tenía que invertir para comprar químicos, aumentó la cosecha y ¡simplificó el trabajo!

Otra de las cosas que cambió es que se empezó a utilizar tractores, la segadora y la empacadora. El abono también cambió, antes era puro estiércol y ya por ahí a finales de los ochenta, principios de los noventa empezaron a utilizarse muchos fertilizantes, pesticidas, abono mineral, urea. Incluso el gobierno empezó a dar apoyos para la compra de fertilizantes o de semilla mejorada, sobre todo para el maíz. A mi papá y tíos les daban por año \$1,500 pesos por cada hectárea, y aunque eso no alcanzaba ni para el fertilizante, pues ya era una ayuda.

Yo creo que una de las cosas tristes que trajo el monocultivo es que de la misma forma en la que se separó el maíz de los demás productos que crecían en la milpa, de esa misma forma se separaron mis tíos para trabajar cada uno sus tierras, ya no existió esa ayuda mutua y cada vez nos encontrábamos menos

en el campo. Fue muy difícil que las familias llegaran a acuerdos. Hubo muchos conflictos porque ya había de por medio más inversión, interés por ganar un poquito más, así que mi papá siguió por su cuenta, unos tíos comenzaron a repartir las tierras con sus hijos, otros a vender y pues mucha tierra se dejó de sembrar porque no era rentable (Flor, septiembre de 2019).

Los cambios descritos por Flor no se limitan a aspectos técnicos en cuanto a la forma de producción, sino que dan cuenta de un cambio sustantivo de lo que se produce y para qué se destina esa producción. En la milpa, como lo señalamos en el capítulo 2, se producen bienes de consumo para la unidad familiar. En el monocultivo se producen mercancías que, precisamente, permiten “hacer negocio” (ídem). Este cambio es sustancial, pues se vuelve central producir en volumen para el mercado, por lo tanto, se busca el máximo rendimiento de la tierra y se sobrepone la supremacía del hombre como productor sobre de la naturaleza, aspecto que hace que esta última se reduzca a un simple recurso que puede ser explotado en beneficio del capital.

Este cambio nos permite enmarcar el conflicto fundamental que surge entre el capital y la vida, que caracteriza lo que denominamos la industrialización de la vida. Esta categoría para este trabajo se refiere al traslado de los principios con los que rige la producción industrial a todos los ámbitos de la vida, a una mayor dependencia al capital y a la tendencia de mercantilización de actividades de cuidado. En la narrativa de Flor podemos ubicar estos tres elementos.

Respecto al traslado de principios de la industria, vemos cómo la estandarización, la especialización y la búsqueda de la máxima eficiencia son

implantados en la naturaleza por medio del monocultivo, el cual se fundamenta en la producción de un solo espécimen: maíz o alfalfa en el caso de la narrativa de Flor.

La individualización que observamos parte de la premisa de que, por ejemplo, el maíz crece mejor solo, con lo que se elimina a las otras plantas que podrían restarle recursos, calidad y eficiencia. Esta individualización trasciende de la naturaleza a las propias relaciones sociales, así lo apreciamos en la separación de la familia de Flor que, en este caso, constituía una UECP. El desvanecimiento de la ayuda mutua que se describe en esta narrativa se da por la relevancia que comienza a tomar la inversión y los intereses económicos particulares.

La narrativa, además, da cuenta de una mayor dependencia al capital con la introducción de maquinaria y de insumos como herbicidas, abono y fertilizantes con los que “se simplifica el trabajo” (ídem). Se reduce el tiempo y la inversión de mano de obra, pero también la tierra pierde su capacidad autopoyética²⁶ y de baja entropía (Collin, 2017). Es decir, para el crecimiento del maíz en la producción por monocultivo se requiere energía externa, ya sea la maquinaria o los agroquímicos, productos que se adquieren en el mercado. La naturaleza y las familias que producen la tierra por medio del monocultivo se vuelven más dependientes del capital, y en esta dependencia radica otra de las características de la industrialización de la vida.

²⁶ El concepto de autopoyesis refiere a la capacidad de los sistemas de producirse a sí mismos (Maturana y Varela, 1995), en este caso decimos que la milpa es autopoyética porque consume la energía que produce, de las personas, de los animales e inclusive de las propias semillas.

Ahora bien, para poder identificar la mercantilización de las actividades de cuidado, es importante poner atención en los cambios en cuanto al *qué y para qué* se produce la tierra.

En el capítulo 2 señalábamos que la producción en milpa constituía una forma de cuidado, pues su génesis era la satisfacción de necesidades de alimentación del grupo doméstico y mínimamente la venta de productos; con el monocultivo se rompe esta lógica, el objetivo de esta agricultura es la producción de mercancías para su venta en el mercado, por lo que constituye una forma de trabajo bajo la definición que nos proponen Rosas y Belmont (2020).

Esta distinción nos permite ver la industrialización de la vida en la reorientación de la producción del campo, pero también, por otro lado, nos permite ver la precarización de la vida (en esta conceptualización profundizamos en el capítulo 4) cuando ya no puedes hacer crecer tus propios alimentos porque “decides” producir para el mercado. Esto constituye una forma de despojo continuo, que en nuestro contexto primero fue territorial y que en este caso concreto abarca las prácticas de cuidado y de trabajo que brindaban un soporte mínimo de sobrevivencia a través de la alimentación, la cual también tiende a la mercantilizarse.

Observamos la industrialización de la vida incluso en la homologación de los productos de la naturaleza. A continuación, Flor continúa su narrativa señalando este aspecto:

Sí hay diferencia en el maíz de semilla mejorada. Con esa semilla se da una mazorcota, los granos son parejitos y como que el elote pierde sabor, eso

se nota cuando los preparas asaditos, hervidos y hasta en las tortillas. Pero al final, como diría uno de mis tíos, “no hay fijarse en esos detalles, lo que importa es que rinda más para vender, que se coseche y se venda bien”.

El maíz criollo es más chiquito, luego las mazorcas salen medias chimuelas con unos granos más grandes que otros. A nosotros nos gusta más el criollo y por eso en el cachito de tierra que quedó en el patio de mi mamá se sigue sembrando. A ella no le gusta que le pongan fertilizantes ni pesticidas porque dice que le matan los nutrientes, y pues aunque sea le dejan un poquito maíz con semilla de la buena y ya eso lo usamos para comer nosotros, aunque sea en las fiestas (Flor, septiembre de 2019).

Cuando Flor describe que “los granos son parejitos” (ídem) nos refiere a la estandarización y homologación de los productos de la naturaleza, un contraste importante que podemos observar en la descripción del maíz criollo. Esto es relevante, pues amoldar la naturaleza para que cubra con los estándares del mercado constituye otro ejemplo del traslado de los principios de la industria.

Asimismo, podemos notar que cuando se produce en función de la venta -como refiere el tío de Flor- interesa la cantidad, el tamaño, el volumen. En cambio, cuando se produce para el autoconsumo, lo que interesa es el sabor y los nutrientes; es decir, el cuidado que se ponga a la tierra repercute en el cuidado del núcleo familiar, de allí incluso la determinación de no usar fertilizantes ni pesticidas. Entonces, en este ejemplo también podemos ver que con el monocultivo hay una desvalorización del cuidado y, entendido este desde su significación amplia, estamos ante una práctica tendiente a su mercantilización.

Los elementos que hasta ahora hemos enunciado permiten ver diferencias importantes entre la forma de producción de la milpa y la forma de producción por monocultivo que, en última instancia, reflejan una transición del cuidado de la tierra al trabajo agrícola. En la siguiente tabla sistematizamos las principales diferencias en las formas de producción del campo. Los datos que aquí se plasman han sido obtenidos a partir del trabajo de campo etnográfico.

Tabla 10. Diferencias entre la milpa y el sistema productivo orientado al mercado (monocultivo)

MILPA	MONOCULTIVO
Diversidad de especies vegetales y animales.	Especialización: 1 especie.
Se producen bienes de consumo para la unidad familiar.	Se producen mercancías para el mercado.
Se busca satisfacer las necesidades de alimentación, se respetan los ciclos de regeneración de la tierra.	Se busca producir por volumen, el máximo rendimiento de la tierra.
Personas, animales y especies vegetales forman parte de un ciclo ecosistémico.	Separación y supremacía del hombre sobre de la naturaleza.
Se reconoce el vínculo de ecodependencia.	Se concibe a la naturaleza como un recurso explotable.
Lógica ecosistémica y de sostenibilidad de la vida: el trabajo y los cuidados aparecen de forma integral.	Traslado de los principios con los que rige la producción industrial: estandarización, máxima eficiencia, especialización, individualización, recursos, calidad. Separación y conflicto entre trabajo y cuidado.
Autopoyetica y de baja entropía.	Dependencia del capital y de energía externa (maquinas, agroquímicos).

Dependencia de las condiciones medioambientales.	Dependencia del mercado y de las condiciones medioambientales.
El objetivo de la milpa (satisfacción de necesidades de alimentación) nos permite ubicarla como una forma de cuidado.	El objetivo del monocultivo (venta en volumen para el mercado) lo ubica como una forma de trabajo.
Se valoran el sabor y los nutrientes.	Se valora la cantidad, el tamaño, la calidad.
La naturaleza es heterogénea.	Se busca la homologación y estandarización.
Trabajo y tiempo son intrínsecos a la vida misma y no pueden ser separados ni pensarse de manera abstracta.	Se controlan los ritmos de la naturaleza y se separan de los ritmos de vida para que puedan ajustarse al tiempo impuesto como rentable. El tiempo es dinero.

Fuente: Elaboración propia

A partir de la información que muestra la tabla, podemos argumentar que el monocultivo tiene características que nos permiten establecer que la industrialización en nuestro contexto no tiene que ver únicamente con el conjunto de instalaciones dedicadas a esta actividad. La industrialización permea a todo espacio, relación y práctica; insta a la mercantilización de la vida, el control del tiempo, la fragmentación y la instalación de los principios de la industria, inclusive en la naturaleza. Industrializar la vida nos conduce, inevitablemente, a un proceso de precarización.

El abandono del campo y la dependencia al salario.

Este caso en particular que refiere a la industrialización de la producción agrícola es relevante porque muestra la modificación de un modo de vida, un despojo de saberes sobre la naturaleza que, paulatinamente, se redirigen hacia la lógica del mercado. La milpa, como señalábamos en el capítulo 2, constituía una analogía del cuidado porque

se basa en la vida, en su reproducción y, por tanto, en un proceso cíclico, autopoyético y de baja entropía. La producción en monocultivo no es cíclica porque no se sostiene a sí misma, requiere de mucha energía externa, se dirige hacia el mercado y su interés por controlar cuanto se produce, cuándo y cómo, nos remite a la naturaleza autorreferencial del capital en donde hay que acortar los tiempos de la cosecha, generar más volumen y romper, justamente, los ciclos de la naturaleza en aras de ser más rentables, como si todo pudiera crecer indefinidamente.

En resumen, tal y como muestra la tabla 10, al cambiar la producción de bienes de consumo a la producción de mercancías, se propicia una mayor dependencia al capital y se subordina la naturaleza y el tiempo en favor de la productividad. La parametrización del tiempo y su monetización es otro elemento que industrializa la vida cotidiana; en palabras de Ingold (2002), esto ocurre porque el tiempo se vuelve dinero.

Desde este parámetro, se pierde de vista que con los diversos productos de la milpa, una familia campesina podía abastecer su dieta de casi un año. Es decir, aunque la producción de la milpa no se tradujera en recursos económicos, sí constituía bienes de consumo que permitían la satisfacción de las necesidades de alimentación, mientras que la producción que se pueda obtener de un monocultivo convertida en dinero no alcanza para la manutención de la familia, por ello se requiere de mayor trabajo en el mercado (Uzcanga et. Al., 2015).

En general, todas nuestras participantes coinciden con que el campo, aun produciendo en forma de monocultivo, era insuficiente para cubrir las necesidades de un núcleo familiar. Es por esto que muchos de sus integrantes, paulatinamente, comenzaron a abandonar las actividades de agricultura para buscar otras formas de

remuneración que garantizaran la satisfacción de necesidades materiales. Por esta razón, el quiebre que se da con la producción agrícola se agudiza y se impulsa una mayor dependencia al salario que implica incrementar el tiempo dedicado al trabajo. A continuación, Margarita narra esta situación:

En aquel tiempo, los gastos y las mismas necesidades nos fueron llevando a hacer otras cosas donde pudiéramos ganar dinero. Poco a poco se fue dejando el trabajo del campo y mis hijos ahora ya no saben cómo se siembra; ni siquiera tienen tanto tiempo, ni interés, y pues nosotros tampoco. Por eso las poquitas tierras que quedan de mi papá, aunque sean de riego, ya no se siembran. (Margarita, comunicación personal, mayo de 2020).

Margarita tiene 55 años, es originaria de Santa Cruz Nieto y tiene tres hijos (dos mujeres y un hombre). Ella describe que toda la vida ha trabajado y cuidado. A la edad de 18 años se casó con Antonio. Se considera afortunada por haber logrado estudiar una carrera técnica y, aunque la maternidad no le permitió ejercer su carrera durante mucho tiempo, señala que la educación le amplió los horizontes para buscar una mejor vida. Ella es hija de Iris (una de nuestras participantes de la primera cohorte generacional) y, si bien descende de una UECP, en la actualidad ni ella ni su familia nuclear se involucran en alguna actividad agrícola. En su narrativa describe cómo se da el abandono al campo en su unidad familiar:

En el caso de mi familia, al principio nos cooperábamos todos los que trabajamos para poder pagar la renta del tractor, el fertilizante o lo que faltara de inversión, pero era un círculo vicioso (o así lo veo yo). Era dar y dar y nada

que retribuía. Y eso yo lo sé porque un día me senté con mi papá y nos pusimos a hacer cuentas de su cosecha, creo que fue del año 2005.

Para empezar, para esas fechas mi papá ya sembraba muy poquito, solo dos hectáreas. Recuerdo muy bien que ese año le invirtió \$1,800 pesos del apoyo de PROCAMPO y más o menos \$3,000 pesos de su bolsillo, o sea, en total como \$5,000 pesos que se usaron para la limpia, la siembra, la compra de fertilizante, el diesel del tractor, la resiembra, la cosecha, la renta de la empacadora y todo eso sin contemplar todo el trabajo de mi papá. Bueno, pues en esa ocasión se cosecharon 500 kilos de maíz; 100 kilos fueron para el consumo familiar y los otros 400 kilos los vendió por \$1,500 pesos, o sea que no recupero ni siquiera lo invertido (Margarita, octubre de 2019).

La introducción de agentes externos, como la maquinaria y agroquímicos que incentivan a la producción, disminuye la mano de obra, por un lado, pero por otro implica una mayor inversión de recursos económicos que muchas veces, como describe Margarita, son obtenidos por medio de otras actividades remuneradas. Conforme la lógica económica comienza a tornarse central, los ejercicios de análisis de costo-beneficio, como el que realizó Margarita con su papá, comienzan a demostrar la falta de rentabilidad del campo, un aspecto que influye en las nuevas generaciones para no participar de forma activa en el trabajo agrícola. En este sentido, Margarita continúa con su narrativa:

La producción de la tierra disminuyó, sobre todo, para las familias que tenían más tierra de temporal; esas no daban tanto volumen, no eran rentables para todo el trabajo que se le invertía. ¡A la tierra hay que invertirle, se lleva

mucho gasto y trabajo, pero no te da nada! De hecho, los cultivos que no contaban con sistema de riego ya no fueron viables para el monocultivo y, por eso, muchas familias comenzaron a vender la tierra para fraccionamientos y negocios (Margarita, octubre de 2019).

La narrativa de Margarita señala cómo las extensiones de tierra que no contaron con la infraestructura necesaria para ser rentables dejaron de cultivarse. Es decir, todo comienza a mirarse desde el lente de la rentabilidad desde el cual el trabajo agrícola no era una inversión redituable. En esa misma línea de argumentación, Margarita señala cómo los gastos y las necesidades les llevaron a diversificar la pluriactividad en función de la remuneración y en detrimento de la actividad agrícola. Queremos llamar la atención, nuevamente, sobre la relevancia que va adquiriendo el dinero. Podemos comprender la necesaria diversificación de actividades remuneradas más a profundidad en la siguiente narrativa de Cala que describe la pluriactividad de su unidad familiar.

Cala tiene 45 años, es originaria de Santa Cruz Nieto y es hija de Aurora. A la edad de 16 años se casó con Francisco, por lo que llegó a habitar el hogar multifamiliar de Jazmín. Cala y Francisco tuvieron 5 hijos varones. Desde pequeña Cala se involucró en el cuidado del campo, en actividades del hogar como la preparación de alimentos y hasta que contrajo matrimonio comenzó a trabajar ayudando a sus suegros en la preparación de tortillas, gorditas y dobladitas, como lo relata a continuación:

Yo me casé bien chica, a la edad de 16 años, como se acostumbraba en ese entonces. Mi marido me llevó a vivir con su familia, y pues ellos en aquel entonces casi no sembraban porque se dedicaban más a la venta de tortillas, gorditas y dobladitas.

Cuando comienza a llegar más gente a San Juan por tanta industria que estaba llegando, ¡pues más tortillas vendíamos! Las gorditas y las dobladitas se les hacían quien sabe cómo a los foráneos, como exóticas siento yo. En aquel tiempo pasamos de hacer seis cuartillos a veinte cuartillos de maíz por día; mi cuñada, la chica, ya mejor no fue a la escuela pa' quedarse a tortear, a hacer quehacer y poco tiempo después para irse a trabajar a la fábrica de jugos.

Al principio nosotras preparábamos todo y mis suegros salían a vender, pues alguien tenía que quedarse en la casa para cuidar a los niños pequeños, ¡mis niños estaban chiquitos! Unos años más tarde mi suegro vio que podíamos ponernos en el mercado Reforma y que así se vendía más y nos íbamos con los canastones a estar ahí sentadotas, ¿usted cree? Mi suegro siempre cobraba el dinero, nosotras nomás poníamos el pedido como quien dice. Él también se dedicaba a sembrar su milpita, a vender animales y, algunas veces, lo contrataban para ir a regar los cultivos, pero ya las cosas del campo las fue haciendo cada vez menos, se tuvo que enfocar más en la venta de dobladitas y gorditas, pues eso era lo que dejaba dinero.

Mi esposo empezó a trabajar primero en la maquila textil, ya luego se movió a una fabriquita de cables, hasta que lo contrataron en Cartones Ponderosa, y ya ese ha sido su único trabajo. Él hasta la fecha sigue trabajando en el campo, pero ya nada más en su tiempo libre. Sus hermanos también entraron a trabajar en las fábricas de maquila que llegaron a San Juan y mis cuñadas, las que tienen familia, se ocuparon mucho en el trabajo doméstico, porque así alguna le echaba un ojo a los niños mientras la otra se iba a trabajar

a alguna casa. Tere, por ejemplo, se levantaba a las cinco de la mañana para dejar listo el desayuno y adelantada la comida, como tenía que llegar con su patrona antes de las ocho, yo le ayudaba a llevar a sus niños a la primaria. Mi cuñada, la chica, ella sí entró a trabajar a la fábrica de jugos y allí estuvo mientras se mantuvo soltera.

Y pues yo siempre me acupé en la venta de tortilla, gorditas, dobladitas, a la venta de comida y de cositas por catálogo. Como la venta se terminaba temprano, pues yo aprovechaba para vender con las mismas señoras que tienen sus puestos en el mercado (Cala, junio de 2019).

Como se aprecia, la pluriactividad en esta unidad familiar se orientó para el caso de las mujeres en la preparación y venta de alimentos, el trabajo doméstico y, en menor proporción, en la venta de productos por catálogo y en el trabajo industrial. Estas actividades, de las cuales se obtenía una remuneración, se hacían siempre en complemento y consideración de las actividades de cuidados, en las que prevalece una organización social del cuidado familista y feminizada, es decir, que las responsabilidades del cuidado son ejecutadas al interior de los hogares y, principalmente, por las mujeres.

Para el caso de los hombres, la pluriactividad en este núcleo familiar describe una clara transición al trabajo industrial y de servicios. Primero, en el caso del suegro de Cala, que aunque sigue trabajando su milpa, es una actividad a la que dedica cada vez menos tiempo y, en su lugar, se enfoca a la comercialización de gorditas, dobladitas y a la venta de animales. Segundo, en el trabajo industrial de sus cuñados y de su propio

esposo. Es importante señalar que el cuidado comunitario y el cuidado del campo, en el que participaban los hombres, prácticamente desaparece.

Además de la transición al trabajo industrial y la importancia que comienza a tomar la remuneración, los cambios en la unidad familiar de Cala se observan también en la reconfiguración de la familia extendida y del hogar multifamiliar, como lo expresa en este fragmento:

Cuando mis hijos comenzaron a crecer, pues ya era necesario tener más espacio, tener privacidad para educarlos, autonomía para tomar nuestras propias decisiones y administrar el poquito o mucho dinero que entraba a la casa para poder hacer algo para ellos... entonces, como a mi esposo pues ya le daban que las utilidades y el aguinaldo, pues ya nos fuimos construyendo unos cuartitos en un terreno aparte. Ese terreno nos lo dejó mi suegro.

En unos años ya tenía mi casa aquí, y pues ya era como quien dice independiente. Nos las vimos negras con los gastos y luego todos mis hijos en la escuela, ¡ya se imaginará! Mi esposo puro tiempo extra y pues yo vendiendo gorditas, tortillas y dobladitas en el mercado, vendiendo cosas por catálogo, vendiendo servilletas bordadas, y por más que hacía pues no nos alcanzaba. Por eso tuve que dejar de ir a vender con mis suegros. Esas formas de antes de juntar el gasto de toda la familia ya no funcionaron, porque nosotros ya no vivíamos allí con ellos, y aunque me gustaba ayudarles, no me daban nada de la venta del mercado y nosotros necesitábamos dinero. Entonces, mejor yo me puse a hacer cenita para vender afuera de la casa y dobladitas los fines de semana.

Luego estuve a cargo del comité de la cocina en la primaria. Nos pagaban cuarenta pesos al día. Era poquito, pero estaba muy bien porque podía trabajar teniendo allí a mi niño el chiquito. Como ya no vivía con mis suegros ya no había quien me ayudara a cuidarlo y pues ¡hay que buscarle! En el comedor de la escuela me lo podía llevar y nomás me ocupaba en lo que los niños estaban en la escuela, era como matar dos pájaros de un tiro, porque de cualquier manera yo tenía que prepararles el desayuno a mis niños y llevárselos. Así se los preparaba en la escuela, me salía gratis, no descuidaba a mi crío, ¡y hasta me pagaban por eso!

Yo pienso que así es la vida, hay que esforzarse mucho para lograr tener algo, para progresar y darles a los hijos aunque sea un poquito más de lo que le toco a uno. Hasta la fecha tengo que andar buscando cómo hacerle, ¡y hago de todo!, porque de otra forma no sale uno adelante (Cala, junio de 2019).

Los cambios que describe Cala en su narrativa nos permiten observar una separación que no solo se da en torno al hogar multifamiliar, sino que la separación trasciende a la forma de administrar los recursos, a la forma de cuidar y a la forma de pensarse en relación con el otro que, en última instancia, trastoca el vínculo familiar; un vínculo que, desde nuestra visión, se debilita e impacta en la forma de cuidar y, por ende, precariza la vida.

La cooperación, la interdependencia y el conjunto de conocimientos y saberes que caracterizó a la generación anterior se modifican ante la nueva configuración de la unidad familiar que, de acuerdo a lo narrado por Cala, también comienza a incorporar conceptos propios de la lógica industrial. Si prestamos atención, Cala hace mención a la

independencia, la autonomía, la capacidad de tomar decisiones propias, de administrar el dinero, la privacidad y el progreso. Estos conceptos, de nuevo, nos remiten al traslado de principios propios de la industria para instalarlos en la vida cotidiana.

En este sentido, si trasladamos nuestra argumentación del monocultivo como una forma de industrialización de la vida a los cambios que presenta la unidad familiar de Cala, podríamos afirmar que el equivalente de la especie aislada propia del monocultivo es el individuo aislado, autónomo y autosuficiente a partir del dinero (Collin 2017: 115).

La individualización en el monocultivo parte de la premisa de que el maíz crece mejor solo. De forma similar, Cala considera que es necesario ser independiente y administrar sus propios recursos para lograr salir adelante. Así, reafirmamos nuestra propuesta de la industrialización de la vida, pues tanto el maíz que crece bajo la forma de producción de monocultivo como el individuo “autónomo” de la industrialización neoliberal se vuelven más dependientes del capital y del salario.

Este tránsito de la milpa al monocultivo demuestra también una pérdida de conocimientos del medio ambiente, del cuerpo y de la capacidad de habitar. Es como si todos los saberes comenzaran a moldearse para el mercado y, en consecuencia, se perdieran los saberes para el lugar que se habita. Ahí radica, justamente, la precariedad de la vida, en la pérdida de espacios e importancia que tiene el cuidado.

La Desvalorización del Cuidado

En el apartado anterior abordamos la introducción del monocultivo y el paulatino abandono del trabajo agrícola como un primer aspecto que impulsó la modificación de la pluriactividad. Además, apreciamos diversos cambios en la unidad económica, la cual

tiende a volverse más pequeña, a individualizarse, a cambiar saberes y conocimientos sobre la forma de habitar para colocar principios de la industria en su lógica cotidiana y a orientar sus actividades, su tiempo y sus decisiones en función del dinero que cada vez se vuelve más necesario para la satisfacción de necesidades materiales. En este apartado profundizamos en este último aspecto: en la centralidad y mayor dependencia que se genera hacia el trabajo que, consecuentemente, resta espacios al cuidado.

Para analizar esto, retomamos los cuatro grupos de necesidades humanas que propone (Boltvinik, 2007): de sobrevivencia, cognitivas, emocionales y de crecimiento/trascendencia; todas necesidades imprescindibles que encaminan nuestra existencia de la sobrevivencia, al buen vivir.

Como señalamos en el capítulo 2, si bien el trabajo constituye un medio que habilita muchas de las condiciones materiales que son necesarias para cuidar, no se debe perder de vista que la mayoría de las necesidades humanas requieren de una experiencia real de cuidados: un momento de encuentro en un espacio y en un tiempo determinado, donde a través de rituales nos construimos como personas (Ríos-Cazares y López-Moreno, 2018). ¿Qué lugar ocupa el cuidado en esta nueva configuración impulsada por la industrialización neoliberal?

Consideramos que hay una pérdida de relevancia y de valoración hacia el cuidado y los cuidados que se puede observar si contrastamos los cambios en la pluriactividad de las tres cohortes generacionales que forman parte de esta investigación, como se muestra en la tabla 11.

Abordando, primero, los cambios en la forma de trabajar, podemos percatarnos, por un lado, que hay una tendencia a la mercantilización de los cuidados. Muchas familias de la comunidad pasan a tener como actividad principal la venta de productos alimenticios diversos; asimismo, se incrementa el trabajo doméstico y de cuidados. Por otro lado, hay un mayor ingreso de las mujeres al trabajo industrial y la flexibilidad preindustrial que tenía la primera generación se reconfigura con nuevas estrategias como la venta por catálogo y el comercio para el caso de la segunda generación, así como trabajo freelance, trabajo profesional o por oficio de la tercera generación. Para cada generación las condiciones de trabajo tienden a precarizarse más, de tal modo que ni siquiera el acceso a un mayor nivel educativo garantiza el incremento en los ingresos en el caso de la tercera generación (ver aspectos relevantes en la tabla 11).

En cuanto al tema del cuidado y los cuidados en general, la tabla muestra que la primera generación tenía más recursos como la posesión de la tierra, los vínculos comunitarios y una red de cuidados sólida que permitía hacer frente a la precariedad de la vida, a pesar de que el trabajo fuera más duro e implicara un mayor desgaste del cuerpo. La segunda y tercera generación ya no cuentan con algunos de estos recursos; y aunque hay salario constante, este también es insuficiente y resta tiempo que era invertido en los cuidados. El cuidado comunitario y del lugar que se habita prácticamente desaparecen en la segunda y tercera generación. Estos y otros aspectos se pueden apreciar con mayor detalle en la siguiente tabla:

Tabla 11. Cambios en la pluriactividad por cohorte generacional

	Primera cohorte	Segunda cohorte	Tercera cohorte
Trabajo	<p>1.Comercialización de ganado, animales de granja y productos derivados como: leche y huevo.</p> <p>2.Elaboración y comercialización a pequeña escala de productos como queso, tortillas, gorditas y pulque.</p> <p>3. Trabajo agrícola asalariado en haciendas y/o rancherías.</p> <p>4. Trabajo doméstico y de cuidados.</p> <p>5. Comercialización de productos de la milpa (solo si había excedente).</p> <p>6. Trabajo de albañilería.</p> <p>7. Ingresos por remesas (migración de familiares).</p> <p>8. El trabajo industrial (hombres).</p>	<p>1.Elaboración y comercialización de productos alimenticios, tales como: tortillas, gorditas, dobladitas, comida corrida, carnitas y barbacoa.</p> <p>2. Trabajo industrial (hombres y mujeres).</p> <p>3. Trabajo doméstico y de cuidados.</p> <p>4.Venta de productos por catálogo.</p> <p>5.Monocultivo.</p>	<p>1.Trabajo doméstico y de cuidados residencial e industrial (se incluye servicio de limpieza, jardinería y vigilancia que, a pesar de realizarse en instalaciones empresariales, remiten a un trabajo de cuidados).</p> <p>2. Comercio.</p> <p>3.Trabajo industrial (hombres y mujeres).</p> <p>4.Trabajo profesional u oficios: estilista, profesora, taxista.</p> <p>5. Trabajo freelance.</p>
Cuidados	<p>1. Cuidado de los otros: familiares, vecinos, amigos, animales (de granja y domésticos) y plantas.</p> <p>2. Cuidado del lugar que se habita: del ecosistema, de la comunidad (faenas).</p> <p>3.Autocuidado: alimentación saludable, conocimiento del cuerpo y de remedios naturales, actividades</p>	<p>1. El cuidado de los otros se centra en familiares y algunos amigos (as). El trabajo remunerado se concibe como una forma de cuidado, pues permite el acceso a mejores oportunidades de educación y a bienes materiales.</p> <p>2. El cuidado de sí se debilita al volcar su tiempo y energía al trabajo para proporcionar mejores condiciones de</p>	<p>1.El cuidado de los otros se centra en la familia nuclear y tiende a mercantilizarse o transferirse a mujeres en mayores condiciones de vulnerabilidad.</p> <p>También se cuida de animales domésticos.</p> <p>Algunas participantes de esta generación comienzan a asumir el cuidado de sus padres por patologías como la diabetes.</p>

	de trascendencia, rituales de cuidado.	vida para las siguientes generaciones. Se pierde de vista el autocuidado, actualmente este tiende a transferirse por enfermedad.	2. Autocuidado: hay dos tendencias, a) la que cuida de sí para apearse a estándares estéticos, y b) quienes no tienen tiempo para el autocuidado y no lo consideran relevante.
Aspectos relevantes	<p>-Prevalecía una situación de carencia económica importante; sin embargo, contaban con un soporte mínimo de alimentación que las colocaba en un punto de partida más favorable.</p> <p>-Las familias eran extensas y habitaban hogares multifamiliares.</p> <p>-No hay una separación clara entre cuidados y trabajo, muchas actividades se dan en la combinación de ambos.</p> <p>-Hay un menor nivel de estudios, pero una riqueza de saberes sobre la naturaleza, la salud y la vida.</p>	<p>-Se cuenta con más recursos económicos, pero también con más deuda (sobre todo hipotecaria).</p> <p>-El cuidado del lugar que se habita prácticamente desaparece y el autocuidado se debilita ante la sobrecarga de trabajo y cuidados.</p> <p>-La familia extensa se fragmenta, el número de hijos se reduce.</p> <p>-Esta generación persigue la independencia económica y los bienes materiales.</p> <p>-Se incrementa el nivel de estudios, pero se resta importancia a los saberes tradicionales.</p> <p>-Al debilitarse el autocuidado se producen enfermedades que repercutirán en una mayor carga de cuidados para la siguiente generación.</p>	<p>-Prevalece el trabajo remunerado como una forma de cuidado de los otros (al proporcionar medios materiales para satisfacer algunas necesidades).</p> <p>-No se realizan actividades de cuidado para el lugar que se habita.</p> <p>-La mayoría de las participantes regresan al hogar familiar de origen porque no hay condiciones materiales que les permitan una mayor independencia.</p> <p>-Es la generación que menos cuida, pero que más paga la mercantilización de los cuidados: ej. Comprar comida.</p>

Fuente: Elaboración propia a partir del trabajo de campo.

En síntesis, la tabla anterior muestra la fragmentación de las unidades económicas que se sostenían a partir de la complementariedad y la pluriactividad, el incremento del nivel educativo, la reducción del tamaño de las familias, la pérdida de formas de cuidado comunitario y la ausencia de autocuidado que, aunque prevalece en todas las

generaciones, se agudiza en la segunda cohorte generacional. Pero para profundizar de manera ordenada, veamos las implicaciones de los cambios en la pluriactividad a la luz de los cuatro grupos de necesidades humanas.

El primer grupo de necesidades humanas que plantea Boltvinik (2007) es el de las necesidades de sobrevivencia, las cuales representan el mínimo para mantenerse con vida: la comida, el alojamiento y la seguridad. Dentro de estas necesidades hemos decidido centrar nuestro análisis en la alimentación. Si consideramos que la alimentación abarca desde la preparación de la comida hasta la comensalidad, la alimentación incluye, entonces, una serie de saberes, técnicas, experiencias de cuidado y rituales que van más allá de brindar al cuerpo los nutrientes mínimos que le permitan permanecer con vida.

El primer cambio que observamos en la segunda y la tercera generación respecto a la primera es que se pierden los conocimientos y la capacidad de cultivar, cuidar y generar, aunque sea de manera parcial, alimentos de autoconsumo.

En materia de alimentación, en la segunda cohorte generacional se ha identificado la carencia de tiempo para su preparación y consumo, lo que ha hecho que la comida pierda sus funciones relativas a la convivencia. La tercera cohorte generacional se relaciona con la carencia de tiempo para alimentarse y con el alto consumo de productos prefabricados (ver tabla 11). Esto se aprecia también en las siguientes narrativas:

Respecto a la comida, la verdad es que yo sé preparar muy pocas cosas, casi todo lo compro y soy muy práctica. Habitualmente desayuno algún sándwich

o un huevo; y de comer, si hay tiempo, voy a alguna comida corrida o me compro una torta (Violeta, febrero 2020).

(...) Es el colmo porque yo me dedico a la preparación de alimentos para la industria y muchas veces ni tiempo tenía para comer ni para dejarles comida a mis hijos. La verdad, muchas veces sí recurría a que pidieran una pizza o se compraran garnachitas de las que venden en el pueblo (...).

Sentarnos a comer juntos eso sí que era un verdadero logro. Yo creo que solamente pasaba cuando era algún cumpleaños o fecha especial, Navidad, por ejemplo. Es que, desafortunadamente, el tiempo es dinero, y si no tenía tiempo de dejarles comida, mucho menos tenía tiempo de sentarme a comer con ellos, pero eso sí, en la casa siempre había de todo: yogurt, galletas, jugos, refrescos, papitas, dulces, lo que a mis hijos se les antojara. Hambre no pasaron, para eso yo trabajaba tanto (Mirta, diciembre de 2019).

La narrativa de Mirta es muy relevante no solo porque nos permite observar cambios en los estilos de vida de una generación a otra, sino porque, principalmente, nos muestra cómo se precariza la vida cuando el cuidado tiende a mercantilizarse y transformarse en trabajo. El conjunto de saberes, conocimientos y prácticas que Mirta tiene sobre la alimentación es puesto a disposición del mercado. Ella misma señala que es “el colmo” no tener tiempo para comer y preparar comida para sus hijos.

La comida sana, preparada en casa, que caracterizó a la primera generación, no solo proporcionaba nutrientes al cuerpo, sino que constituía una experiencia de cuidado, un espacio de convivencia, comunicación, encuentro intergeneracional y transmisión de

saberes. Todos estos elementos son despojados a partir de la nueva configuración industrial. En su lugar queda el abasto suficiente de productos procesados, como si el único fin de la alimentación fuera la ingesta. En el siguiente capítulo ahondaremos más en cómo esto impacta en la salud de las personas.

Pero ahora continuemos abordando el segundo grupo de necesidades humanas de acuerdo con lo planteado por Boltvinik (2007): las necesidades cognitivas. Boltvinik (2007) usa el concepto de necesidades cognitivas y no de educación, pues la educación suele confundirse con el sistema escolar, mientras que lo cognitivo (el conocimiento) es mucho más que el grado académico concedido por una institución, pues implica el aprendizaje de la lengua, los modales, los hábitos, las creencias, las normas, los valores y también la educación; todas cualidades indispensables para vivir en sociedad.

Lo que observamos en el trabajo de campo es que la satisfacción de estas necesidades se ha confundido con la adquisición de habilidades y el desarrollo de capacidades para la empleabilidad que se adquieren únicamente en la escuela. Esto restó espacio a “*la idea de saberes*” que alude al conjunto de conocimientos que tiene la gente por tradición, basados en la observación y la experimentación (Collin, 2014:49). Así lo podemos percibir en la siguiente narrativa:

A los hijos dejamos de enseñarles cómo se siembra, cómo hacer una barbacoa para compartir o un tejaban para la fiesta de la comunidad, todo con tal de que no se distrajeran de la escuela. Los tiempos ya habían cambiado y allí estaba su futuro. En la tele y en todos lados decían que la escuela era la única forma de salir adelante.

Eso fue más claro conforme empezaron a llegar nuevas familias a Santa Cruz. Muchos de los que venían de México empezaron a hacer casotas, era gente que mínimo tenía la prepa y por eso se la trajeron para trabajar en las fábricas.

Los niños de la gente que llegó eran más avisados para la escuela. Era como una competencia; yo, en lo personal, le dije a mi esposo “no quiero que mis hijos se queden, quiero que tengan las mismas oportunidades”, y por eso le echamos tantas ganas, para que ellos se educaran para tener buenos trabajos.

Yo no quería que los muchachos se quedaran atrasados (Cala, agosto de 2019).

La colocación del conocimiento académico en la cúspide y el relevo de los saberes sobre el cuidado de la tierra y la construcción de la comunidad como algo opcional o secundario, podría encontrar su génesis en el aspiracionismo de la educación. El hecho de estudiar, y que eso, consecuentemente, permitiera el ingreso a la industria, pudo llegar a satisfacer una necesidad de pertenencia. Esto lo expresa Cala en su narrativa, el no tener educación comenzó a apreciarse como una limitación, como un atraso; por esa razón se apremió a la formación instruccional sobre de los saberes tradicionales. Podemos ver también cómo los padres avalan y reproducen el argumento del conocimiento por la empleabilidad, relevando los saberes que permitían el cuidado de los otros y del lugar que se habita; es decir, desde la satisfacción de necesidades cognitivas el trabajo desplaza al cuidado.

Cuando se sustituye el conocimiento como fin, por el empleo como logro, se está colocando como finalidad primordial la obtención de dinero y negando la existencia del conocimiento como necesidad humana. Esto tiene repercusiones en la capacidad de

dominio y se relaciona con el ejercicio del poder, ¿quién se beneficia con la educación de gente apta para la industria? Sin duda alguna consideramos que el capital. El incremento del nivel educativo en la segunda y tercera generación con respecto a la educación escolarizada de la primera cohorte generacional fue un aspecto favorable para la comunidad, pero sobre todo para el reforzamiento en la infraestructura social²⁷ (Garrido, 2007:42). Esto es, la educación propició el cambio en ciertas condiciones sociales que favorecen el desarrollo de capacidades que requiere la propia industria.

Al respecto, Collín y Cano (2016) mencionan que a través de la educación y la capacitación se moldea a las personas para el nuevo modelo económico. Por esta razón se contempló a la educación como algo aspiracional, como un medio de acceso al dinero. Estos aspectos los expresa a continuación Margarita:

Yo considero que la gente de antes no aspiraba a mucho. Con que hubiera para comer estaban contentos y conformes. No ambicionaban tener lujos o dinero, pero yo era diferente. ¿A mí de dónde me salieron esas ideas? No sé... pero yo quería estudiar para licenciada desde que era chiquita. Veía en la tele una novela con una abogada ¡y cómo me encantaba!

Tenía en mente que esa carrera era la que daba más dinero, y pues la verdad eso era lo que más me importaba en ese momento, yo creo que sería por tantas carencias que pasa uno. Aunque mis papás se esforzaban mucho, no había dinero, de hecho para estudiar tuve que ponerme a trabajar.

²⁷ Para Garrido (2007), la infraestructura social incluye la educación, los aspectos culturales, las relaciones sociales, entre otros aspectos que también son valorados cuando se toman decisiones para localizar actividades que generen y/o atraigan mano de obra calificada.

Abogada no pude ser porque no había la carrera aquí en San Juan y pues en ese momento no había otra cosa más que el CONALEP²⁸, así que me metí a estudiar comercio. El chiste era tener más conocimientos para trabajar y ganar mejor, convertirme en alguien, prosperar, ser independiente, tener dinero para no pasar necesidades (Margarita, comunicación personal, febrero de 2020).

Lo que hasta ahora hemos revisado tiene de trasfondo el desarrollo de capacidades que la industria demanda como vía de acceso a recursos materiales que permitía impulsar otras esferas sociales. El eje articulador de tal pensamiento estaba centrado en la economía y partía del supuesto de que la mejora económica traería como corolario la mejora social (Solís 2016). En este sentido, el Estado enfatizó en los beneficios de la modernización para la entidad, vía la industrialización, que se reflejarían en la creación de empleos, la generación de riqueza, el fortalecimiento del mercado, la disminución de la migración, las mejoras urbanas, la ampliación de la educación y las mejoras en la salud pública (ídem).

Por tanto, lo deseable para alcanzar la anhelada modernidad, y con ella la mejora social, era apostar a la adquisición de las capacidades tal y como lo expresa Margarita, pues esto permitiría el ingreso a la industria para satisfacer las necesidades materiales que, paulatinamente, se acrecentaron con la industrialización neoliberal.

El tercer grupo de necesidades humanas corresponde a las necesidades emocionales y de estima (Boltvinik, 2007). Para definir las retomamos a Collin (2014). Esta autora sostiene que “el afecto, la amistad, el amor tanto de la familia, como de los

²⁸ Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica

amigos, y la reputación, nutren, satisfacen las necesidades emocionales y de estima; y ninguna de ellas se adquiere en el mercado o con dinero. Cuestan tiempo, dedicación y reciprocidad” (Pág. 56). Boltvinik (2020) señala, además, que para este grupo de necesidades los satisfactores centrales son las relaciones primarias y las relaciones secundarias.

Por lo tanto, para lograr cubrir ese tipo de necesidades hay que tener espacios de convivencia, de escucha, momentos que dan sentido y que construyen experiencias de cuidado. Algunos ejemplos podrían ser: la hora de la comida, las fiestas, el acompañamiento en festivales escolares o en dificultades y todos aquellos rituales que impliquen la presencia del otro o de los otros, dando valor, estima, escucha, dedicación. Probablemente por el ritmo de vida, la competencia y el individualismo impuesto por la lógica capitalista, estas necesidades son de las que más se han desestimado. En diversas narrativas se muestra el reemplazo de momentos de afecto por objetos materiales, por la búsqueda de una mejor vida para la generación siguiente. Así podemos apreciarlo a continuación:

Mi hijo, el más grande, es el que luego sí nos reclama, de todo se queja. Dice que él sentía feo cuando nadie iba a los festivales de la escuela, pero ¿cómo le hacíamos? ¿O pagábamos la casa, la ropa, la escuela o estábamos con él? (Hortensia, agosto de 2019).

Pues hubo un momento donde mis hijos sí crecieron solos, pero todo fue con tal de sacarlos adelante, con tal de que no les faltara nada, pero quizá allí estuvo el error. Mi hija se embarazó a los 15, mi hijo ya no quiso terminar la prepa y, aunque lo tuvieron todo, siempre me reclaman mi ausencia (...). Yo sí

me arrepiento de haberlos dejado por tener que irme a trabajar (Mirta, diciembre de 2019).

Hay que hacer muchos sacrificios y trabajar mucho si es que uno quiere progresar. Nosotros, por ejemplo, sacrificamos muchos momentos de felicidad que pasábamos en las reuniones familiares o en la fiesta del rancho. Sacrificamos los fines de semana, las vacaciones en familia, a veces hasta Navidad o fin de año, porque los clientes justo buscan salir a comer afuera los fines de semana y los días festivos. Y sí ganamos mucho dinero, no te puedo decir que no, pero todo ese dinero no alcanzó cuando yo me enfermé (Margarita, comunicación personal, febrero de 2020).

El primer día que nos dimos cuenta de que llegó borracho a la casa, mi esposo sí lo reprendió a golpes y que nos sale con la gracia de que todo era nuestra culpa, ¿tú crees? Dice que por dejarlo solo, dice que porque nosotros no le hacíamos caso, que a nosotros no nos importa. Para mí eso es muy injusto, si su papá y yo nos la partimos trabajando fue precisamente para que él y sus hermanos tuvieran una mejor vida, no para que nos saliera con esos chistes (Flor, comunicación personal, noviembre de 2019).

Estas narrativas encuentran como punto en común la disminución del contacto humano. Hay una expresión de soledad por parte de la tercera generación que recibía cuidados, pero también de sobrecarga de trabajo, sacrificio e injusticia por parte de la segunda generación que los brindaba. Esto ocurre porque el capitalismo se flexibiliza permitiendo el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo, pero el patriarcado se mantuvo como sistema que estructura los roles y pautas culturales que no dan cabida a

una redistribución del cuidado. El cuidado que siguió a cargo de las mujeres se brindó sin condiciones adecuadas y en precariedad, e, incluso, en muchos casos lo que se da es una ausencia de cuidados.

Lo anterior derivó en algunas consecuencias de no cuidar, por ejemplo, el alcoholismo, la deserción escolar, el embarazo juvenil, el sacrificio de momentos de felicidad.

Cuando consideramos las necesidades emocionales con la misma relevancia que tienen el comer o el tener un lugar donde vivir, podemos apreciar la complejidad del cuidado: ser conscientes de que el cuidado va más allá de la preparación de comida, cambiar pañales o atender a una persona enferma. El cuidado contribuye a construirnos como personas, a fortalecer relaciones sociales. El cuidado es organización social y, de hecho, podemos afirmar que el cuidado hace comunidad porque los principios morales que estructuran los cuidados se extienden más allá de los lazos familiares y abarcan el conjunto de la sociedad.

Por eso, cuando el pensamiento moderno inculca la mística del trabajo, la valoración del esfuerzo personal, la parametrización del tiempo en función del dinero y la competencia, es decir, el individualismo, fragiliza las relaciones sociales y las lógicas comunitarias; pone en riesgo no solo la satisfacción de necesidades emocionales de forma individual, sino también la construcción de redes de apoyo comunitario y de vínculos sociales que influyen en la salud cuando la pensamos como un proceso y de manera colectiva.

Este debilitamiento es muy relevante. Collin (2014) señala dos argumentos. El primero, que las relaciones sociales intensas proporcionan espacio para hablar, descargarse, compartir problemas y liberar tensiones; para compartir afectos, emociones y sensaciones; para compartir ideas y opiniones; es decir, desestresan, aportan afecto y salud emocional, y todo esto se puede obtener a partir de experiencias de cuidado. El segundo argumento, que muestra la relevancia de las necesidades emocionales, lo atribuye a Durkheim (como se cita en Collin, 2014) quien comprobó que a mayor cantidad de lazos familiares, relaciones y dependencias, menor era la tasa de suicidios.

Por estas razones es que no debemos desestimar la satisfacción de necesidades emocionales y de estima, las cuales van muy de la mano de nuestro cuarto grupo de necesidades humanas: las necesidades de crecimiento o trascendencia.

De acuerdo con Boltvinik (2020), las necesidades de crecimiento incluyen parte de las necesidades de estima a las que Maslow llama las bases de la autoestima (formada por los logros de la persona), así como la necesidad de autorrealización. La satisfacción de estas se deriva, sobre todo, de las capacidades y actividades del sujeto, como algo que ocurre todo el tiempo en la historia de vida.

Encontramos algunos ejemplos de nos permiten ubicar y explicar la satisfacción de este tipo de necesidades en la primera cohorte generacional. Se expresan a continuación:

“Si hay algo que a mí me hace trascender es que yo crie bien a mis hijos, ahora son hombres y mujeres de bien” (Rocío, agosto de 2019).

“La gente del rancho siempre reconoció que nuestra milpa fue la más bonita, la mejor cuidada” (Azalea, Junio de 2019).

“Estoy segura de que mi mole es el más delicioso de todo San Juan del Río. Aquí en la casa han venido a comer presidentes municipales, diputados, hasta un gobernador, y cuando es la fiesta del rancho mi mole es el primero que se acaba” (Aurora, agosto de 2019).

“Entre toda la comunidad construimos la escuela que ahora funciona como centro de salud. Nosotros donamos e hicimos el campo de futbol, nosotros hicimos la iglesia, y todas esas cosas ahí se quedan. Aunque nosotros un día faltemos, eso permanece siempre” (Jazmín, septiembre de 2019).

Dejar en el mundo una obra que trascienda el periodo de la vida de una persona parece el punto de encuentro de las narrativas que acabamos de revisar. Cocinar, trabajar en el campo, cuidar y construir no solo son actividades manuales y pesadas, sino que constituyen una obra en la que las personas depositan una parte de sí y eso les produce orgullo, placer y trascendencia por lo que significa el producto final, pero también durante el proceso de elaboración/crecimiento. No es lo mismo el mole preparado en casa que el mole procesado listo para calentar en el horno de microondas. De la misma forma, no es lo mismo hijos bien educados en los mejores colegios que hijos formados desde la atención y el afecto.

Ahora, no se deben mal interpretar estas afirmaciones. No es que una generación fuera mejor que otra o que en la primera cohorte generacional no existiera la presencia de violencia y maltrato en el cuidado de niños y niñas; de hecho, prevalecía como una

forma de disciplinamiento. En lo que queremos insistir con estas afirmaciones es que cada generación disponía de condiciones, soportes y conocimientos que les permitían elegir sobre la satisfacción de necesidades, de forma diversa. Por ejemplo, cuando preguntamos a la primera generación si les hubiera gustado que sus hijos se educaran en mejores colegios, todas las participantes señalaron que sí, que lo deseable hubiera sido que sus hijas e hijos hubieran tenido acceso a la educación.

El saber que la iglesia, los hijos, el mole o el reconocimiento permanecerá, constituye un alimento para el espíritu que genera satisfacción. Sin embargo, con la modernidad esa identidad entre las personas y las obras está siendo mutilada, provocando la falta de sentido que impera en este momento.

Collin (2014) sostiene que la pérdida de sentido que da trascendencia se debe principalmente a dos razones. La primera la atribuye al trabajo industrial que separa al producto del productor. Esto lo apreciamos con facilidad en nuestro contexto, en donde predomina la industria de maquila. En la fabricación, por ejemplo, de elementos que integran un vehículo, como la pintura automotriz o los estéreos, la industrialización en nuestro contexto, por su naturaleza periférica, no solo hace que se separe el productor del producto, sino que se divida el proceso en múltiples partes o fabricaciones, que ya ni siquiera se concibe el producto terminado: el vehículo.

La dominación y la condición de colonialidad que mostrábamos en el capítulo 1 hace que, aunque se fabriquen elementos que integran el carro, estos se hagan sin el sentido creativo; es decir, nosotros no desarrollamos o innovamos, las personas no invierten parte de sí, sino que solo integran piezas conforme a un proceso ya diseñado

por alguien más. Este trabajo, en condiciones de subalternidad, hace que se pierda la identificación con la obra.

La segunda razón que propicia la pérdida de sentido que da trascendencia es la devaluación del trabajo manual, artesanal o artístico; es como si las faenas comunitarias, el cocinar, el cuidar y el cultivar se consideraran pérdidas de tiempo, pero el sentido que brinda el trabajo manual está en que la persona involucra una parte de su subjetividad, deposita una parte de sí (Collin, 2014:63). El orgullo y la satisfacción que provoca para Aurora preparar el mole más rico se proyecta en el proceso y en el producto final, a la vez que satisface las necesidades de crecimiento y trascendencia de la persona.

En contraparte, la satisfacción y orgullo que manifiestan la segunda y tercera generación podríamos ubicarlos, por un lado, en lograr que los hijos tengan una movilidad social, acceso a mejores condiciones de vida, de educación y de trabajo; y, por otro lado, en el consumismo, donde la compra de un objeto o el consumo de cierta experiencia produce un placer y una satisfacción momentánea y efímera que requiere la repetición del acto, y, con ello, se da inicio a un círculo vicioso que genera mayor dependencia a la remuneración y el trabajo.

Con esta afirmación es fundamental la definición del capitalismo como institución que organiza e impone el trabajo. En esta línea, Cleaver (2000) define el capital como “un sistema social basado en la imposición del trabajo a través de la forma mercancía” (Pág. 82). Weeks (2020) complementa esta definición señalando que “es un sistema construido sobre la subordinación de la vida al trabajo” (Pág. 147).

Desde nuestra comprensión y a partir de la reflexión de nuestra categoría de la industrialización de la vida, el capitalismo es un sistema que pone en conflicto la vida porque tiende a mercantilizar todo tipo práctica, objeto y relación social y ecosistémica para propiciar una mayor dependencia a los ingresos que solo pueden generarse por medio del trabajo. Podemos ver estos aspectos en la siguiente narrativa:

Nosotros llegamos a San Juan con ganas de que nos cambiara la vida. Dejamos todo atrás, familia y amigos... todo con tal de buscar un mejor futuro. Recuerdo que la primera vez que vine a San Juan vi el letrero de la entrada de la carretera que dice: “Tierra de palomas, progreso y libertad”, y eso es lo que anhelaba para mi familia.

Pero alcanzar un poquito de progreso ha implicado mucho, muchísimo trabajo. En un principio con mi ex-esposo, los dos le echábamos ganas para hacernos de una casa, un coche y, sobre todo, siempre pensando en que no les faltara nada a nuestros hijos, que fueran a la mejor escuela, que tuvieran todos los juguetes, que si algo se les antojaba se los pudiéramos comprar, es decir, que no carecieran de nada, de esas cosas que nosotros no tuvimos.

Trabajamos tanto pensando, precisamente, en esto que te digo, que muchas veces ni los veíamos, los dejábamos solitos porque aquí ni familia ni nadie que pudiera echarles un ojito. Por eso preferimos pagar una escuela particular donde se quedaran a hacer otras actividades como el inglés, y donde el transporte los pudiera llevar a la casa. Luego era el colmo, yo teniendo comedor industrial y les decía que pidieran una pizza porque ya no me había dado tiempo de prepararles nada.

Ya cuando Jonathan y yo nos separamos la cosa se puso más difícil. Tuve que trabajar más para pagar deudas, ¡me tuve que empoderar! Luego mi hija se embarazó y pues hay que apoyarla ¿qué otra nos queda? (Mirta, Diciembre de 2019).

La narrativa expuesta muestra cómo la actividad de trabajar era la premisa más importante para la segunda generación, una generación que, al parecer, encontraba la trascendencia en la promesa de la modernidad. “No es la policía ni la amenaza lo que nos fuerza a trabajar, sino más bien un sistema social que asegura que el trabajo sea la única vía por la que la mayoría podemos cubrir nuestras necesidades básicas” (Weeks, 2020:24).

Cuando buscamos la satisfacción de necesidades únicamente a través del trabajo nos limitamos a los aspectos materiales y básicos para nuestra existencia, y dejamos de lado las otras necesidades cognitivas, emocionales y de trascendencia que precisamente permiten el florecimiento humano (Boltvinik,2020), el buen vivir y la vida digna.

Nosotros sostenemos que la satisfacción de necesidades humanas que permiten trayectorias de vida digna trasciende lo material. En gran parte, no dependen del dinero, sino del tiempo, las personas y, sobre todo, del cuidado que damos y recibimos. Esto da pauta a abrir la reflexión para repensar cuáles son realmente nuestras necesidades y a plantear un nuevo cuestionamiento sobre el lugar y el valor que está ocupando el cuidado y los cuidados.

Lo que hemos desarrollado en este apartado nos permite concluir que el trabajo ha ganado importantes espacios al cuidado. La desvalorización de los cuidados no solo

sobrecarga a las mujeres, quienes aun desplegándose en múltiples actividades remuneradas deben asumir la responsabilidad de cuidar, sino que esta desvalorización fragiliza también las condiciones en las que se está brindando el cuidado.

La imposibilidad de cuidar la vida y la fragilización de las condiciones para poder hacerlo configuran lo que en el siguiente apartado desarrollamos como la precariedad de la vida, una precariedad que en el corto y largo plazo tiene consecuencias en la sostenibilidad de la vida y en el proceso de salud-enfermedad de las personas.

Capítulo 4. La Precarización de la Vida y su Impacto en la Salud

En este capítulo respondemos a nuestra tercera pregunta de investigación: ¿cómo influye la precarización de la vida en la determinación social de la salud? Para ello, primero enmarcamos algunas precisiones conceptuales. Posteriormente, profundizamos en el concepto precarización de la vida y, finalmente, mostramos algunos de los malestares y padecimientos que relatan las mujeres de la comunidad.

La salud, el cuerpo y la precarización de la vida

La referencia a la salud colectiva se inscribe en una corriente de pensamiento crítico latinoamericano que comienza a mirar la “realidad” desde una perspectiva decolonial. La salud, desde este punto de vista, no es un fenómeno individual, y debe entenderse como un proceso dinámico y social en un devenir histórico, complejo y multicausal, resultado de la conjugación de fenómenos económicos, políticos, sociales y culturales, donde las desigualdades sociales y las estructuras de poder afectan la salud de las personas y los colectivos.

Esto quiere decir que las formas en que las personas se insertan en la organización socioeconómica generan modos y condiciones de vida que, lejos de desencadenar bienestar, nos enferman. Por esta razón, cuando muchas de las lógicas con las que funciona la industria traspasan el ámbito fabril y permean en la vida cotidiana, estamos enunciando que esto termina siendo asimilado en el cuerpo: se encarna.

El cuerpo, retomando a Cabnal (2010), es un territorio, un espacio que se habita como territorio vivo e histórico sobre el que se construyen y manifiestan múltiples opresiones; los efectos históricos y estructurales del patriarcado, el racismo, el

colonialismo y el capitalismo neoliberal (Pág.12). El cuerpo es considerado como una experiencia de vida encarnada y potente.

Para establecer un puente entre el acontecimiento histórico de la industrialización neoliberal y sus efectos en la salud de las mujeres, proponemos el concepto de industrialización encarnada. Desde esta propuesta concebimos al cuerpo como una potencia explicativa de lo social en la que se encarnan los conocimientos, las experiencias y también las consecuencias del conflicto que surge entre el capital y la vida, y el predominio de un modelo capitalista insostenible.

La precariedad es una categoría que es útil al cuestionar el conjunto del sistema o régimen del capital, y al poner de manifiesto la subordinación de las necesidades humanas a los fines del capital. Culturalmente, la palabra precariedad se utiliza como adjetivo para designar todo aquel o aquello que no posee los recursos suficientes para hacer frente a la incertidumbre, que es pobre en medios o bien inestable, inseguro o de poca duración (Real Academia Española, 2020).

Desde este significado, la palabra precariedad denota el estado de un ser humano que vive en medio de la incertidumbre. La inseguridad para acceder a todo aquello necesario para vivir está determinada, entre otros elementos, por distintos y entrecruzados ejes de categorización social como nuestra posición periférica, la raza, la clase social, el género, la edad, la diversidad funcional, la disidencia sexual y de género (Rio y Pérez, 2004; Pérez-Orozco, 2014).

A lo largo del capítulo 2 y 3 hemos enunciado algunas de las características de la precariedad de la vida, pero en este capítulo subrayamos la necesidad de redefinir los contenidos de la categoría desde el contexto de nuestra investigación.

Caracterizando la precarización de la vida

Algunos autores refieren que la primera investigación sociológica que aborda la precariedad tiene sus raíces en la sociología francesa y en el campo de los estudios sobre la familia y la pobreza (Pitrou, 1978). La evolución del término como categoría sociológica y política se vinculó al estatus del empleo (Schnapper y Villac, 1989). El significado de la precariedad se amplió a finales de los años noventa con los trabajos de Robert Castel, quien concibe la precariedad en torno a la desestabilización generalizada de la sociedad; para él, la precariedad representa "la erosión de la condición salarial" (Castel, 1997, p. 385) y "alimenta la vulnerabilidad social y, en última instancia, produce desempleo y desafiliación" (Ibid., p. 401).

Luc Boltanski y Eve Chiapello (1999) asemejan la precariedad a "una dualización del sistema salarial y a una fragmentación del mercado laboral" (p. 308). Por su parte, Bordieu (1998) aborda la precariedad como un "modo de dominación" basado "en la institución de un estado de inseguridad generalizado y permanente, destinado a obligar a los trabajadores a someterse, a aceptar la explotación" (1998, p. 99).

En este mismo contexto occidental, Guy Standing (2011) afirma que hay una nueva clase social llamada *precariado*²⁹, concepto que surge como producto de la

²⁹ Este concepto surge de la combinación entre precario y asalariado (Standing, 2011).

expansión de mercantilización de la sociedad, mientras que en el contexto latinoamericano el concepto de precariedad ha seguido la misma evolución al relacionarse con el trabajo y el empleo. Por ejemplo, Rojas y Salas (2011) señalan que “en 1987 Galin y Novik dan inicio, en Argentina, a lo que resultó ser la primera discusión en América Latina relativa al trabajo precario” (Pág.14). Minor Mora (2006) analizó en Costa Rica la evolución del trabajo precario en el contexto de las reformas estructurales a través del cálculo de un índice de precarización laboral. Asimismo, Castillo (2001) analizó, en el contexto panameño, la dinámica del deterioro del trabajo señalando que la precarización del trabajo urbano afecta más a los hombres que a las mujeres.

En México destacan los trabajos de García y De Oliveira (2001), así como el de Pacheco (2014), que plantean que la precariedad laboral en México se manifiesta de manera heterogénea. Por su parte, el trabajo de Reygadas (2011) da cuenta del proceso de precarización que trae la nueva ola globalizadora a través de la flexibilización de las actividades productivas, y el trabajo de Lindón (2003) aborda, desde la experiencia de los sujetos, la precariedad laboral que se extiende a la vida cotidiana de las personas.

De manera más puntual, desde los estudios sobre el trabajo se ha analizado el trabajo precario en la juventud queretana (Carrillo y Carrillo, 2017), la relación entre precariedad y trabajo en la vida cotidiana (Uribe, 2018) y el vínculo que prevalece entre precariedad, salud y riesgos psicosociales (Uribe, Carrillo y Salinas, 2017). Esta forma de abordaje en relación con la salud es relevante, pues resalta que los RPST son un factor determinante del proceso salud-enfermedad, cuyo génesis se encuentra anclado en la precariedad del trabajo.

No obstante, ¿por qué se vuelve relevante hablar de la precarización de la vida para la comprensión de la salud colectiva? Si volvemos al marco analítico de esta tesis, donde señalamos que los riesgos psicosociales en el trabajo constituyen una forma estática y fragmentada de comprender los problemas de salud de un individuo y que estos encuentran su explicación en la organización del trabajo, podemos aseverar que desde los estudios sobre el trabajo prevalece una mirada que privilegia la vinculación entre RPST y precariedad laboral, pero que nosotros, con esta tesis, identificamos que la relación entre la industrialización y la precariedad de la vida resulta ser útil para explicar cómo se construye el proceso salud-enfermedad colectivamente.

Como hemos demostrado a lo largo de los tres capítulos anteriores, lo que ha suscitado la industrialización periférica es una precarización generalizada de la vida. Esto ocurre porque la sociedad se ha construido desde los modos de vida que impone el mercado, la producción, el consumo y la representación de una sociedad individualista. Insistimos que el productivismo y consumismo que se ha impulsado desde lo que denominamos industrialización de la vida³⁰, nos ha llevado al deterioro ecológico, a ciertos modos de enfermar y al deterioro generalizado de la vida.

Lo anterior nos da pauta para definir a la precariedad de la vida como la eliminación paulatina de las actividades de cuidado y de los espacios de cuidado ante la lógica del capital que genera condiciones de mayor dependencia e inestabilidad en las personas. El proceso de precarización se expresa en la incapacidad de habitar por el

³⁰ Recordemos que hemos definido la industrialización de la vida como el traslado de los principios con los que se rige la producción industrial a todos los ámbitos de la vida, a una mayor dependencia al capital y a la tendencia de mercantilización de actividades de cuidado.

despojo de conocimientos, de saber estar, de hacer y, sobre todo, de saber ser con el mundo.

La definición que hemos articulado se fundamenta en la perspectiva de la sostenibilidad de la vida desde una epistemología decolonial y feminista que apremia a la voz y a la experiencia de las mujeres. Desde este referente, al hablar de precariedad cobran centralidad los procesos reproductivos, sin desconocer las otras lógicas en la que se despliega la vida porque, si solamente vinculamos la precariedad con el trabajo, el horizonte de análisis sería estrecho y mostraría solamente un fragmento de la realidad: aquella que involucra lo que está dentro del mercado.

Tomando distancia de las formulaciones teóricas que dan cuenta de una realidad que diverge de la nuestra, la narrativa de Jazmín enmarca la forma en la que construimos un conocimiento situado. Desde la voz y experiencia de las mujeres, la siguiente narrativa permite reflexionar sobre lo que líneas arriba hemos definido como precarización de la vida:

Yo siento mucha tristeza por estas nuevas generaciones que han perdido de vista lo que es realmente importante: la tranquilidad de estar a gusto en casa, ¡vivir tranquilamente, para que usted me entienda! Pero ahora, ¿cuál tranquilidad? Todos están apurados por trabajar, por tener carros, ropas o los teléfonos esos que no pueden soltar... ya nadie se preocupa por visitar, por ayudar o por sentarse a platicar mirando a los ojos. Nadie se preocupa por comer con la mamá, por saber de dónde vino esa comida, cuánto esfuerzo tomó prepararla; es más, muy poquitos se preocupan por ser una buena persona y esas cosas son las que a uno le pueden dar tranquilidad.

Si no se preocupan por eso, mucho menos por aprender de la tierra que es de donde salen todos los alimentos que nos permiten estar con vida, porque hasta el buey tuvo que comer del campo para crecer y convertirse en esta jugosa carne asada.

Estas generaciones ya no saben estimar la hora viendo la posición del sol, no saben qué son las cabañuelas y no quieren aprender a deshierbar o siquiera a echar una semilla en el surco para que salga la mazorca. ¡No tienen tiempo! Al menos no para eso.

“Se hace lo que se puede”, diría uno de mis nietos. Ese que siempre anda de quejumbroso que porque no tiene dinero. ¡Nomás lo viera! Viene a cada rato que porque no ajusta para el gasto, que porque ya se le enfermó la cría, que ya lo corrieron, que ya no trae gasolina.

“Llévate la bici de tu abuelo”, le dije el otro día. Pero me dijo que no, que mejor ya debiera vender las tierras para ayudar a la familia, que la situación está complicada, que estamos en crisis y que el dinero ya no alcanza. A mí me dio mucha risa y ya ni le dije nada...

¡La situación ha estado complicada siempre, oiga! Y no va a cambiar por vender las tierras. Sería igual de tonta que ellos para dejarlos desprotegidos. A ver, tanto trabajan en la fábrica y aun así no les alcanza. Tanto trabajan y dígame, ¿cuándo va a ser la fábrica de ellos? ¡Nunca! Al menos la tierra es nuestra y nunca nos faltó para comer, pero ellos ya no la trabajan porque no entienden esto que le digo. Dicen que es mucho esfuerzo, mucho trabajo para

casi nada de dinero, ¡no entienden esto que le digo! ¡El campo no da dinero, da comida!

Por eso yo sufro nomás de pensar en el día que yo falte. Ya los veo empeñando su futuro por un coche nuevo, así como les pasó a muchas familias del ejido. Ya los veo peleándose entre ellos, despilfarrando lo que toda nuestra vida cuidamos para ellos, pero no lo entienden, no saben cuidar nada, menos saben valorar nada.

Pero mire, esa tierra que tanto me insisten que venda es la que bien o mal nos ha dado de comer durante varias generaciones. De esa tierra sale la comida que llevan a sus bocas en las fiestas de cumpleaños, en la fiesta del 3 de mayo. Esa tierra podría ser su tranquilidad, pero ¿qué van a valorar eso, si ya ni tiempo tienen de ser mayordomos en la fiesta, de comer como la gente o de visitar a uno? (Jazmín, 3 de mayo de 2019).

De esta narrativa interesa poner atención en tres aspectos. El primero es el abandono de ciertos rituales de cuidado como son la comida en familia, estar en casa, el ayudar o el platicar en familia. Esos momentos de encuentro (que en el capítulo 3 también enunciamos dentro de las necesidades emocionales), en donde construían experiencias significativas de cuidado y que daban sentido a lo que Jazmín reconoce como “vivir tranquilamente”, son desplazados por “la preocupación” por poseer recursos y cosas materiales en un contexto de la creación del mercado de trabajo. Desde este referente podemos pensar en la precariedad como la eliminación paulatina de las actividades de cuidado y de los espacios y rituales de cuidado en favor de la lógica capitalista.

El segundo aspecto que resaltamos es el despojo de conocimientos: Jazmín refiere al poco interés por aprender de la tierra, por conocer la fuente de donde provienen los alimentos o de estimar la hora viendo la posición del sol; lo que nos lleva a pensar cómo la pérdida y despojo de soportes materiales (tierra) ha trascendido a los saberes, al tiempo y a la vinculación y conexión con la naturaleza.

El tercer aspecto lo ubicamos en la insistencia por vender la tierra y en las dificultades económicas que presenta el nieto de Jazmín. La reflexión que ella hace respecto a que “ya no saben valorar nada” ni apreciar el cuidado que ellos (su generación) han tenido con la tierra que les brindaba un margen de independencia al poder cultivar parte del abasto de alimentos, remite -por un lado- a una mayor dependencia hacia el capital y, por otro lado, a la instalación de una lógica del consumo.

Ambos elementos propician la carencia de tiempo y una mayor imposibilidad de cuidar. Este último aspecto resulta central, pues no solo vemos la precariedad en los cuidados, sino también de manera muy importante en las condiciones en las que se están brindando los mismos.

Lo que hemos desarrollado hasta ahora permite plantear que cuidar menos, en condiciones de vulnerabilidad, pone en riesgo la vida misma y que ello se traslada al propio cuerpo. Construir y pensar la salud desde estos tres referentes hace que veamos más allá de la homeostasis del individuo, para dar cuenta de una homeostasis dinámica, ecosistémica y social.

La ausencia de cuidados y la crisis de sociabilidad

Las transformaciones que la industrialización neoliberal trajo en el contexto de estudio y en la vida cotidiana de las personas, impactó de forma diversa. Por un lado, hemos analizado el abandono paulatino de la milpa como forma de producción que fue sustituida por el monocultivo; esto detonó lo que denominamos la industrialización de la vida. Por otro lado, la centralidad que adquiere la remuneración que se obtiene por medio del trabajo remunerado ha propiciado una subordinación de la vida a los fines del capital. Ambas transformaciones nos llevan a sostener que la producción industrial entra en conflicto con la sostenibilidad de la vida; podemos apreciar este conflicto en la reconfiguración que surge en la forma de trabajar: el trabajo resta espacios y valoración social al cuidado.

¿Cómo podemos apreciar esta pérdida de espacios del cuidado? Hemos podido leer algunas precisiones en el capítulo tres, sobretodo cuando nos referimos a la satisfacción de las necesidades emocionales y de trascendencia. Si comparamos la segunda y tercera generación respecto de la primera, podemos notar que, cuando la industrialización neoliberal captó la fuerza de trabajo de las mujeres de la segunda generación, sucedió que esas mujeres quedaron imposibilitadas para poder continuar desempeñando actividades de cuidado, pues la apertura a otras opciones de trabajo no habilitó una reorganización social del cuidado; es decir, la estructura patriarcal permaneció inmutable. Sin una redistribución de roles, las actividades de cuidado se desarrollaron de manera precaria en el mejor de los casos y, en muchas ocasiones, se describe una ausencia de cuidados. Así lo podemos apreciar en las siguientes narrativas:

Cuando la situación estuvo más compleja yo tuve que hacer varias actividades para podernos sostener: trabajaba en la maquila, vendía Tupperware y maquillaje por catálogo, hacía reparaciones de costura como poner cierres o bastillas y luego los fines de semana comencé a vender carnitas. Muchas de las cosas las hacía desde mi casa para poder encargarme de la comida y de mis hijos, pero fue muy cansado. Había veces que terminaba tan cansada y tan adolorida del cuerpo que ni siquiera lograba conciliar el sueño, pero todo eso fue para lograr que mi familia saliera adelante (Margarita, diciembre de 2018).

Durante mucho tiempo mi esposo y yo nos centramos en trabajar, no faltó nada en casa, pero a cambio nos perdimos de ver crecer a nuestros hijos (Mirta, enero de 2020).

La configuración de la pluriactividad que expresa Margarita excede los planteamientos que desde occidente se hacen para referir a una doble jornada; en este caso particular hablamos de al menos cuatro jornadas. Esta multiplicidad de actividades responde a las condiciones con las que se articuló el trabajo en nuestra región. Si bien la industrialización se instaló con la promesa de mejorar las condiciones de vida, el empleo que se ofertó en San Juan del Río llegó en condiciones exacerbadas de precariedad que son características de la industrialización periférica: salarios bajos y empleos de baja “calidad” que precisan la explotación de la mano de obra e impulsan la feminización del mercado de trabajo.

Si observamos esta pérdida de espacios del cuidado por cohorte generacional, los cambios se expresan de la siguiente manera. En la primera generación, las narrativas dan cuenta de una mayor integración y cohesión comunitaria, y de una serie de soportes

(como la tierra) y de conocimientos que permitieron que esa generación fuera más resiliente. Al nivel de las prácticas de cuidado y de trabajo, en esta primera generación hay una integración de múltiples habilidades y tareas que se realizan en el núcleo familiar para resolver las necesidades más básicas del cuidado; por ejemplo, en la alimentación, el vestido, la limpieza, el mantenimiento de la vivienda, el cuidado de las personas enfermas y el cuidado de las infancias. Asimismo, la primera generación disponía de un tejido social sólido.³¹

Para la segunda generación hay una ruptura en la integración entre cuidados y trabajo que se observa en la percepción del tiempo, en el espacio, en la forma de cuidar o de organizarse para cuidar (alimentación, educación, vínculos de solidaridad). Si bien las mujeres accedieron al mercado de trabajo, no se renegociaron sus responsabilidades de cuidados, esto propició el reforzamiento de un patriarcado de alta intensidad (Segato, 2016) que tiene su nudo crítico en la invisibilización y desvalorización del cuidado, en una mayor dependencia al trabajo remunerado y en la imposibilidad por conciliar el trabajo y la familia.

Se presenta entonces -en esta generación- una sobrecarga de trabajo con un malestar emocional que se acrecentó ante la imposibilidad de cumplir el rol que social y culturalmente se les ha asignado: cuidar de los otros. Cuando esta función se incumple y la tercera generación comienza a presentar consecuencias de la falta de cuidados, la forma en la que se encarna este sufrimiento va configurando el devenir de la salud.

³¹ La noción de tejido social hace referencia a la configuración de los vínculos sociales e institucionales que favorecen la cohesión y la reproducción de la vida social.

La tercera generación es un grupo que se encuentra en mayor desprotección, pues la desarticulación de las formas de cuidado comunitario y las condiciones de trabajo y vida vulneran y fragilizan sus trayectorias de vida. Así lo podemos apreciar en la narrativa de Verónica:

Pues yo tengo que trabajar en Kaltex porque no me queda de otra. No terminé la prepa porque me embaracé muy chica y pues tener dos hijas sola es muy pesado. La verdad no me gusta trabajar allí porque son mega negreros y el ambiente es feo, tienes que andarte cuidando de las compañeras porque son bien chismosas y los supervisores son muy mañosos, pero en todos lados es lo mismo y allí para bien o para mal ya me he acomodado, tengo seguro social, me dan la guardería y como hay cuatro turnos puedo irme acomodando para cuidar a mis hijas. Hasta cierto punto son flexibles con las que somos mamás solteras.

A mis hijas trato de entretenerlas con la tele mientras yo duermo, a veces jugamos un poco pero casi no hay tiempo, llego muy cansada. Mi mamá me ayuda a cuidarlas cuando su trabajo se lo permite; y cuando no, se van a la guardería o se quedan solitas en la casa encerradas porque ya no se puede confiar en nadie, no hay otra forma de cuidarlas (Verónica, diciembre de 2019).

En esta generación también observamos una pérdida de saberes y conocimientos que poseían otras generaciones; por ejemplo, cultivar la tierra era una labor colaborativa, a lado del otro y de la otra, que permitía construir comunidad, vínculos con los otros y los otros. Más allá de los conocimientos que implicaba cultivar alimentos, esta lógica y modo de vida trasmitía saberes sobre la cooperación, la solidaridad, la

complementariedad y, hasta cierto grado, la independencia³². La transmisión de estos elementos se pierde en la tercera generación, su experiencia da cuenta de una lógica de competencia e individualismo propio de un grupo social que es totalmente dependiente y que, por lo tanto, pierde su capacidad resolutive en colectivo. Podemos apreciar esto en la siguiente narrativa de Violeta:

Yo trabajé en Endira, era una editorial pequeña que estaba en el centro de San Juan del Río y pues prácticamente me contrataron desde que inició su expansión. Allí hice de todo, contacto con escritores y librerías, corrección de estilo, community manager, organización de eventos como la feria del libro, hasta que llegué a hacerme totalmente cargo de la dirección editorial.

Un día sin previo aviso llegó el dueño y nos avisó que estábamos en quiebra y que el negocio cerraría; dijo que no había posibilidad de liquidar a nadie y que solo nos pagaría hasta fin de mes. Yo intenté que nos uniéramos para pedir una liquidación justa, lo que nos correspondía, pero nadie reaccionó, como siempre cada quien intentó negociar por su cuenta, asegurar lo suyo (Violeta, 5 de enero de 2020).

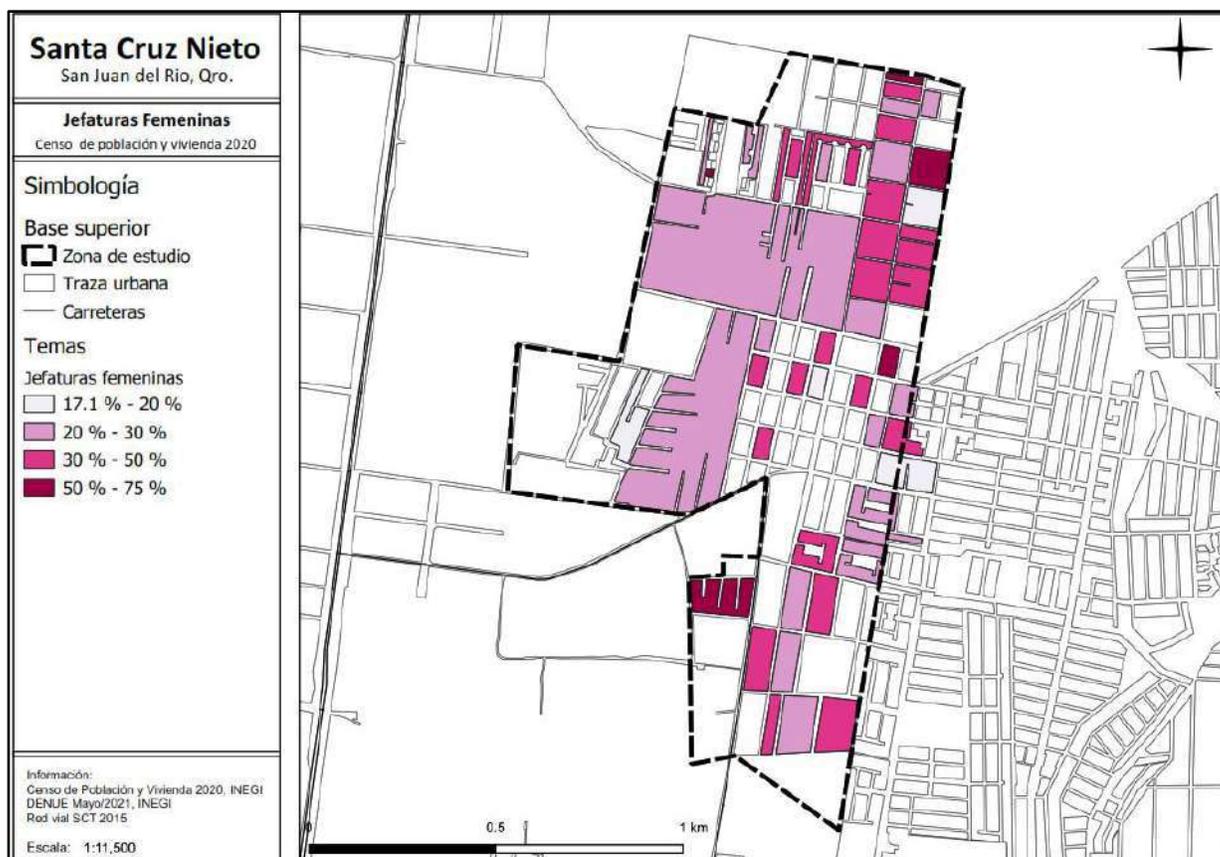
Violeta relata la incertidumbre y la imposibilidad de organizarse colectivamente; esto es propio de la lógica individualizante que aqueja a la tercera generación. Asimismo, su relato nos permite apreciar cómo las habilidades son puestas al servicio del capital, pues la reorientación que adquiere la flexibilidad preindustrial que

³² Esta independencia siempre se da en reconocimiento de la interdependencia con las otras personas, las otras especies e inclusive con el medio ambiente, entonces podríamos decir que refiere a una "independencia-interdependiente" (Ríos-Cazares, comunicación personal, 24 de enero de 2022).

caracterizó la sobrevivencia de la primera generación, ahora es una flexibilidad moldeada a las necesidades del mercado, una flexibilidad puesta al servicio del capital.

A partir de la experiencia y narrativas que nos compartieron la segunda y tercera cohorte generacional, la falta de tiempo para cumplir el rol de cuidados condujo a una crisis de sociabilidad. Esta crisis se aprecia sobre todo en grandes ausencias del cuidado en la niñez. Como producto de esto, se presenta en la comunidad el incremento de madres solteras; tan solo en los últimos diez años, la población que vive en una jefatura femenina creció dos veces y medio (Ver mapa).

Mapa 4. Incremento de jefaturas femeninas



Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI (2020) y DENUE (2021)

Asimismo, como consecuencia de la ausencia de cuidados se presentó un incremento en embarazos juveniles e infantiles, enfermedades de transmisión sexual, alcoholismo, tabaquismo y consumo de estupefacientes, así como presencia de suicidios juveniles (que con anterioridad nunca se habían presentado en la comunidad) y la incorporación de jóvenes a grupos delictivos, sobre todo aquellos que refieren a la distribución de huachicol³³.

Lo que hemos referido en este apartado como las consecuencias de la ausencia de cuidados muestra cómo la centralidad que adquiere el trabajo industrial ha sido el mayor obstáculo para dar y recibir cuidados, lo que ha derivado en una crisis de sociabilidad. Es fundamental comprender que el centro de la vida no puede ser, como lo es ahora, la producción y el consumo. Tenemos que revertir ese proceso y generar plataformas para que el ser humano exista, tenga una existencia digna y, después, pueda producir.

Nos puede parecer que hay cuidados rutinarios que son alcanzados a cubrir por las familias y no es así, tan solo la alimentación cotidiana puede ser una forma de cuidados que en el contexto de investigación rebasa a una familia que no cuenta ni siquiera con las condiciones (recursos suficientes para comprar alimentos nutritivos, conocimientos, tiempo para la preparación la comida y tiempo para la comensalidad). El no ejecutar adecuadamente esos cuidados, que son de subsistencia vital, hace que por un lado se fragilice la salud individual pero sobre todo se desarticulen formas de cuidado que permiten construir identidad y pertenencia.

³³ El huachicol es el nombre que recibe el combustible (gasolina) robado de los oleoductos de Petróleos Mexicanos.

El cuidado va más allá de la preparación de comida; el cuidado es organización social y contribuye a construir comunidad porque tiene un papel activo en la construcción de organización social, porque cuidar es estar pendiente de las necesidades propias y de los demás y nos brinda condiciones para habitar. Cuando el capital nos despoja de esa capacidad, fragiliza también la forma en la que habitamos nuestro propio cuerpo y allí podría encontrar su destrucción, porque el cuerpo se ha vuelto en el último territorio de conquista y explotación.

La industrialización encarnada

La pérdida de espacios para el cuidado, así como el despojo de saberes y conocimientos que derivan en una incapacidad de habitar tiene consecuencias y costos sociales como demostramos en el apartado anterior; sin embargo, su impacto no se limita a este ámbito, sino que también se materializa en el cuerpo de las mujeres.

Si caracterizamos de manera general los malestares y padecimientos que cada cohorte generacional narró, podríamos sistematizarlos como se muestra en la tabla 11. La primera cohorte generacional presenta en su mayoría problemas musculoesqueléticos ante la forma de trabajar y de cuidar: el desgaste del cuerpo es referido en términos de cansancio, agotamiento, dolores musculares. Y, aunque poseían recursos que brindaban cierta independencia; por ejemplo, en el abasto de alimentos y redes de apoyo que favorecían el cuidado, lo cierto es que esta generación trabajó y cuidó con mayor intensidad. Incluso en la actualidad, muchas mujeres de esta generación continúan cuidado de sus nietos y bisnietos ante la imposibilidad de cuidar de las generaciones siguientes.

Tabla 12. Malestares y padecimientos de la primera cohorte generacional

Primera cohorte generacional
<p>MALESTARES MUSCULO ESQUELETICOS</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Jazmín presenta dificultades para caminar, refiere que cuando era joven se rompió la pierna y esta no "soldó bien". En su narrativa señala que su esposo le subió el fogón para que ella pudiera hacer tortillas aun teniendo el pie con yeso. 2. Iris también presenta dificultades para caminar y dolor de espalda, refiere que la causa es toda una vida de trabajo. 3. Azalea señaló que tenía problemas en su espalda y piernas probablemente por la mala postura al preparar tortillas y la sobrecarga de trabajo físico en la milpa. 4. Aurora tiene dolor crónico y limitación de movilidad en una mano por una patada que le dio una vaca (que no atendió oportunamente), además ella señala que le duele mucho la espalda porque "se partió el lomo trabajando".
<p>VIOLENCIA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Rocío refiere que sus nueras la tratan mal, no le cambian el pañal y en ocasiones no le dan de comer. Sus hijos la presionan para vender tierras para cubrir los gastos que genera su atención. Ella se siente muy triste y muy angustiada, expresa que en momentos siente que es un estorbo, una carga.
<p>ENFERMEDADES CEREBROVASCULARES</p> <ul style="list-style-type: none"> - Rocío hace tres años tuvo un infarto cerebral, refiere que fue a causa de un enojo.
<p>TRISTEZA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Jazmín señala que se siente triste porque todas sus amigas están falleciendo y ya no tiene con quien platicar. Ella cuida a sus nietos y bisnietos pero siente continuamente que es una carga para su familia. Sus hijos la visitan para encargarle el cuidado de sus hijos y algunas veces para pedirle dinero prestado.

Fuente: elaboración propia

Respecto a la segunda cohorte generacional, predominan malestares que surgen ante una relación de dominación y explotación. Como hemos mencionado previamente, cuando las mujeres de la segunda cohorte generacional ingresaron al trabajo asalariado

industrial, sus trayectorias vitales se vieron fragmentadas porque su incorporación al mercado de trabajo se hizo en condiciones de mayor inestabilidad y sin renegociar sus responsabilidades al interior del hogar. Así lo podemos constatar en la siguiente narrativa:

Es muy pesado trabajar teniendo hijos, todos los días tengo dolores de cabeza y estómago. El médico dice que es migraña y colitis por el estrés, yo pienso que es por no comer a mis horas y por pensar tanto. Pensar en cómo le voy a hacer para llegar al fin de mes, en llegar a casa para lavar una montaña de ropa y escuchar un montón de reclamos, pensar en el trabajo que dejé pendiente o en que soy una mala madre porque no estoy allí al pendiente de mis hijos (Hortensia, abril de 2018).

Hortensia señala elementos en los que coincidieron la mayoría de nuestras participantes de la segunda cohorte generacional: malestares por la sobrecarga mental y emocional que ocasiona trabajar y cuidar, así como la incapacidad para cuidar de sí (autocuidado). La tensión que vive el cuerpo de las mujeres ante las condiciones de vida adversa muestra que, lejos de conseguir la liberación femenina con el trabajo industrial, se profundizó la opresión mediante el incremento de la carga e intensidad del trabajo y de los cuidados que deterioran consecuentemente su salud integral.

La dimensión del tiempo fue otro de los elementos que en repetidas ocasiones mencionaron nuestras participantes, en general se hacía alusión a su carencia o a la relación que este tenía con la remuneración. La carencia de tiempo, como podemos apreciar en las siguientes narrativas, guarda una estrecha relación con la forma en la que se encarna la precariedad: ante la imposibilidad de cuidar de sí, los cuerpos enferman.

Yo no me di cuenta de que algo estaba pasando... sí sentí una bolita, pero no tuve tiempo de ir al médico. Ya cuando me llevó mi hermana salió que era el cáncer, pero de verdad te lo juro que yo no tuve tiempo, yo siempre tuve que trabajar de una cosa y de otra para que nos alcanzara. Yo trabajaba en la fábrica, vendiendo cenita y en mi tiempo libre hacía remiendos en casa mientras cuidaba a las crías (Mirta, julio 2018).

Yo no he tenido tiempo para enfermarme, aunque sí tengo algunos achaques, seguido me duele el estómago y la espalda. La doctora dice que tengo osteoporosis, una hernia en la columna y cosas así, pero afortunadamente eso no ha implicado que tenga que estar en una cama o que no pueda hacer quehacer o que deba estar sentada porque estoy enferma (Flor, agosto 2019).

Tengo migraña y como cuando estaba embarazada se me desarrolló la preclamsia pues se altera mucho mi presión arterial. Últimamente me ha dolido mucho el estómago, yo creo que es por tanto café... más las malpasadas y los corajes, pero ¿te imaginas ir a perder todo el día al seguro social para que te den una metoclopramida? ¡No qué va! El tiempo vale oro y yo no puedo darme el lujo de ir a perderlo (Cala, abril de 2019).

Ingold (2000) sostiene que, con el capitalismo industrial, el trabajo se convierte en una mercancía medida en unidades de tiempo; los bienes se convierten en mercancías medidas en unidades de dinero. Dado que el trabajo produce bienes, tanto tiempo rinde tanto dinero, y el tiempo de inactividad equivale a tanto dinero perdido. A esta suerte de raciocinio responden las decisiones que Cala o Mirta deben tomar respecto al cuidado de sí. A una mayor dependencia hacia el capital le corresponde un menor margen de

capacidad para el cuidado de los otros, pero sobre todo para el autocuidado, de este modo la forma en que la precariedad se encarna en la segunda generación se puede resumir como se muestra en la tabla 13.

Tabla 13. Malestares y padecimientos de la segunda cohorte generacional.

Segunda cohorte generacional
<p>HIPERTENSIÓN Y DIABETES</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Cuatro de las cinco participantes de esta cohorte generacional señalan tener alguno de estos padecimientos. 2. Cala señala que la hipertensión se desarrolló por el embarazo. 3. Flor señala que padece hipertensión y diabetes por todas las presiones económicas que tiene en su familia: trabajar, cuidar de los niños, pagar deudas. Su alimentación no es adecuada, tiene muchos periodos de ayuno. Sufre violencia alimentaria. 4. Margarita señala que su diabetes se desarrolló por un susto y porque en algunas ocasiones su único alimento era una coca cola: “con una coca me quitaba el hambre”.
<p>VIOLENCIA ALIMENTARIA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Definimos como violencia alimentaria el hecho de que las mujeres coman menos, coman las sobras o se abstengan de consumir algún grupo alimentación por dar prioridad a la alimentación de los otros integrantes de la unidad familiar. Las participantes de la segunda generación mencionan que se ha normalizado que consuman por ejemplo "los retazos de pollo". Las mujeres comen menos y cuando hay menos alimentos en un hogar ellas son las primeras en resentirlo. - Flor: “mis hijos piensan que yo como siempre la rabadilla o el pescuezo porque es la parte del pollo que más me gusta, pero no es así, como los retazos porque no alcanzo otra parte del pollo, a veces ya ni eso alcanzo y pues aunque sea como chile y tortillita, pero eso ellos ya ni lo notan, no se dan cuenta”. - Cuatro participantes describieron narrativas que refieren a este tipo de violencia.
<p>SOBREPESO Y OBESIDAD</p> <ul style="list-style-type: none"> - En general esta generación tiene una alimentación poco saludable. Las narrativas muestran que hay poco tiempo para comer, que se consume una gran cantidad de productos procesados e industrializados. Se recurre con frecuencia a la comida rápida.
<p>TRISTEZA Y FRUSTRACIÓN</p> <ul style="list-style-type: none"> - Mirta, Hortensia y Flor se asumen con depresión porque a pesar de todo su esfuerzo no han logrado que sus condiciones de vida mejoren, incluso coinciden en la

<p>percepción de haber sido malas madres por dejar a sus hijos solos. Se sienten poco reconocidas.</p> <ul style="list-style-type: none"> - Margarita, con diversas complicaciones de salud, se siente triste porque ya no contribuye al gasto de la casa y ahora se ha convertido en una carga para sus hijas. - Hortensia sufre un cuadro grave de depresión por el suicidio de su hija.
<p>PRESIÓN Y ESTRÉS</p> <ul style="list-style-type: none"> - En general todas las participantes de esta cohorte generacional se asumieron “presionadas” porque el dinero es insuficiente y porque carecen de tiempo para estar con sus hijos. - Flor: “Yo creo que todo este estrés tiene que ver con las preocupaciones de una mamá. Cuando los niños están chiquitos son puras preocupaciones porque se enferman, porque los tienes que dejar solos para ir a trabajar, porque tienes que estar al pendiente de todo”.

Fuente: Elaboración propia

En la segunda cohorte generacional podemos apreciar cómo la precariedad de la vida se agudiza porque las actividades de cuidados dentro del marco de una mayor dependencia al capital son incompatibles con la sostenibilidad de la vida. La prevalencia de padecimientos como la diabetes, hipertensión, obesidad hablan de una sobreproducción, de una acumulación que lleva a la destrucción. Quizá en aras de funcionar y responder a las demandas de trabajo y cuidados, las mujeres han estado dispuestas a acumular estrés, emociones, presiones mentales y sobrecarga de trabajo. En esta generación en particular, vemos lo que hemos conceptualizado como la industrialización encarnada.

Asimismo, nos parece importante señalar que esta generación es la que más dificultades tuvo para expresar la forma en la que se sentían, muchas de las narrativas que refieren a su estado de salud fueron retiradas a su petición. Algunas de ellas señalaron que “no estaban acostumbradas a mostrar su dolor”.

Respecto a la tercera cohorte generacional, prevalece la presencia de malestares como la depresión, ansiedad, estrés, enfermedades de transmisión sexual, problemas de infertilidad, sobrepeso y obesidad; especialmente llama nuestra atención que todas nuestras participantes refirieron presentar, en algún grado, problemas de alcoholismo y tabaquismo.

Consideramos que esta cohorte generacional ha tenido mayor oportunidad de expresar la presencia de trastornos socio-psíquicos, debido también a la visibilidad que estos han alcanzado en los últimos años. Recordemos que, desde el 2015, el tema de la salud mental se colocó en las agendas políticas precisamente por el impacto económico que estos trastornos tienen en la productividad de las organizaciones. Sin embargo, ello no implica que la segunda y primera generación estuvieran exentas de estos malestares; de hecho, muchas de las narrativas de la primera cohorte generacional dan cuenta de un sufrimiento emocional que surge ante el despojo de las tierras y en la segunda cohorte un sufrimiento por la imposibilidad de cumplir a cabalidad su rol de cuidadoras. Probablemente la forma de nombrar los malestares ha cambiado.

Tabla 14. Malestares y padecimientos de la tercera cohorte generacional

Tercera cohorte generacional
<p>ALCOHOLISMO Y TABAQUISMO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Violeta trabaja de freelance y carece de seguridad social. Ella es soltera y tuvo que regresar a vivir al hogar familiar por la inestabilidad de sus ingresos. De manera frecuente consume alcohol, menciona que es "una válvula de escape". - Amaranta menciona que de manera habitual después de su trabajo en el restaurante le gusta tomar con su pareja para relajarse y olvidarse de los problemas. - Rosa bebe y fuma con frecuencia por la ansiedad y depresión que le ocasiona el proceso legal que lleva en contra de su antiguo trabajo, además asume los gastos del tratamiento de cáncer de su mamá.

- Verónica bebe y fuma en exceso, el detonador fue un evento de violencia sexual. Se siente sola, en su narrativa señala que “la vida es asfixiante y más cuando eres mamá soltera; el cigarrito me tranquiliza, me quita el hambre y el sueño”.
COLITIS NERVIOSA
- Azucena trabaja en una fábrica del sector automotriz y su puesto de confianza le demanda mucho tiempo de trabajo. Señala que pasa largos periodos de ayuno y que todo el tiempo está estresada.
ESTRÉS
- Algunas participantes refieren que regularmente se sienten estresadas por querer encontrar un mejor trabajo, asimismo señalan deudas en tarjetas de crédito o prestamos que les hacen permanecer en un estado de estrés. - Rosa señala que tiene estrés porque tiene un proceso legal en contra de su antiguo empleo, actualmente su mamá tiene cáncer y ella asumió una deuda para pagar el tratamiento (no tienen seguridad social).
DEPRESIÓN
- Dos participantes refieren que sufre depresión porque, aun teniendo una educación universitaria y esforzándose mucho, no consiguen un trabajo que le permita cubrir sus necesidades.
INFERTILIDAD
- Azucena decidió retrasar la maternidad por temas laborales; sin embargo, desde hace tres años ha intentado quedar embarazada sin éxito. Ella tuvo un aborto espontáneo y actualmente está en tratamiento.
ENFERMEDADES DE TRANSMISIÓN SEXUAL
SOBREPESO Y OBESIDAD

Fuente: elaboración propia

Es importante considerar que al concebir la salud de forma dinámica y como una construcción que se realiza a lo largo de la trayectoria de vida, algunos malestares que comienzan a presentarse en esta tercera generación configuran el devenir de su salud, por esta razón no debe subestimarse el cuidado que puedan ejercer las personas. Esto nos lleva nuevamente a insistir en las condiciones de trabajo que están determinando la forma en la que se cuida: ¿Qué margen tienen las personas para elegir cómo cuidan de sí? ¿Hasta qué grado la lógica capitalista se vuelve el mayor obstáculo para dar y recibir cuidados?

A modo de cierre queremos insistir en dos elementos importantes que se mostraron en este capítulo. El primero refiere a que los cuerpos solo pueden existir mediante la interconexión con los otros, mediante el reconocimiento de su interdependencia. Esto nos conduce a ver el cuidado en su dimensión relacional como un elemento fundamental para que la vida sea posible. Perder de vista esto no solo conduce a la precarización de la vida.

El segundo elemento es la pérdida de espacios de cuidado. Si permanecemos en una lógica individualista que merma las condiciones para cuidar y las posibilidades de dar y recibir cuidados, ponemos en riesgo nuestra propia regeneración y la de los otros; no reconocernos en una red causal universal vulnera nuestra existencia.

Conclusiones

La necesidad de reposicionar el cuidado y los cuidados al centro de la vida es la principal consigna que surge de esta reflexión, no hacerlo ha traído consecuencias en la salud colectiva que conllevan a la crisis de la sostenibilidad por la que transitamos. Sin embargo, hablar del cuidado y de la salud -desde una mirada crítica- implicó un gran reto, pues el paradigma que predomina en los estudios sobre el trabajo, como su nombre lo dice, se centra en el análisis del trabajo que por esencia se ha masculinizado.

Lo anterior nos colocó en una soledad académica, epistemológica y ética que en numerosas ocasiones nos confrontó con la pertinencia de romper con la mirada dual que separa al trabajo de la vida, que fragmenta a la salud en factores de riesgo y que invisibiliza a las mujeres. No obstante, atender al llamado que nos invita a resolver lo que nos resulta conflictivo, hizo que lo personal se volviera político y que insistiéramos en abordar temas que son importantes y necesarios aunque carezcan de reconocimiento en el pensamiento que domina los estudios del trabajo en México.

El trabajo de investigación que se desarrolló implicó una serie de rupturas; la primera fue situarnos frente al contexto como una necesidad y obligación para cuestionar propuestas teóricas y construir a partir de la comprensión de una problemática situada: Desarrollar un pensar epistémico frente al dominio de interpretaciones teóricas, algunas veces, distantes de la realidad concreta.

La segunda implicó cambiar la forma de concebir la salud; sobre todo, repensar el proceso de industrialización desde la periferia y trascender mi formación disciplinar desde las ciencias económico-administrativas y los estudios sobre el trabajo instituidos

para abordar una temática que excede los límites del intercambio mercantil. La tercera, que va muy de la mano con la segunda, requirió romper con los marcos analíticos que invisibilizan al cuidado y dar un vuelco a la mirada dual para reflexionar desde la sostenibilidad de la vida; esto nos permitió ver con claridad que negar el conflicto que existe entre el capital y la vida, o bien reducirlo a un conflicto entre capital y trabajo asalariado, no permite dimensionar los efectos negativos que ha tenido el modelo capitalista en nuestro territorio.

Todas estas rupturas me permitieron tomar diferentes decisiones, de las cuales resalto tres. La primera decisión fue abordar la salud desde la medicina social latinoamericana y entenderla como un proceso que se construye a lo largo de una trayectoria de vida en la que influyen las desigualdades, las transformaciones socio-económicas, los procesos históricos y la forma en la que los modos de producción influyen en nuestros modos y estilos de vida. Concebir la salud de esta forma solo fue posible gracias al diálogo y a la comprensión del curso de vida de las personas.

La segunda decisión que tomé a partir de entender la salud de forma colectiva, dinámica y en devenir, fue la necesidad de repensar el proceso de industrialización desde una epistemología decolonial. Esto nos permitió poner en juego categorías y construcciones teóricas surgidas en el contexto occidental para ser reflexivas y construir desde nuestros márgenes, dando paso a la comprensión de la industrialización en San Juan del Río como un proceso que forma parte de una matriz colonial que es determinada por un sistema capitalista, patriarcal y colonial. Lo cual hace que cada ola de industrialización en nuestro territorio sea más perversa y ataque más recrudescidamente, precarizando la vida.

La tercera decisión fue concebir el cuidado desde una significación amplia que involucra los ciclos ecosistémicos y que va más allá de la relación que se pueda establecer entre las personas. Esto nos permitió aterrizar lo que las mujeres de la primera generación refirieron como cuidado y, a partir de allí, señalar que la vida se precariza ante la desarticulación de las condiciones para cuidar, el despojo de conocimientos y saberes que permitían construir formas de habitar la comunidad y el propio cuerpo, así como la pérdida paulatina de espacios y experiencias de cuidado.

Hay elementos que quedan pendientes de profundizar y fortalecer en este trabajo. En las cuestiones que refieren a la salud colectiva hay que indagar en las condiciones de vida particulares, que se manifiestan en estilos de vida singulares para con ello abarcar las ‘dimensiones de lo general, particular y singular’. Asimismo, en la determinación social de la salud se puede ampliar el análisis que, en este caso, se centró en los cambios de la forma de trabajar y cuidar para resaltar la precarización de la vida como un elemento central en la determinación social del proceso salud-enfermedad-atención-cuidado.

Centrarnos en la precariedad no debe excluir otros elementos que influyen en la salud colectiva de un grupo social, que por la complejidad y extensión de este trabajo no pudieron ser abordados. Asimismo, los malestares y padecimientos que se muestran en el capítulo cuatro no deben interpretarse como generalizables, pues dan cuenta de un modo de vida específico que se configuró bajo cierta estructura económica y condiciones de vida que se dieron en un contexto situado en Santa Cruz Nieto; por tanto, se infiere que, para los casos en donde se puedan presentar condiciones similares a las analizadas en esta tesis, las consecuencias de la ausencia de cuidado podrían ser equiparables.

Respecto al desarrollo histórico de la industrialización de San Juan del Río consideramos que la epistemología decolonial fue una buena elección para la caracterización del proceso porque nos permitió reconocer las estructuras de opresión colonial y capitalista; sin embargo, hizo falta apuntalar la discusión de la estructura de opresión patriarcal que puede fortalecerse a partir de la epistemología feminista.

En el tema del cuidado y los cuidados hay que continuar con la conceptualización para identificar límites claros que permitan distinguir aquellas actividades que son cuidados de las que no. Un primer elemento que nos permite diferenciar es el fin que conduce a la vida digna. También hay que insistir en que la visibilización de los cuidados, a través de su conceptualización como trabajo (trabajo de cuidados), fue una vía de posicionamiento político que se utilizó durante la segunda ola feminista que hoy se ve limitada ante la crisis de sostenibilidad por la que transitamos. En este momento es necesario trascender los debates que enmarcan la problemática en su reconocimiento como parte de la economía, para pensarlos como un catalizador que nos permita imaginar otros paradigmas, otras nuevas formas de organizar la vida a partir de lo que es prioritario y necesario.

Además de las áreas de oportunidad que acabamos de señalar, hay tres líneas de investigación que visualizamos con un gran potencial para desarrollar; la primera refiere a las consecuencias de no cuidar. Con la tesis pudimos demostrar que la centralidad que adquiere el trabajo industrial ha sido el mayor obstáculo para dar y recibir cuidados, razón por la que los cuidados que actualmente se brindan son precarios y eso paulatinamente va ocasionando diversas problemáticas sociales como el incremento de

embarazos juveniles e infantiles, el incremento de violencia y la presencia de suicidios, solo por mencionar algunas.

La segunda línea que consideramos con un gran potencial a desarrollar refiere también a la necesidad de apuntalar la discusión de industrialización encarnada que comenzamos a desarrollar en esta tesis. Lo que se presentó solo es el inicio de un debate que busca abordar el cuerpo como un territorio para dar cuenta de cómo el despojo, la explotación y el control que ejerce el capital se ha extendido tanto y tan recrudescidamente en nuestro contexto que se encarna e impacta de formas diversas en ciertos cuerpos. Nuestra intuición nos lleva a plantear como hipótesis que el cuerpo de las mujeres en la periferia constituye una metáfora de la crisis de sostenibilidad de la vida, pero nuevamente insistimos en que este es un aspecto que debe fortalecerse.

La tercera línea por desarrollar refiere a la pérdida de espacios de cuidado colectivo. Aunque en la tesis señalamos la precarización del cuidado, la pérdida de rituales y de la capacidad de hacer comunidad, consideramos que hace falta abordar la pérdida de espacios comunes que la gente utilizaba para organizarse; espacios que eran polivalentes, como un jardín, una cocina, una iglesia, un tejabán en la plaza pública o un campo de fútbol, es decir, espacios donde se propiciaban formas de cuidado colectivo.

A modo de cierre queremos insistir en que el cuidado, visto como un concepto amplio y abstracto, nos propone una deconstrucción del sistema y de la organización socioeconómica actual; ver como prioridad la sostenibilidad de la vida nos obliga a pelear también por el tiempo necesario para dar y recibir cuidados. Así es que nuestras luchas por posicionar el cuidado al centro de la vida también deben ir acompañadas de la pugna por mejorar las condiciones de trabajo para hombres y mujeres, pues mientras

se mantengan las jornadas interminables, los roles de género que distribuyen inequitativamente, las formas precarizantes de trabajo y de vida, la sostenibilidad y nuestra existencia misma están comprometidas.

No negamos que cuidar implica una importante inversión de tiempo y un desgaste integral del cuerpo, pero esto se agudiza porque no contamos con las condiciones adecuadas para cuidar y con una redistribución justa que involucre a todas las personas sin importar edad o género. Todos sin excepción alguna requerimos de los cuidados a lo largo de nuestras vidas, por esa misma razón es que todos deberíamos cuidar.

Finalmente queremos insistir en la necesidad de recuperar el cuidado comunitario que permitía fortalecer el tejido social, que brindaba soportes, capacidad de habitar colectivamente y condiciones de mayor resiliencia. Asimismo, hay que volver a mirar las formas en las que la comunidad organizaba el cuidado (faenas), pues son pertinentes culturalmente y favorecen el bienestar de las personas. Esta comprensión del cuidado va más allá de los postulados teóricos occidentales que solo conciben a la persona que brinda y a la que recibe cuidados. Desde nuestros márgenes, el cuidado se teje de manera compleja abarcando incluso una comprensión ecosistémica que vale la pena discutir en diferentes espacios, no solo el académico, de allí que es necesario reconstruir propuestas desde lo que nos demandan y muestran nuestros contextos.

Bibliografía

- Alemán, J. (2016), Horizontes neoliberales de la subjetividad. Editorial Grama, Buenos Aires.
- Almeida-Filho A., (2000), La Ciencia Tímida. Ensayos de deconstrucción de la epidemiología. Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Amin, S. (1974). *Capitalismo periférico y comercio internacional*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.
- Archivo Histórico de San Juan del Río, (1909), *Estadística agrícola correspondiente al Distrito de San Juan del RÍO*, [Papel – 210 Cajas-150 Carpetas]. Bienes-Ocultos: SCS. PR.16. (Caja 25, carpeta 2, Folio 7). Fondo Archivo General de San Juan del Río.
- Archivo Histórico de San Juan del Río, (1935), *Informe correspondiente a las fábricas de la jurisdicción*, [Papel – 210 Cajas-150 Carpetas]. Bienes-Ocultos: SCS. PR.16. (Caja 20, carpeta 5, Folio 10). Fondo Archivo General de San Juan del Río.
- Archivo Histórico Municipal, (1940), *VI Censo de población 1940*, Secretaría de Economía Nacional. Dirección General de Estadística, 1943.
- Archivo Histórico de San Juan del Río, (1953), *Industrialización de San Juan del Río*, Caja 45, carpeta 7, Folio 25. Fondo Archivo General de San Juan del Río.
- Archivo Histórico Municipal, (S/F), *Compendio histórico, político, topográfico, hidráulico, económico*. Ramo historia, Vol. 7, exp.9, fs 1-33.

- Arias, P., (2009), *La pluriactividad a debate*. En *La pluriactividad en el campo latinoamericano*, de Hubert Grammont y Luciano Martínez, 171-205. Quito: Flacso- Sede Ecuador.
- Ayala, E. R. (2006). *San Juan del Río Geografía e Historia*. Santiago de Querétaro: Gobierno del estado de Querétaro.
- Ayres, J. R. D. C. M. (2008). *Para comprender el sentido práctico de las acciones de salud: contribuciones de la hermenéutica filosófica*. *Salud colectiva*, 4, 159-172.
- Balash, M., y Montenegro, M. (2003). *Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas*. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Banco Mundial (2013), *El acceso a la tierra, esencial para los pobres (comunicado de prensa)*, disponible en: <https://www.bancomundial.org/es/news/press-release/2013/04/08/world-bank-group-access-to-land-is-critical-for-the-poor>
- Barros, Cristina (2018), *La alacena campesina*. *La Jornada del Campo*, México, n. 121, 21 oct. 2017. Disponible en: <<http://www.jornada.unam.mx/2017/10/21/cam-alacena.html>>. Accedido el: 18 mar. 2018.
- Bartra, A., (2014), *Por un cambio de paradigmas*. En: Bartra, A., Cobo, R., Meza, M., Paredes, L., Quintana, V., Rudiño, L., *Haciendo milpa*. México: Itaca.
- Belmont, C. E., y Rosas, R. T., (2020). *Hacia una recharacterización del concepto de trabajo desde una antropología latinoamericana por demanda*. En H. Palermo y M. Capogrossi (Eds.), *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo* (161-196), CLACSO.

- Bourdieu, P. (2002). *La mano izquierda y la mano derecha del Estado*. Revista Colombiana de Educación, (42).
- Boltvinik, J. (2007). *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*. Ciesas, COLMEX, siglo XXI Editores, México.
- Boltvinik J. (2020). *Pobreza y florecimiento humano. Una perspectiva radical*, Universidad Autónoma de Zacatecas, Editorial Itaca, México.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (1999). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Editorial Akal.
- Breilh J. (2003), *Epidemiología crítica: ciencia emancipadora e interculturalidad*. Lugar editorial. Buenos Aires.
- Breilh, J. (2006). *Epidemiología crítica: ciencia emancipadora e interculturalidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Breilh J, Tilleria Y. (2009), *Aceleración global y despojo en Ecuador. El retroceso del derecho a la salud en la era neoliberal*. Universidad Simón Bolívar, Ediciones Abya –Yala, Quito.
- Breilh, J. (2013). *La determinación social de la salud como herramienta de transformación hacia una nueva salud pública (salud colectiva)*. Revista Facultad Nacional de Salud Pública, 31, 13-27.
- Brundtland, G. (1987). *El desarrollo sostenible. Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo*. Asamblea General de las Naciones Unidas.

Recuperado de: <https://desarrollosostenible.wordpress.com/2006/09/27/informe-brundtland>.

Cáceres, B. (2016), *Desterrados: tierra, poder y desigualdad en América Latina*, Oxfam Internacional, disponible en: <https://www.oxfam.org/es/informes/desterrados-tierra-poder-y-desigualdad-en-america-latina>

Cabnal, L. (2010), *Acercamiento a la construcción y la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala*. En: Asociación para la cooperación (Eds.), *Feministas siempre. Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. España: ACSUR-Las Segovias, 2010.

Carrasco, C. (2009). *Tiempos y trabajos desde la experiencia femenina*. Papeles de relaciones ecosociales y cambio global, 108, 45-54.

Carrillo P. M. y Carrillo H. M. (2017), *Expectativas laborales de la juventud queretana*, en Carrillo, P. M. (Coordinador). *Expresiones del trabajo en Querétaro*, CONCYTEQ, UMEST, Querétaro.

Castel, R. (1997). *Metamorfosis de La Cuestión Social*, Las. Paidós.

Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Castillo, R. A. H. (2001). Entre el etnocentrismo feminista y el esencialismo étnico. Las mujeres indígenas y sus demandas de género. *Debate feminista*, 24, 206-229.

Castro Gómez, Santiago (2007), “*Descolonizar la universidad: la hybris del punto cero*” en Castro Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (eds.) *El giro decolonial*.

Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global.

Bogotá: Siglo del Hombre, pp. 79-92.

Castro-Gómez, S., y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Centro queretano de recursos naturales. (2011). *Diagnóstico ambiental integral de la ciudad de San Juan del Río, Querétaro*. Santiago de Querétaro, Querétaro: Gobierno del estado de Querétaro.

Collin, L. (2014). *Economía solidaria: local y diversa*. Tlaxcala, México: El Colegio de Tlaxcala, Centro Argentino de Etnología Americana.

Collin H., y Cano G., (2016). *La pluriactividad: evidencia de estretegia local ante la exclusión*. Scripta Ethnologica, XXXVIII (), 25-52. [Fecha de Consulta 1 de Junio de 2021]. ISSN: 0325-6669. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14849184002>

Collin, H. L., (2017), *La milpa campesina mesoamericana: más que una forma de producción, una manera de vivir, pensar y sentir*. Ensayo interpretativo. *Áltera* – Revista de Antropología, Joao Pessoa, v.2, n.5, p. 104 -128, jul/ dec 2017.

Cleaver, Harry (2000), *Reading Capital Politically*, Leeds, Anti/Theses [ed. cast.: *Una lectura política de El Capital*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1985].

Cumes, A. E. (2012), *Mujeres indígenas, patriarcado y colonialismo: Un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio*, Anuario Hojas de Warmi.

2012, nº 17, Seminario: Conversatorios sobre Mujeres y Género ~ Conversações sobre Mulheres e Gênero.

Cumes, A. E. (2014). *La “india” como “sirvienta”. Servidumbre doméstica, colonialismo y patriarcado en Guatemala*. Tesis de doctorado. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, disponible en: <http://repositorio.ciesas.edu.mx/bitstream/handle/123456789/283/D259.pdf?seq=1>

Davis, A. (2005), *Mujeres, raza y clase*. Segunda edición en español. Akal Ediciones, Madrid.

Dejours, C. (2009). *Trabajo y sufrimiento. Cuando la injusticia se hace banal*.

Dejours, C. (2019). *Trabajar hoy: Nuevas formas del sufrimiento*. En M. Wlosko, & C. Ros, *El trabajo: entre el placer y el sufrimiento* (págs. 51-70). Buenos Aires: Ediciones de la UNLA.

De Sousa Santos, B., & Martins, B. S. (Eds.). (2020). *El pluriverso de los derechos humanos: La diversidad de las luchas por la dignidad* (Vol. 2). Ediciones Akal.

Dussel, Enrique (2005) “Transmodernidad e interculturalidad” en Fonet-Betancourt, Raúl (ed.) *Crítica intercultural de la filosofía latinoamericana actual*. Madrid: Trotta, pp. 123-160.

Durán, M. Á. (2018). *La riqueza invisible del cuidado* (Vol. 30). Universitat de València.

Echeverría, B. (2014). *Modernidad y blanquitud*. Ediciones Era. México.

- Echeverría, B. (2008). *Modernidad y antimodernidad: el caso de México*. Interculturalidad, 101. Disponible en: http://bolivare.unam.mx/ensayos/modernidad_y_anti_modernidad
- Eslava-Castañeda, J. C. (2017). Pensando la determinación social del proceso salud-enfermedad. *Revista de Salud Pública*, 19, 396-403.
- Esquivel, V. (2015). El cuidado: de concepto analítico a agenda política. En: Nueva Sociedad, 256, pp. 63-69.
- Fraga, C. (2014). Percepciones de género sobre la división sexual del trabajo en zonas urbanas de Argentina. Tesis de maestría, Colegio de México, México
- Feo Istúriz, O., (2012). *Pensamiento contrahegemónico en salud*. Revista Cubana de Salud Pública, 38(4), 602-614. Disponible en: <http://scielo.sld.cu/pdf/rcsp/v38n4/spu11412.pdf>
- Federicci, S., (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficante de sueños
- Federici, S., (2013), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Editorial Traficantes de Sueños, Mayo2013.
- Fisher, B., y Tronto, J. (1990). *Toward a feminist theory of caring. Circles of care: Work and identity in women's lives*, 35-62.
- Galindo, L; García. G. y Rivera, P. (2015). El trabajo de cuidados en los hogares: ¿un trabajo solo de mujeres? México: INMUJERES.

- García, B., y Pacheco, E. (2014). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*. México: El Colegio de México-ONU-Mujeres-Inmujeres.
- Garza, G. (1983). Desarrollo Económico, Urbanización y Políticas Urbano- Regionales en México (1900-1982). *Demografía y economía*, 17(2), 157-180.
- Gamboa V. (1977). *La maquinaria corporativa del Estado en el campo mexicano durante 1977*. Estudios Políticos.
- García, B. Y De Oliveira (2001). *Reestructuración económica y feminización del mercado de trabajo en México*. Papeles de Población No.27, 46-61.
- García, A., Y Montenegro, M. (2014). *Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista*. *Athenea Digital*, 14(4), 63-88
- Garza, G., (1989), "*La política de parques y ciudades industriales en México: etapa de expansión 1971-1987*", en Garza G. (comp.), *Una década de planeación urbano regional en México, 1978-1988*, México, El Colegio de México, pp. 177-207.
- Garrido, R. (2007), *Localización y movilidad de empresas en España*. España: Fundación EOI- Unión Europea/Fondo Social Europeo-Ministerio de Industria, Comercio y Turismo
- Geertz, C., (1996) [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa. — (1999). *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós.
- Gobierno del Estado de Querétaro, (1999), *Enciclopedia de Municipios de México*, Centro Nacional de Desarrollo Municipal, Gobierno del Estado de Querétaro, México.

- Gómez, O. M. (2015). *Neoliberalismo, políticas públicas y cultura de autogestión en México y Chile*. Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM, 75-97.
- González G., C. I., y Osorio F., L. (2000). *Cien años de industria en Querétaro*. Querétaro: Gobierno del Estado de Querétaro y Universidad Autónoma de Querétaro.
- González Casanova, P. (1963), *Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo, en América Latina*, año 6, núm. 3, Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias sociales, Río de Janeiro, pp. 15-32.
- González Casanova, P. (2006), “el colonialismo interno: una redefinición”, en Atilio A. Boron, Javier Amadeo y Sabrina González (comps.), *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Grammont, H., (2009), “*La desagrarización del campo mexicano*”, mayo-agosto, 16 (50): 13-55
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs, y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid, España: Ed. Cátedra
- Haraway, D. (1992). *The promise of monsters. Arégénérative politics for inappropriate/d*. En G. Lawrence, N. Cary, & T. Paula A, *Cultural Studies* (págs. 295 - 337). New York: Routledge.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid, España: Ediciones Morata.
- Harvey, D. (2005). *The new imperialism*. oup Oxford.

- Harvey, D., (2007). *Breve historia del neoliberalismo* (Vol. 49). Ediciones Akal.
- Henry, M. L., y Neffa, J. C. (2019). *Los riesgos psicosociales en el trabajo: diferentes miradas para su estudio en el contexto argentino*. Trabajo (En) Cena, 4(Especial), 01-06
- Hernández C. A., (2014). *La producción jurídica de la globalización económica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México y Centro de Estudios Jurídicos y Sociales, Mispát.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (1960), VIII Censo General de Población, Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística, México.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e informática, (1970), IX Censo General de Población, Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística, México.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (1980), X Censo General de Población y Vivienda, Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística, México.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (1985), Manual de Estadísticas Básicas del Estado de Querétaro, México.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (1989), XIII Censo Industrial, Querétaro, México.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (1990), VIII Censo General de Población y Vivienda, Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística, México.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e informática, (1993), Sistema de Cuentas Nacionales, Producto Interno Bruto por Entidad Federativa.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (1994), *Anuario estadístico del estado de Querétaro de Arteaga, edición 1994*, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática/ Gobierno del Estado de Querétaro.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e informática, (1995), Memoria del conteo de Población y Vivienda 1995, Estados Unidos Mexicanos, Dirección General de Estadística, México.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (2015), *Catálogo de claves de entidades federativas, municipios y localidades / Tabla de equivalencias*.
Octubre 2015.

<http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/geoestadistica/catalogoclaves.aspx>

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (2016). *Tabulados de la encuesta Intercensal 2015*. México. 2016

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares*, Disponible en:<http://beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/regulares/enigh/nc/2016/default.html>

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, (2020), Censo de población y vivienda, Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/>

Basaldúa H., González, G., Osorio, F., y Ramírez, O. (2000). *Historia de la Industrialización de San Juan del Río. Querétaro*: Universidad Autónoma de Querétaro.

Ingold, T. (2000). *La percepción del medio ambiente: ensayos sobre medios de vida, vivienda y habilidades* (1ª ed.). Routledge.
<https://doi.org/10.4324/9780203466025>

Ingold, T. (2002). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.

ISTAS Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud. (2004). Método ISTAS 21-CoPsoQ. España: Guía para la intervención sindical.

ISTAS Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud . (2006). *Manual para la evaluación de riesgos psicosociales en el trabajo*. España: Guía para la intervención sindical.

ISTAS Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud. (2015). *Organización del trabajo, salud y riesgos psicosociales*. España: Guía para la intervención sindical.

Kramer, W., Lutz, CH y Lovell, WG (1993). *La conquista española de Centroamérica. En Historia general de Centroamérica* (págs. 21-93). Sociedad Estatal Quinto Centenario.

- Korol, C. (2016). *Somos tierra, semilla, rebeldía. Mujeres, tierra y territorio en América Latina*. Ed. Fundación Intermon-Oxfam, disponible en:
- Laurell AC., (1982) La salud-enfermedad como proceso social. Cuadernos médico sociales 1982; 19: 1-11
- Lindón, A. (2003) *La precariedad laboral como experiencia a través de la narrativa de vida*. Revista gaceta laboral. Volumen 9, numero 003. Venezuela pág. 333 a 352.
- Luxemburgo, Rosa (1967). *La acumulación del capital*, (primera edición 1912), México, Editorial Grijalbo
- Lykke N., (2010) *Feminist Studies: A Guide to Intersectional Theory, Methodology and Writing, Advances in Feminist Studies and Intersectionality series*. Nueva York y Londres : Routledge
- Malinowski, Bronislaw,(1973) *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Península, Barcelona
- Martí Comas, J. (2016). *Gobernanza: la nueva matriz política del neoliberalismo política del neoliberalismo*. PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global, 111-126. Disponible en: https://www.fuhem.es/papeles_articulo/gobernanza-la-nuevamatriz-politica-del-neoliberalismo/.
- Martinez-Romero, E., y Belmont-Cortés, E., (2020), Alcances y límites para abordar la problemática de la relación salud y trabajo, en Uribe-Pineda, C. y Carrillo-Pacheco, M. (Cord), Heterogeneidad laboral: desarrollo regional e inclusión social, Querétaro, México: CONCYTEQ.

- Marx, K. (1976), *El Capital* (Tomo I / Vol. I). México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. y Engels, F. (1972) *La ideología alemana*. Traducción Wenceslao Roces. Barcelona: Grijalbo.
- Maturana R. y Varela G. (1995). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Méda, D. (2007). *¿Qué Sabemos Sobre el Trabajo?* Revista del Trabajo, 4, 17-32.
- Mendoza LM, y Jarillo E. (2011), Determinación y causalidad en salud colectiva. Algunas consideraciones en torno a sus fundamentos epistemológicos. *Ciência & Saúde Coletiva*, 2011; 16 (Supl. 1): 847-854.
- Menéndez E. L. (1988), *Modelo Médico Hegemónico y Atención Primaria*. Segundas Jornadas de Atención Primaria de la Salud. 30 de abril al 7 de mayo. Buenos Aires. 1988 Pág. 451- 464. Disponible en: https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/activas/816_rol_psicologo/material/unidad2/obligatoria/modelo_medico.pdf
- Mignolo, Walter (2003) *Historias locales, diseños globales*. Madrid: Akal .
- Miranda, Eduardo (2005), *Del Querétaro rural al industrial, 1940-1973, México*, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma de Querétaro/H. Cámara de Diputados, lxx Legislatura
- Neffa, J. C. (2015). *Los riesgos psicosociales en el trabajo: contribución a su estudio*.
- Nieto Ramirez, J. (2000). *Del hacendado al empresario: San Juan del Río*. Querétaro: CUMDES.

Nunes E., (1991), Trayectoria de la medicina social en América Latina. Elementos para su configuración. En: Franco S, Nunes E, Breilh J, Laurell AC. Debates en Medicina Social. OPS. Quito: 18-137.

Organización Internacional del Trabajo OIT. (1984). *Factores psicosociales en el trabajo: naturaleza*, Informe del Comité Mixto. Turin: OIT / OMS.

Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2017). *Violencia y acoso contra las mujeres y los hombres en el mundo del trabajo: perspectivas y acción sindical*. Oficina Internacional del Trabajo, Oficina de actividades para los trabajadores. Ginebra: ACTRAV / OIT.

Organización Mundial de la Salud. (2017). *Accidentes y enfermedades relacionados con el trabajo a nivel mundial*. Centro de Prensa. Turin: OMS. Recuperado el 27 de Febrero de 2018, de <http://www.who.int/mediacentre/news/releases/2005/pr18/es/>

Ortega, Hernandez Alejandro, León Andrade Marilú y Ramirez Valverde Benito, (2010), *Agricultura y Crisis en México: treinta años de políticas económicas neoliberales*, Revista Ra Ximhai, septiembre-diciembre, año/Vol. 6, Número 3, Universidad Autónoma Indígena de México Mochicahui, El fuerte, Sinaloa, pp.323 -337.

Organización Mundial de la Salud (1948). *Constitución de la Organización Mundial de la Salud* (Documento en línea). Disponible: http://www.who.int/gb/bd/PDF/bd46/s-bd46_p2.pdf

Paugam, S. (2000), *Le salarié de la précarité*, París: Presses Universitaires de Francia.

- Peña, S., (1981), *La formación del capitalismo en México*, Siglo XXI-UNAM, México, D.F.
- Pérez-Orozco, A. P. (2014). *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de sueños.
- Pérez-Orozco, A. (2015), *La sostenibilidad de la vida en el centro... ¿y eso qué significa?*, En. De Alba, L. y Escribano, J. (Editores), *La ecología del trabajo: el trabajo que sostiene la vida* (pp.71-100), Madrid: Bomarzo.
- Picchio, A. (2009). *Condiciones de vida: perspectivas, análisis económico y políticas públicas*. *Revista de economía crítica*, 7 (1), 27-54.
- Pitrou A. (1978), *Vivre sans famille, Toulouse, Privat*. (ré-édité en 1992 sous le titre *Les solidarités familiales*).
- Possas, C. (1989). *Epidemiologia e Sociedade. Heterogeneidade Estruturak e Saúde no Brasil*. São Paulo, Brasil: Hucitec.
- Pujadas, J. (coord.), 2010. *Etnografía*. Barcelona: Universitat Operta de Catalunya [Pujadas, Joan - Etnografia.pdf]
- Ramírez, V. (1995), *La región en su diferencia: los Valles centrales de Querétaro: 1940-1990*, Ed. Red Nacional de Investigación Urbana, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco y Universidad Autónoma de Querétaro.
- Real Academia Española, (2020). *Precariedad*. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en 4 de octubre de 2021, de: <https://dle.rae.es/precario>

- Restrepo, E. (2015). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Reygadas, L., (2011). *La experiencia de la incertidumbre laboral*. En: Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos en atípicos y precarización en el empleo*, México: El Colegio de México.
- Río, S. y Pérez, (2004): “Una visión feminista de la precariedad desde los cuidados”, IX Jornadas de Economía Crítica, UCM, 25- 27 de marzo,
- Ríos-Cazares, G. y López-Moreno, S., (2018), “Comprendiendo El cuidado y los cuidados: tipología del cuidado desde la salud colectiva” en Jarillo Soto, Edgar y López Arellano, Oliva (2018) (Coords), “Salud Colectiva en México: Quince años del Doctorado en la UAM”, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ríos-Cázares, G. (2020), *El derecho humano al cuidado*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta limón.
- Rojas, G. y Salas, C. (2011). *Precariedad laboral y la estructura del empleo en México, 1995-2004*. En E. Pacheco Muñoz, E. de la Garza y L. Reygadas (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo* (pp. 117-160). México: El Colegio de México .
- Rubí S., (2016). *Bienestar emocional y desarrollo humano en el trabajo: Evolución y desafíos en México*, Gobierno de la República Secretaría del Trabajo y Previsión

Social. Disponible en:
https://backend.aprende.sep.gob.mx/media/uploads/proedit/resources/bienestar_emocional_57fbae45.pdf.

Salinas A. S., (1994), Historia de los caminos de México. History of the roads of Mexico, México, Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, Distrito Federal.

Schnapper, D. y Villac, M. (1989). *Rapport à l'emploi, protection sociale et status sociaux*. Revue Française de Sociologie, 30(1), 3-29

Schneider, S. (2009). *La pluriactividad en el medio rural brasileño: características y perspectivas para la investigación*. La pluriactividad en el campo latinoamericano, 207-242.

Secretaría de Economía Nacional, (1943), *Censos agrícola, ganadero y ejidal 1943*, México.

Secretaria del Trabajo y Previsión Social (4 de noviembre de 2015). Gobierno de la Republica. Disponible en: <https://www.esaludable.com/empresa-saludable/mexico-programa-nacionalde-bienestar-emocional-y-desarrollo-humano-en-el-trabajopronabet/>.

Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS). (23 de Marzo de 2016). *Boletín de Prensa. PRONABET, herramienta eficaz de la STPS para prevenir factores de riesgo psicosocial*.(564). Ciudad de México, DF, México: STPS. Obtenido de <https://www.gob.mx/stps/prensa/pronabet-herramienta-eficaz-de-la-stps-para-prevenir-factores-de-riesgo-psicosocial>

- Segato, R. L. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Tinta limón.
- Segato, R.L. (2015), *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*, Buenos Aires, Prometeo libros
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Solís Hernández, O. (2016). *Vestir y desvestir: mujeres, moda, sexualidad en Querétaro (1940-1960)*.
- Standing, G. (2011). *The Precariat: The New Dangerous Class*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Polanyi, Karl, (2006), *La gran Transformación, México*, Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Polanyi, Karl, (2009), *El sustento del hombre*, Madrid, Ed. Capitan Saing Libros.
- Quijano, A. (2001b): “*La Colonialidad y la Cuestión del Poder*”, texto inédito, Lima (págs. 1-21).
- Rodríguez, J. E. (1986). *La crisis de México en el siglo XIX*. Estudios de historia moderna y contemporánea de México, 10(10).
- Soriano, R. R. (1988). *Capitalismo y Enfermadad*. México, Editorial: Plaza y Valdés.
- Soto Mora, A. (1971). *Uso de la tierra en el valle de San Juan de Río, Qro*. Investigaciones Geográficas, 1(4). <https://doi.org/10.14350/rig.58872>

- Tornero, F. (03 de Mayo de 2019). NOM-035-STPS-2018. *En el Consejo Empresarial de Salud y Bienestar. Presentación de Información oficial de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Workplace, Wellness Council*, Ciudad de México, México: Workplace, Wellness Council.
- Torns, T.; Borrás, V.; Moreno, S. y Recio, C. (2012). El trabajo de cuidados: un camino para repensar el bienestar. En: Papeles de relaciones ecosociales y cambio global. 119, pp. 93-101.
- Tovalín Ahumada, H. (2018). *Reconocimiento legal de enfermedades causadas por el estrés de origen laboral*. Foro de las Américas en investigación sobre Factores Psicosociales: estrés y salud mental en el trabajo, concepción y perspectiva local de un fenómeno global. Disponible en: <http://factorespsicosociales.com/segundoforo/simposio/tovalin-horacio.p>.
- Trevilla, D., e Islas V. (2020), *Cuidado y sostenibilidad de la vida: diálogos entre la agroecología y la ecología política feministas*. CLACSO, Pensar la pandemia. Observatorio social del coronavirus, julio-2020. Disponible en: <https://www.clacso.org/cuidado-y-sostenibilidad-de-la-vida-dialogos-entre-la-agroecologia-y-laecologia-politica-feministas/>
- Unda, S., Uribe, F., Jurado, S., García, M., Tovalín, H., y Juárez, A. (2016). *Elaboración de una escala para valorar los factores de riesgo psicosocial en el trabajo de profesores universitarios*. Revista de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, 32(2), 67-74

- Uribe, C., (2018). *Ciudadanía laboral: vida cotidiana, precariedad y trabajo*. En Solís, O; Solís, M; Carrillo, M. (Eds.) *Vida cotidiana y multidisciplinariedad. Miradas diversas a la vida cotidiana desde la historia, el trabajo, la educación y la literatura*. CONCYTEQ: México.
- Uribe, C., Carrillo P., y Salinas G. (2017) *Riesgos psicosociales, salud y trabajo precario: los trabajadores de la construcción en la ciudad de Querétaro*. México, RELET-Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo, 22(35), 125-146.
- Uribe P. C., (2016), *Retratos psicosociales en el México contemporáneo. Capítulo: Trabajo y precariedad. Elementos para la construcción de actores sociales*. Instituto vocacional Enrique Díaz de León, Guadalajara, Jalisco. En proceso de publicación.
- Uzcanga P., Cano G., Medina M., Espinoza A., (2015), *Caracterización de los productores de maíz de temporal en el estado de Campeche*. Revista Mexicana de Agronegocios, v. XIX, n. 36, p. 1295-1305, 2015.
- Weeks, K., (2020), *El problema del trabajo: Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*. Ed. Traficantes de Sueños, México.
- Wlosko , M., y Ros, C. (2019). *El trabajo: entre el placer y el sufrimiento*. Provincia de Buenos Aires, Argentina: Remedios de Escalada: De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús.
- Zavala, S. (2009). *Orígenes coloniales del peonaje en México*. In Trabulse E. (Ed.), *Estudios acerca de la historia del trabajo en México: Homenaje del Centro de*

Estudios Históricos a Silvio Zavala (pp. 35-58). México, D.F.: El Colegio de México. doi:10.2307/j.ctv3f8pvj.